

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.



SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 4 - 10 julio 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 292

ENTREVISTA SECRETA EN PALACIO



El general Primo de Rivera, saliendo de Palacio, el día 15 de septiembre de 1923, después de presentar a Don Alfonso la lista de los señores que componían el Directorio militar

SIETE DIAS ANTES DEL GOLPE DE ESTADO EL REY CONOCIO LOS PLANES DE PRIMO DE RIVERA

UN DOCUMENTO SENSACIONAL

LOS ESTADOS MAYORES FRANCOBRITANICOS HABIAN DECIDIDO CONQUISTAR LA ZONA DEL MARRUECOS ESPAÑOL

Nuestro colaborador Enrique Arqués reproduce un informe secreto del general Lelong. (Pág. 17.)

COMO SE LLEGA AL CORAZON

Noticia sobre la cirugía cardiovascular en España, por Octavio Aparicio. (Página 61.)

LA HISTORIA POLITICA DE MENDES-FRANCE. (Pág. 10.)

Carta al Director a don José Llauredó. (Pág. 7.) ● Informe sobre la industria y la artesanía de Alicante, por nuestro enviado especial Alfonso Barra. (Pág. 13.) ● Paseo por Madrid con Juan Antonio Cabezas. (Página 20.) ● José Tamayo, una vida al servicio de una vocación, por Enrique Ruiz García. (Pág. 24.) ● La Feria del Automóvil de Ocasión de Puente Cenures, por Julio Sierra. (Pág. 32.) ● En Cataluña no se concibe una Fiesta Mayor sin «entoldado», por Rafael Gómez Raya. (Pág. 35.) ● Rafael Ortega, torero de San Fernando, por José María Deleyto. (Pág. 44.) El libro que es menester leer: «Edith Stein», (Pág. 52.) ● Granada, centro de peregrinación artística, por nuestro enviado especial L. Ferrer Carrión. (Pág. 57.) ● Una novela completa: HISTORIA DE LOS EXTRANJEROS, por Tomás Salvador.

5 GENERALES EN UNA NOCHE DE SEPTIEMBRE DE 1923

En la página 3 iniciamos la publicación de «Notas y recuerdos de un redactor político» (Apuntes para unas futuras Memorias), por Francisco Casares

**ESTO ES
LO QUE USTED NECESITA
PARA APLACAR LA SED**



Agua fresca, una cucharadita de "Sal de Fruta" ENO, unas gotas de limón... Con nada mitigará mejor la sed. Nada agradecerá tanto su ardoroso organismo como esta bebida efervescente y agradable. Nada tan higiénico, tónico y refrescante.

En los climas donde el calor agobia más, desde hace 86 años se recomienda y emplea "Sal de Fruta" ENO; por reunir las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura, ENO regula la fisiología y adapta su ritmo a las exigencias de la temperatura exterior.

NO ESTRAGUE
SU ESTOMAGO
CON BEBIDAS
MAS O MENOS
ALCOHOLICAS

ENO ES EL
UNICO REFRESCO,
QUE MITIGA
LA SED, ENTONA
Y PURIFICA

"SAL DE FRUTA" ENO
MARCAS REGIST.



DEPURATIVA Y REFRESCANTE

Adquiera el
frasco grande.
Resulta más
económico.

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

ENTREVISTA SECRETA EN PALACIO

SIETE DIAS ANTES DEL GOLPE DE ESTADO EL REY CONOCIO LOS PLANES DE PRIMO DE RIVERA

NOTAS Y RECUERDOS DE UN REDACTOR POLITICO

Por Francisco CASARES

¿COMO NACIO LA DICTADURA?



Primo de Rivera, a su llegada a Palacio

MAS de una vez he concebido la idea, que no ha llegado todavía a propósito, y no sé si algún día se convertirá en realización, de pergeñar mis Memorias de redactor político. Lo he sido veinte años. Desde 1917 a 1936, estos dos a medias, porque mi primera actuación fué en el verano del 17, cuando la huelga revolucionaria, cuyo Comité formaron los socialistas Besteiro, Largo Caballero, Saborit y Anguiano, y la última hubo de coincidir con la fecha histórica del Movimiento Nacional: 18 de julio del 36. Después, sin abandonar el periodismo, he sido y sigo siendo comentarista de la actualidad en torno. Dejó, tras de cuatro lustros de actividad, la función de repórter político.

Pero esos veinte años han sido positivamente los más intensos, los de las luchas, los de la constante agitación y zozobra. Antes de ellos se vivía con cierta placidez. No pasaba nada. Hubo, naturalmente, chispazos precursores, como los del año 1909, cuando Mirruceos y el «Maura, no!» Hubo acontecimientos políticos importantes, como las crisis, las elecciones, las huelgas, que ya comenzaban a apuntar una silueta subversiva. Pero lo «ordenado», lo definitivo vino después. Y me correspondió vivirlo. Tan directamente, tan de cerca, como lo habíamos de vivir—testigos y a ve-



ces protagonistas—los que estábamos encargados en los periódicos y en las agencias de la información política.

En tanto que transcurre más tiempo y la serenidad de espíritu y la di posición de horas me permiten acometer ese empeño de redactor las «Memorias de un informador» pensé en ir sacando a la pública curiosidad capítulos sueltos, artículos que, en vez de comentar el acontecer cercano, se refieran al pretérito que conoci. Luego los podré reunir, ordenar, coördinar. Y acaso así las Memorias salgan adelante insensiblemente. El director de EL ESPAÑOL, que ha sabido de estas preocupaciones mías: de no dejar inéditas algunas cosas que todavía lo están y sobre cuyas exactitud puedo certificar, y también a otras que, ya conocidas, admiten nueva referencia y la adición de algún matiz olvidado, me ha sugerido que estos artículos iniciales, que pueden ser el material de construcción para la obra más extensa y meditada que emprenda el día de mañana, los dedique a este semanario del pensamiento español. Y lo hago con verdadera complacencia. Esta es la razón de que traiga hoy a estas páginas, por mi tan admiradas y preferidas, un episodio, el primero de los que, sencilla y periodísticamente, voy a narrar.

Algunos antecedentes ● Y pasaron por encima de su cadáver "político"

SE ha especulado mucho sobre la gestación del golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923. Y uno de los puntos más debatidos y que nunca llegaron a esclarecerse de modo absoluto, incontestable, fué si el Rey, Don Alfonso XIII, tuvo o no previo conocimiento del propósito del general don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, marqués de Estella, de alzarse contra el régimen cons-

titucional que venía funcionando en España y que cada vez acusaba más evidentemente su debilidad, su desprestigio. Acaso más los hombres que la institución. Pero con los hombres había que contar o contra ellos era preciso, inexcusable, dar la batalla. Lo que no ofrecía duda, porque estaba en la conciencia del país, era que había que terminar con «aquello».

El presidente del Consejo de Ministros, a la sazón don Manuel García Prieto, marqués de Alhucemas, uno de los jefes de las diversas fracciones liberales, había afirmado desde el banco azul—en la Alta Cámara, y cuando el ambiente se hallaba enrarecido, con anuncios frecuentes y sucesivos de alzamientos y conspiraciones—que «pasarían por encima de su cadáver» los que pretendieran



En Barcelona mismo, tras el manifiesto, el general Primo de Rivera organizó su Directorio militar, con el cual aparece en la fotografía

asaltar el Poder por procedimientos que no fueran los normales y constitucionales. Por su cadáver físico no tuvieron que pasar, que vivió el señor García Prieto muchos años todavía. Pero el cadáver político se produjo el 13 de septiembre famoso y fue arrollado. Ese día terminó el régimen. Si la Monarquía vivió siete años y siete meses más no conservaba el segundo apellido. A la Dictadura le sucedió el régimen transitorio del general don Dámaso Berenguer y el almirante don Juan Bautista Aznar, el ingeniero marino que dijera, como todo comentario al resultado de las elecciones del 12 de abril, que «España se había acostado monárquica y se había levantado republicana». Luego, dos días después, la República (traída por una votación para designar Ayuntamientos). Y después, el glorioso 18 de Julio—cuando ya la situación era insostenible—el Movimiento Nacional que nos había de librar de la proyectada y perfectamente fraguada entrega al comunismo. Eso se precisó, sin género de duda, en los documentos que fueron hallados, después de la Cruzada, y en las comunicaciones y circulares que llegaron a los carteles españoles, entre ellos los que habían de pertenecer, desde el primer momento, o más tarde, a la zona nacional. Así, pues, la Dictadura sustituyó al régimen titulado monárquico - constitucional — el nacido con don Antonio Cánovas, el general don Arsenio Martínez Campos y don Alfonso XII, en 1876—y ya no resurgió.

UNA VISITA EN PALACIO Y UNA NOTICIA EN «LA EPOCA»

El seis o el siete de septiembre de 1923, clausuradas por «las forzosas vacaciones del estío» las Cortes, «La Epoca», el desaparecido diario vespertino y conservador, del que fui redactor palatino catorce años consecutivos, aparte de llevar la sección política, publicó una noticia que decía,

poco más o menos: «Su Majestad el Rey recibió esta tarde, a última hora, en sus habitaciones del duque de Génova, al Capitán General de la primera región, señor Muñoz Cobos, al que acompañaban los generales Saro, Dabán, Cavalcanti y Berenguer (don Federico). La entrevista duró algo más de una hora, y sobre ella se negaron a dar la menor noticia los aludidos generales».

Esta gacetilla la dictó por teléfono el que redacta ahora estas impresiones. La alcanzó el periódico, que, tradicionalmente cerraba más tarde que ninguno. Y que tuvo siempre un carácter eminentemente palatino. Por ello, tenía especial interés en cultivar la sección de Palacio, y a mí se me encomendó reiteradamente que la llevara con el máximo celo y la mayor asiduidad. Así lo hice mientras que permanecí en el diario del marqués de Valdeiglesias. No creo necesario aclarar que al advenir la República ese celo se relajó hasta cumplir, simplemente, el cometido mañanero de dar noticia de las audiencias del Presidente, el despacho de los ministros, y cuando llegaba la ocasión—que llegó muchas veces—la reseña informativa de las crisis y los relevos ministeriales.

Las habitaciones del duque de Génova se hallaban en el patio principal del regío alcázar, al fondo, en su ángulo izquierdo. El Monarca tenía la costumbre de usarlas siempre que, interrumpiendo su veraneo y cuando la Corte se hallaba oficialmente en San Sebastián o Santander, tenía que venir a Madrid porque las circunstancias políticas exigían su presencia. Lo que ocurría, en aquellos tiempos de inquietud y de inestabilidad, con sintomática reiteración. En esas habitaciones regias había un despacho para el Rey, su dormitorio, algunas salas de recibir—una de las cuales se destinaba a las reuniones circunstanciales del Consejo de Ministros—y otras dependencias palatinas, como Secretaría, cuarto de Ayudantes, etc. El despacho

donde el Soberano recibía a los ministros y a las personas que, de modo excepcional, le cumplimentaban, en audiencias, en esas rápidas comparecencias en Madrid, se hallaba adornado con magníficos tapices de Tiépolo.

Si todos los días del año, la fidelidad a la información me obligaba a permanecer en la Puerta de Palacio (la del Príncipe, de la Plaza de Oriente), seis o siete horas, en espera de que surgiera la noticia de interés, en verano los informadores—por las tardes, sólo dos, Eladio Portasany, de «El Diario Universal» y yo, en noble, pero refidísima competencia—nos congregábamos en el patio, bajo los grandes arcos y cerca de la pueria de aquellas habitaciones, que eran la provisional residencia de don Alfonso XIII. Y una tarde en que mi compañero había «cerrado», retirándose del alcázar, y yo me quedé para «apurar» un poco más, por si surgía algo, me encontré con la sorpresa de aquellos cinco uniformados visitantes. Al filo de las ocho, telefoné al periódico, al que ya había advertido del hecho, diciendo que no me habían querido referir nada de la entrevista celebrada. Era lógico.

EL PRIMER DIRECTORIO. PRIMO DE RIVERA, EN MADRID. EL MINISTRO PORTELA SE VUELVE DESDE ZARAGOZA

Yo, realmente, no le di una importancia singular a la visita. No podía en aquel momento relacionarla con lo que iba a suceder pocos días después, y que, naturalmente, desconocía. Se hablaba de posibles acontecimientos. Se rumoreaba mucho acerca de propósitos. La figura de algunos ilustres soldados comenzaba a delinearse. La misma presencia del Rey en Madrid, en interrupción de su veraneo, ¿no indicaba algo importante? Y llegó el 12 de septiembre: las iniciales noticias del alzamiento del laureado general Primo de Rivera, su histórico documento, la vuel-

ta del Monarca, que había acudido de nuevo a San Sebastián y regresó precipitadamente, la detención de Portela Valladares —ministro del Rey— en Zaragoza por el general Sanjurjo, capitán general de la plaza, y, finalmente, la constitución del primer Directorio militar que actuó durante unos días hasta la llegada del general Primo de Rivera a Madrid, su inmediata visita a Palacio, al salir del cual hizo sus primeras declaraciones anunciando que había sido relevado el Gobierno y se iba a formar otro Directorio formado por generales de las distintas Armas y Cuerpos del Ejército.

Entonces, sí. Entonces hube de pensar mucho en la noticia que yo había tenido ocasión de captar y que publicó mi periódico. «La Epoca» no usaba grandes titulares. Cuando un suceso tenía importancia excepcional se daba a dos columnas. Esto constituía

ya un alarde tipográfico como medición de la resonancia de lo que se insertaba debajo. Las noticias de tipo habitual, aunque tuvieran interés, iban en sus secciones y

muchas veces sin título, separadas unas de otras por una pleca. Así se publicó aquella brevísima referencia que yo dicté de la visita al Rey de los generales Muñoz Cobos, Dabán, Saro, Cavalcanti y don Federico Berenguer. Y estos fueron, exactamente, los generales que constituyeron el Directorio provisional hasta que Primo de Rivera formó el que él había de presidir.

¿Cuál fué la trascendencia y cuál el tema de la conversación que los relevantes soldados mantuvieron con el Rey? De esto se ha hablado muy poco o nada en el transcurso del tiempo. Mi noticia pasó casi inadvertida. Si sobre ella se hubiera intentado alguna deducción o comentario, la censura militar lo habría lógicamente impedido. Siempre que se insinuó o se dijo categóricamente—sobre todo por los impugnadores del nuevo régimen—que el Rey estaba de acuerdo con Primo de Rivera para el golpe de Estado, el dictador lo negó, noble, caballerosamente asumiendo la total responsabilidad de su gesto. Yo no me atrevo a afirmar que en la entrevista, poco conocida, pero de la que hay un irrecusable testimonio impreso, con la coincidencia de que los mismos nombres fuesen los componentes del equipo gobernante provisional, al iniciarse la Dictadura—que, por otra parte, nos había de deparar cerca de siete años de paz, y a la que hoy se evoca por muchos incluso de los que fueron sus enemigos con respeto y elogio—se determinase lo que se iba a hacer. Probablemente aquellos generales, todos ya desaparecidos, hicieron presente al Monarca la inquietud que reinaba en las filas castrenses, la necesidad de poner rápido remedio a la difícil situación creada y el deseo del Ejército de que las cosas cambiasen.

Es también muy verosímil que



Primo de Rivera, con algunos de los generales del Directorio, en el Ministerio de la Guerra, a su llegada a Madrid

si los militares más destacados de España habían puesto sus ojos en el Capitán General de Cataluña, en el que, de una manera perfectamente explicable, veían condiciones excepcionales para acaudillar aquel alzamiento castrense de protesta que iba a reñudar con entusiasmo la mayoría del país, le dieran cuenta de su entrevista con el Soberano. Y que Primo de Rivera dispusiera, una vez conferido el Poder y en sus manos el mando de la nación, que esos insignes militares que, por otra parte, ocupaban puestos en la guarnición madrileña fuesen los que se encargasen transitoriamente de la dirección de los negocios públicos y de la vida nacional, en tanto llegaba él de Barcelona para hacer cargo del Poder.

LA INCOGNITA NO SE HA DESVELADO

La Historia no ha desentrañado todavía la incógnita. Los protagonistas murieron todos. Murió el Monarca en el exilio; el general Primo de Rivera, también en la expatriación, víctima más de la ingratitud que de la dolencia que le abatiera, y los cinco generales de la entrevista de septiembre y del Directorio interino. El Rey, cuando se constituyó este primer órgano de gobierno, a los pocos días de la visita de que me vengo ocupando, se hizo una fotografía que fué muy divulgada en las escalerillas que daban acceso a aquellas habitaciones regias desde el Campo del Moro, por el que solía pasear. El Monarca, de uniforme, como los que le acompañaban, se hallaba rodeado de aquellos cinco generales. No tardó en llegar el que había de ser conocido con el sobrenombre del «Dictador», en cuya gestión de mando hubo muchas más demostraciones de hu-

manidad y sentido de la benevolencia y la comprensión que de la rigidez y la tiranía que son características de los dictadores.

¿SUPO EL REY EL PROPOSITO DE PRIMO DE RIVERA...?

El general era campechano, sencillo, cordial. Y de una impecable caballerosidad. Yo no sé si en el silencio durante siete años mantenido acerca de la forma como se forjó el golpe de Estado del 13 de septiembre hubo una constante presencia de respeto y de pleitesía para el Soberano.



Don Miguel, observando el avance de una columna en la guerra de Africa



El dictador saluda a la multitud, que le aclama, en una de sus visitas a Barcelona

rano, al que sirvió con toda lealtad, o fué que realmente el Rey de España no tuvo la menor noticia del acontecimiento político y castrense hasta el momento en que se produjo. En todo caso, es notorio que hubo en el transcurrir de los años y en la sucesión de los hechos políticos de aquella etapa, sobre todo al final motivos de discrepancia, diferencias que llegaron a tener el carácter de insalvables. Y el general guardó siempre a su Rey las mayores consideraciones. De sus labios no salió nada que hubiera podido representar animosidad. Mucho menos despecho.

Por otra parte, en cuanto a la conducta del Rey, parecen oportunas unas reflexiones aun después de más de treinta años de aquella fecha y aquel episodio verdaderamente trascendentales. Si don Alfonso XIII supo con antelación el propósito y lo autorizó, aun aceptando, como era de rigor, que la responsabilidad fuese de los gestores visibles, como cuando el Jefe del Estado firma los decretos y los ministros que los refrendan se responsabilizan, no hizo más que recoger con su aquiescencia un estado de opinión. Es igual que diera conformidad al hecho consumado que el haber tenido conocimiento de

que se iba a producir. ¿Es que España en 1923, como habría de sucederle en 1936, casi tres lustros después, no anhelaba una estabilidad política, un cambio de régimen, otras personas y otros métodos para terminar con la situación creada por las equivocaciones de los gobernantes constitucionales? Los que por aquella época teníamos a nuestro cargo la información política en los periódicos, pudimos pulsar perfecta y cabalmente un «clima» popular. Y los que vivan todavía de aquellos que hubimos de realizar la misión informativa, saben como yo que el país recibió al general Primo de Rivera con un entusiasmo ensambado en confianza. Las aclamaciones se sucedían, los aplausos de las gentes le acompañaban a su paso. La Dictadura y su Jefe, especialmente en la primera fase, tuvieron una indudable popularidad, a la que contribuyó de modo evidente su desbordante simpatía humana y su bondad, que inútilmente pretendió, en ocasiones, disimular con el gesto o con la réplica.

NO SE HABLO NADA DE AQUEL SUELTO

Los generales que acudieron



Don Miguel Primo de Rivera con Antonio y Manuel Maebado, durante un homenaje a tan excelentes poetas. En el grupo también figuraba su hijo José Antonio

una tarde estival a conversar con el Soberano pudieron llevarle o no la noticia del propósito que se estaba gestando en la Capitanía de Barcelona. Su prudencia hizo guardar siempre una absoluta reserva sobre la conferencia sostenida en el despacho de las habitaciones palatinas del duque de Génova. El suelto aparecido en la «última hora» de «La Epoca» no se exhumó. La relación de un hecho y otro la establecí yo mentalmente y con mis jefes en la redacción. Era, en fin de cuentas, un pequeño éxito profesional que ponía de manifiesto mi celo, el entusiasmo con que realizaba mi labor. Fortasany y yo nos dimos muchos «pisotones». Tenía yo la ventaja de cerrar más tarde. Eso fué lo que me favoreció aquella tarde veraniega de 1923. Después, el periódico en el que actuaba, monárquico «constitucional»—el primer marqués de Valdeiglesias, don Ignacio José, fué de los más importantes actuantes en la Restauración—se situó abiertamente frente a la Dictadura. Pero el régimen no suprimía periódicos, como lo hiciera la República democrática y de «trabajadores de todas clases». Una multa solamente se impuso al diario conservador. Y fué condonada. El general Primo de Rivera, que redactaba personalmente sus famosas notas oficiales, comenzaba así la que daba noticia de esa sanción: «Con perversa maestría, «La Epoca»...» En dos palabras, el elogio y la censura. Era un hombre ingenioso, de extraordinaria agudeza, de fino sentido del humor. Aparte sus condiciones de caballerosidad, a las que ya he aludido.

Tampoco el periódico quiso nunca volver sobre la gaceta política que publicara unos días antes del golpe de Estado que trajo el régimen de Dictadura, al que combatió. Ello, que hubiera sido fácil arbitrio periodístico, podría haber perjudicado al Monarca. Y el diario conservador era contrario al régimen político pero no a la institución secular, a la que mantuvo su adhesión hasta que en julio de 1936 dejó de publicarse. El periodista también calló, sin comentar apenas el episodio de que fué testigo y que pudo, de desvelarse, proyectar influencia positiva sobre la historia del reinado de don Alfonso de Borbón. La interpretación de los deberes ha sido una norma inseparable de la ética profesional. Aquel periódico, que era combativo, pero nunca procaz, cuidaba mucho de su léxico y de no apartarse de la discreción, del respeto, de la cortesía. Si la coincidencia de la visita y de la composición del primer Directorio militar tuvo explicación que no se dió, no creo que sea indiscreto ahora, al cabo de seis lustros, y pensando que aun habiendo sido así bien hecho estuvo, el desvelar algo que por la poca difusión del periódico y por el silencio que luego se guardó ha permanecido casi encerrado en las penumbras de lo inédito.

Francisco CASARES

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON JOSE LLAURADO.

RETUMBABA el silencio bajo las bóvedas medievales de Poblet cuando su oratoria sagrada, en un paréntesis de la santa misa, le conmovía elocuentemente. Los monjes del Cister ya no eran fantasmas en el monasterio y los Reyes de la Corona de Aragón habían vuelto a sus tumbas expectantes hasta el último día. Vivos y muertos estaban en su contorno, con sus pecados y con sus penitencias, con sus sacrificios y con sus júbilos, con sus tareas y con sus reposos; pero eran hombres que le escuchaban entre los jirones silenciosos que envolvían las piedras, preparándose para la víspera y para el domingo en que se ha de consagrar al abad mltrado más joven de España, a Dom Edmundo Garreta, como abad de Santa María de Poblet, cuya comunidad no lo eligió desde antes de 1835. Usted, mosén Llauradó, que ha sido capellán castrense de la Armada (y que ahora es el cura de las almas de Salou, incluidos sus veraneantes), ha podido ser testigo de tantas restauraciones espirituales porque también acaecieron en su presencia, con anterioridad, demasiados hundimientos y cataclismos. Claro es que usted no estuvo en la catástrofe de la Armada Invencible, sino sólo en Cádiz y en el puerto militar de San Fernando, donde se había engendrado encima de la España milenaria una España traducida del francés, aunque las gaditanas se confeccionasen sus tirabuzones con los proyectiles de la artillería napoleónica, tomándola a chuflla. Chufllillas de Cádiz que no impidieron que el siglo XIX creciera enteco, con cara de liberal justo y benéfico, según se exigieron a sí mismos los diputados de 1812, alrededor de la Constitución doceafista, destrozándose recíprocamente los españoles por quitar o poner ese código que se llamaba la Pepa. Libertad para morir con violencia, para fusilarse, para antillar el país, garantizada en el artículo constitucional que imponía el libre pensamiento y su expresión más libérrima por los medios instrumentales de la técnica declmonónica. La Revolución francesa había transmitido a la imprenta el mortífero poder de la guillotina, y cada periódico era como una pequeña bomba con energía termonuclear suficiente para destruir una esquirra del Universo.

Mosén Llauradó, esta tesis me vino redondeada y la vi diáfana en medio de las naves de Poblet, sacudido por su facundia, que nos colocaba delante la perpetua antítesis del hombre que se rebela contra Dios y la perpetua síntesis del hombre que se entrega místicamente a Dios. Preguntaba usted por el hombre creado a imagen y semejanza de Dios, y no le respondían los alumnos del Curso de Altos estudios de Información de Reus-Salou, arrodillados ante su altar, sino que le hubiesen contestado, sin palabras, Don Jaime I el Conquistador, saliendo de su sepulcro (¡qué hombrón este Monarca, con cerca de dos metros de altura!), y Dom Edmundo Garreta antes de que no le deshumanizara litúrgicamente la mitra. Sin embargo, la respuesta del Rey y del abad, del Rey yacente y del abad a punto de ser ungido, es la respuesta que nuestro Ministerio de las fuerzas morales, el Ministerio de Información y Turismo ha puesto en la práctica con la doctrina española de la información. A pesar de que es el hombre un ser tan limitado, las extralimitaciones del hombre, cuando ofende y destroza a los otros hombres, tienen que corregirse a través de los justos límites que requiere el bien común. Esta mitigación de las ondas explosivas de la Prensa en manos de los partidos políticos o de los grupos de presión financiera, aprovechando esa inclinación agresiva y destructora del hombre desligado de Dios y de sus semejantes, no ha sido menester emplearla en las ondas de la radio; porque los Estados no han tolerado la radiodifusión de los impulsos del Caín que llevamos dentro y ni siquiera de los

anuncios comerciales en emisoras del extranjero. La radio, pues, es una fuerza, más que domada, domesticada, para que suene en el interior de la casa y no rompa la unanimidad familiar de las conciencias.

He debido escribirle con más rutilante claridad; pero se nos ha nublado el cielo y la luz opaca transforma a las palmeras de Salou en unos pulpos lánguidos junto a los castaños de Indias. Hay que dar las gracias a usted porque es un sacerdote que nos asegura con su conducta que el bastón es necesario. Sin mosén Llauradó al frente de Salou, este pedazo de la costa mediterránea se sentiría anonadado con la vecindad en Cambrils de la casa Gatell; pero con mosén Llauradó, Salou es una colonia veraniega que gira alrededor de una iglesia con un sacerdote tan campechano que, siendo de Reus, parece de Cádiz; tan elocuente que no le inoportuna este acento andaluz para dirigir a sus feligreses, tan evangélico que preside en la tertulia de Bartoméu un casero juego de maflilla, cuyas ganancias íntegras (no se pierden más de veinticinco céntimos diarios) van a la jornada anual del Domund. Sin don José González Sama (el Gobernador Civil de Tarragona), tan dinámicamente capaz de organizar y multiplicar su provincia tarraconense desde el monasterio de Poblet a la Universidad Laboral, con trescientos alumnos cuando se cumplan los veintidós meses de principiar sus cimientos, el primer curso de periodistas y técnicos de fotografía, cinematografía, televisión, radio, publicidad y turismo no hubiese encontrado este lugar que es Salou ni la hospitalidad de Reus. Desde Salou a Reus funciona un ferrocarril que es un juguete, el único juguete de la infancia de usted, mosén Llauradó, que aun no se ha roto; porque la progresiva ciudad de Reus necesita de este cordón umbilical del «carril» para su contacto permanente con el mar. En los tiempos progresistas de don Juan Prim (qué fué asesinado en la calle del Turco por una descarga a bocajarro, cuyo impacto inicial se había disparado precursoramente en la Prensa) hubo el proyecto de traer el mar a Reus a través de un canal con compuertas; porque ya se tiene por olvidado aquello de Reus, París y Londres, que no era una jactancia payesa, sino un prurito afanoso de superación. El «carril» entre Reus y Salou conduce varias veces al día el aura marinera y el horizonte abierto para este Reus fabril, industrial, aeronáutico, con su Ayuntamiento ornado con más pinturas que muchos museos. De la conjunción de González Sama, de la ciudad de Reus, representada por su Alcalde, don Juan Bertrán (a quien todos los Alcaldes de España deben un homenaje de solidaridad en el sufrimiento por la carga del cargo), y por sus exportadores de frutos secos, de sus vinos, y por sus artistas y por sus fabricantes, ha salido el Curso de Altos Estudios de Información de Reus-Salou. No es una casualidad, ni tampoco un milagro, que se haya hallado a este antiguo capellán de la Armada, que es leal, para capellán del Curso, sino que es precisa la sabiduría multi-secular de la Iglesia para que no se desborden las anarquías frenéticas del hombre. El mar tiene mareas, resacas y pleamar, flujo y reflujo, pero no desbordamientos e inundaciones como los ríos, los que, mientras no se canalizan, son a manera de hombres irrefrenables, soberbios y vanidosos. La información al servicio de la humanidad, con letra minúscula, y de Dios, con letra mayúscula, ha de ser, como el mar, medido y comedido, no obstante su inmensidad y su profundidad, por un ritmo férreo. En el mar hay naufragios y procelas; pero siempre se salva la nave de Pedro, la Iglesia de San Pedro. Patrona de la buena Prensa. Muchas gracias por segunda vez, mosén Llauradó, porque la barquichuela de nuestro Curso de Salou-Reus la ha pilotado usted como si fuese un almirante de la mar oceana.

ANTES de llegar a Milán, poco después de Pavia, si a usted le gusta la vida tanto como el arte, detendrá inevitablemente su coche, para saludar a la inmensa «pianura» de la Lombardia, tierra fértil, codiciada por todas las fuerzas, escenario y microcosmos de la hegemonía y el imperio de Europa. En ese caso, usted verá los famosos canalillos de agua, los «navigli» que cuenta su existencia por siglos, fecundando a esa tierra agradecida, mientras los payeses, con su amplio sombrero de paja, parecen como devorados por una vegetación sobreadundante en un festín de luminosidad y de color. Los «condottieri» al servicio de nuestro emperador de nuestros Austrias, debían contemplar todo eso con ojos llenos de codicia y la aventura y la audacia arrancaban entonces a galope tras el botín, mientras ponían en las manos de una política de misión una de las llaves más indiscutibles del mundo. Pero hemos de dejar, con nostalgia, ese espectáculo maravilloso para llegar a Milán, la capital económica de Italia.

En Milán ocurren siempre muchas cosas. Si los antiguos romanos vivían en la plaza pública, uno tiene la impresión que los milaneses hacen su vida bajo los «portici» de las Galerías Víctor Manuel, junto a las numerosas máquinas «café express», erizadas de resortes, manivelas y grifos ahumantes. Pues bien, desde las Galerías Víctor Manuel, pueden leerse estos días, numerosas pancartas y carteles, sobre la plaza del Doumo, anunciando la Exposición y el premio «Marzotto» de pintura moderna. Luego veremos esas mismas pancartas, colcales,

en la mayoría de calles y plazas milanesas. Marzotto, parece una palabra mágica, un término del abracadabra, tan extendido como «Motta», el rey de los helados en Italia, hombre de un especial gusto y talento para la publicidad moderna.

Pues bien, víctimas de la psicosis Motta y Marzotto, hemos tomado helados y hemos ido a la Exposición de arte moderno. Los expositores pasan de doscientos cincuenta, mientras el número de obras expuestas es de 762 y como cosa excepcional en Italia, donde los museos, por insignificantes que sean, hacen pagar entradas de doscientas y trescientas liras, la entrada es gratuita. El conde Paolo Marzotto, ofrece todos los años premios por valor de seis millones de liras y parece que la organización y el Jurado tienen en el país un gran crédito. Pensábamos hablar de pintura, pero acaso a usted, lector de EL ESPAÑOL que le gusta la vida tanto como el arte, le interesará más que hablemos del conde Marzotto. Otro día, si lo prefiere, exponemos nuestra opinión, sobre la pintura moderna italiana de esa y de otras exposiciones.

El periódico comunista «L'Unità», califica a Marzotto del «conde del Duce» y afirma que es hora de acabar con el mito paternalista del «magnate de la lana». Efectivamente, en esos mismos días, ocho mil obreros de las industrias textiles Marzotto está en huelga para protestar del licenciamiento o despido de 138 obreros de la «fabbrichì minoria». La huelga se desarrolla de una manera ordenada y correcta y es justo advertir, en esos obreros de Valdagno, solidarizados con los

compañeros despedidos, dentro de la legislación italiana y por crisis de la industria textil, un cierto respeto y afecto a la gigantesca personalidad del patrono. «L'Unità» no lo estima así y dice que Marzotto «añora el tiempo del terror fascista» y que «olvida que gracias a la audacia de los «partigiano» pudo salvar sus inmensos bienes». Pero el lector advierte que ese Marzotto debe ser temible para los comunistas, no sólo en lo que tiene de preocupación por el arte y de protección a las manifestaciones culturales, sino en cuanto, como tantos magnates de la industria italiana, se siente ligado, por lo menos en parte, a la suerte de sus empleados. Por eso este despido de ahora ha sido acogido por los comunistas como un arma formidable para apuntar al corazón de una empresa «paternalista».

El «paternalismo» no es, desde luego, ningún ideal que podamos compartir. Queda a nuestras espaldas junto al descrédito de las ligas patronales y otras cosas de aquella actuación social farisaica de otros tiempos, que a sí misma se calificaba de católica. No obstante, en el paternalismo hemos de ver una disposición a la generosidad y a la comprensión. Por ello el paternalismo de las grandes industrias italianas de Milán, tan combatido por los comunistas, nos hace ver la posibilidad de una ordenación social mejor. Nos parece que Marzotto podría ser un símbolo y esa huelga una reflexión para muchas y muchas empresas en todos los países.

Claudio COLOMER MARQUES

Milán, junio de 1954.

MAÑANA
SERÁ OTRO
DÍA

CARTA AL PADRE JOSE MARIA DE LLANOS, S. J.

YA sabe usted, querido padre Llanos, porque lo leyó en una respuesta a lo del preteritismo de los católicos, que don Florentino Pérez Embid no aprueba, por lo general, este sistema de escribirnos cartas unos a otros en letra impresa, para decirle cosas al público lector. Sin embargo, en esta empresa de autocritica religiosa en que unos cuantos andamos metidos, el mismo Pérez Embid intervino en esa ocasión con un artículo al que daba forma de carta.

Las razones de que para estos temas nos veamos inclinados a adoptar esa forma, así como las razones de que usted mismo titule «Cartas cristianas» sus artículos de «Arriba», me parecen dignas de reflexión. Sin el menor ánimo de pecar de soberbia, recuerdo aquí las «Cartas» o epístolas de los apóstoles. Lo que hay de parecido entre nuestra elección literaria y la de ellos consiste en que volvemos a vivir tiempos apostólicos, tiempos germinales, tiempos de pocos hombres diseminados entre muchos, llenos de amor los pocos y ajenos y extraños a la vida del amor los muchos. Esta situación, dentro de nuestros corazones, es alegre y hermosa. Esta situación, delante de la Patria, fué vivida por la juventud de las flechas y el yugo en los años aurales en que la palabra de

José Antonio hacía alta nuestra soledad prometiéndonos de compañeras las estrellas. Esta situación delante de la fe la estamos viviendo hoy lo que en nuestra cotidiana soledad nos escribimos cartas y nos prometemos de compañeros a los apóstoles.

Hace un mes, cuando regresé de La Habana las primeras letras de aquí que se me ofrecieron a la vista fueron las de la carta que usted me escribía en «Arriba». Aunque nunca he tenido el gusto de saludarle, ni aun de verle, yo la recibí con la clase de sentimiento con que imagino que los cristianos de la primera hora recibían las cartas de los hermanos: el maravilloso sentimiento de la soledad que se puebla de repente con invisibles íntimas compañías humanas, cuando sola estaba poblada por la esperanza de la compañía de Dios.

En esto que vengo diciendo va implícita respuesta a la pregunta con que terminaba usted esta carta: «¿De veras usted juzga que de la guerra se va disminuyendo el número de católicos en favor de los católicos? ¿Es ésta una sincera opinión esperanzadora o una benévola manera de quitar hierro al asunto? Me atrevo, amigo, a pedirle una respuesta...»

Bien, padre Llanos. Le responderé. Yo creo que

UNA TENDENCIA EQUIVOCADA

DE unos años a esta parte se viene acusando, aun en ciertos sectores estimados como solventes y responsables, una tendencia que conviene analizar. La caracteriza un afán desmedido y morboso de minimizar y limitar progresivamente las facultades y funciones del Estado. Los errores, excesos y equivocaciones del totalitarismo fueron, entre otras causas, lo que puso en marcha los resortes que mueven esta tendencia, sin que podamos olvidar a este respecto la influencia de los restos del viejo liberalismo, siempre hábiles en aprovechar la más mínima oportunidad para encauzar las aguas a su molino.

Pero si la concepción del Estado propugnada por el totalitarismo en sus diversas versiones es inaceptable, ello no puede justificar ni santificar la concepción del Estado como un peligro, como un mal, necesario, desde luego, pero «mal» al fin y al cabo. Un mal que hay que tolerar, pero frente al cual el individuo y la sociedad deben mantener una actitud tenazmente «defensiva». La autoridad como mal necesario, como un mal inevitable que es preciso «localizar y reducir» hasta el máximo, es un principio del que pueden derivarse las peores consecuencias. En definitiva, este principio es el punto de partida del liberalismo, que lleva implícito un concepto del hombre totalmente rusioniano. El hombre absolutamente bueno, inclinado solamente al bien; en una palabra, no dañado por el pecado original, es la clave de todo este planteamiento. La base heterodoxa de tal modo de pensar es evidente y, por lo mismo, no es procedente que adquieran y tomen carta de ciudadanía aquellos esquemas políticos, sociales y culturales que, consciente o inconscientemente, descansan sobre ella.

La autoridad y, por lo tanto, el Estado son, sin duda, una necesidad. Pero, ni por su origen, ni por su naturaleza, ni por sus fines y funciones son un «mal», sino un «bien». Es cierto que la autoridad civil, como cualquier otra autoridad humana, tiene sus límites natu-

rales y aquellos otros que las exigencias del bien común—a cuyo servicio está—le impongan y exijan en cada momento. Pero tiene también unas facultades derivadas de los fines, cuya consecuencia le es exigible, concedidas por la misma naturaleza de la sociedad civil y por aquellas urgencias que puedan derivarse de unas circunstancias determinadas.

En virtud de estos postulados, cuya legitimidad es innegable, resulta indiscutible que a la autoridad corresponden por derecho natural las funciones fundamentales de dirigir, tutelar y promover los intereses de la comunidad, estando obligada al mismo tiempo a suplir a la iniciativa privada en aquello que ésta por sí sola no pueda alcanzar o a lo que no acude por las razones que fuere. Hay quienes pretenden limitar el área de las facultades de la autoridad a la tutela de los derechos de cada ciudadano y del bien común y a la de estimular en todos el sentido de cooperación a este bien común, punto de vista verdaderamente peregrino, pues a la autoridad corresponde, por su misma esencia y naturaleza, el ser principio rector—director—de la vida social, de la comunidad. Dentro del concepto orgánico de la sociedad, siempre defendido por la Iglesia, esta calidad y cualificación de la autoridad como principio rector no admite la menor duda.

En lo que ha de polarizarse toda la atención y todo el esfuerzo es en la elaboración y en el perfeccionamiento del concepto y estructura del Estado. Pero, una vez establecido el verdadero concepto y conseguida la estructura más adecuada a las características del país de que se trate, lo deseable será siempre un Estado vigoroso, una autoridad fuerte. De esta fortaleza del Estado nada tienen que temer los derechos individuales ni las instituciones sociales, sino precisamente todo lo contrario. Esa misma fortaleza constituirá la mejor garantía del pleno ejercicio de tales derechos individuales y del desarrollo normal y progresivo de dichas instituciones.

EL ESPAÑOL

quizá no disminuye el número de «catolicistas», es decir, de los que usted llama «católicos facciosos» y los izquierdistas llamaban «católicos trabucaires»; quizá ese número no disminuye. En cambio, creo que aumenta el número de los católicos; creo que está empezando a existir y a dar muestras de vida de un modo de ser católico que consiste en ser católico, no catolicista, y que es bastante nuevo en España.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo hizo una crítica honesta y puntual de los heterodoxos españoles y entonces los ortodoxos españoles se bañaron en agua de rosas; ahora estamos haciendo la crítica de los ortodoxos españoles, un segundo y difícil paso; creo que desde don Marcelino hasta hoy (y ya ha llovido) nadie se había enfrentado con esta empresa de continuación. Usted y yo lo percibimos al ver la revista «Incunabla», al leer los escritos de José María García Escudero, de Jesús Aranguren, de Lorenzo Gomis y sus amigos de Barcelona, de don Lamberto Echevarría, del estupendo Javierre y del estupendo Martín Descalzo al ver el éxito y la polémica de «Cuarto de estar», y también (permítame usted esta inmodestia) al conseguir que la revista «Ateneo» vaya simultaneando las páginas de «Autocrítica religiosa» con las páginas de «España corporal», y en su próximo número (permítame usted esta inmodestia y esta propaganda) publique un artículo de los de

pelo en pecho, como son los de usted, de Ignacio Hernando de Larramendi. El católico despojado de su máscara y contrafigura y caricatura catolicista es un ser de este tiempo de posguerra española que ha dado lugar a los libros espiritualidad—otro género literario desconocido en la anteguerra—y a novelas—el género literario más popular—de tanto tuétano religioso como el «Pascual Duarte», «Pedrito de Andía», «Lola espejo oscuro» o «Con la muerte al hombro». Esta última, de José Luis Castillo Puche, acaba de publicarse ahora; ruego a usted que lea las páginas 283 a 286, por ejemplo; verá usted que el hablar con Dios—esto es la religión—va saltando como la liebre, donde menos se pensaba.

Quiero yo librarme de pensar que los hombres van por donde va lo que aparece impreso; librarme de creer que los periódicos, los libros y las revistas son un testimonio fidedigno de lo que está pasando en las almas y en la gente. Pero no me quiero privar de la esperanza de que si no están pasando hoy esas cosas que amamos, mañana pasarán porque esas cosas nuestras tienen condición de semilla. Y mañana, bendito sea Dios, mañana será otro día.

Luis PONCE DE LEON

(Premio Nacional de Periodismo 1953.)

LA HISTORIA POLITICA de Isaac Isidore Pierre MENDES - FRANCE

La paz que a todo trance quiere encontrar para Indochina el nuevo Presidente del Gobierno francés aparece rodeada de graves concesiones

La vispera del 3 de junio de 1953, Pierre Mendes-France dictaba a su secretaria personal y privada la última parte del discurso que iba a pronunciar al día siguiente, a las diez, ante la Asamblea nacional. Había sido designado para formar Gobierno por el Presidente Auriol para suceder a M. Paul Reynaud, y dictaba sus declaraciones, como es en él costumbre, bebiendo un vaso de leche o té ligero y abundante.

Aquel discurso no fué capaz de lograr la mayoría necesaria para ser investido. Por trece votos, Pierre Mendes-France no lo consiguió. Cuando terminó su discurso en el solitario banco del Gobierno, de cara al hemicycle de la Asamblea, se pasó durante un momento, con cierta fatiga, las manos por la cara. Luego fué metiendo la documentación en la cartera negra y voluminosa que tenía ante sí. Cuando comenzaron las discusiones, un diputado socialista, el ex ministro Depreux, se lanzó al elogio: «Ilustre jacobino...»

Ha tenido que pasar un año justo para que, en el mismo mes de junio del fracaso, consiga Mendes-France la mayoría parlamentaria. Un día antes de la investidura, la esposa del político rompía las tradiciones francesas acompañando al presidente «designado» hasta el Elysée, donde acudía para entrevistarse con el Presidente René Coty. Como el protocolo impedía su presencia en la conversación, hubo de quedarse esperando a su marido en uno de los cuatro antedespachos que han de atravesarse para llegar al Presidente de la República. Allí, tranquilamente, lloró.

A UN ESTUDIANTE LE ROMPEN LA NARIZ

La historia política de Pierre Mendes-France comienza pronto. De estudiante. Su nombre entero, cuidadosamente ocultado por los grandes periódicos, es el de Isaac Isidore Pierre Mendes-France. Su origen, como el de sus dos primeros nombres, es judío. Hijo de una familia israelita de la bur-



Mendes France sonríe después de conseguir el voto favorable de la Asamblea

guesía acomodada (su padre dirige todavía un negocio de confecciones para señoras), pasa a la Universidad, donde tiene una carrera brillante. Llega a ser el abogado más joven de Francia. Es economista y profesor de la Escuela Normal de Administración. Tiene en la actualidad cuarenta y siete años.

Mendes-France ha llegado a la política con un puñetazo famoso. Por el año 1929 las luchas entre los estudiantes franceses estaban a la orden del día. Acción Francesa y las Juventudes Patrióticas luchaban contra socialistas y comunistas en el Quartier Latin. No había posibilidad de ser neutral, porque las batallas llegaban a todos los rincones para aparecer en las vías públicas. Sobre todo en el famoso y popular boulevard de Saint Michel.

Isaac Isidore Pierre Mendes-France era entonces, a los dieciocho años, presidente de un grupo de estudiantes denominado Acción Republicana y Socialista, que venía a ser el punto de contacto de radicales y socialistas. Y en una de las mañanas de combate en los corredores de la Facultad, las Jeunes Patriotes rompieron, de un terrible golpe, la nariz de Mendes-France. Y solo un feliz «contraataque» le libró de ser expulsado por la ventana del primer piso. Desde entonces le ha quedado ese aire de boxeador trunco. Pero la nariz rota concuerda, por otra parte, con su aspecto fornido y duro.

Terminada la carrera e instalado en Louviers, comienza a intervenir directamente en la vida pública. La política le apasiona totalmente. A los veinticinco años, en 1932, durante las elecciones legislativas, consigue batir a Alexandre Duval y se convierte, sin más, en el benjamín de la Cámara de Diputados.

UN AÑO DESPUES, LA MASONERIA

Casado con la hija de un rico judío egipcio, Pierre Mendes-

France se convierte decididamente, con el resorte de la fortuna y el éxito de sus primeros pasos, en un hombre político. Por el año 1930 ingresa en la masonería, en la que actualmente ostenta el grado 33.

Pertenece al partido radical, trabaja intensamente en el acercamiento y aproximación de los radicales con los socialistas y comunistas. El resultado de esa maniobra es la creación del Frente Popular francés. En 1938, en el Gobierno de León Blum, es subsecretario de Estado para el Tesoro.

Cuando estalla la guerra, en septiembre de 1939, es teniente del Arma de Aviación, pero consigue pasar de conservador a Siria.

LA DEGRADACION MILITAR

En 10 de marzo de 1940 recibe la orden de regresar a Francia. Es destinado, cerca de Burdeos, a la Escuela de Observadores de Marignac.

En el momento de la invasión alemana forma parte del grupo de parlamentarios que embarca en el «Massilia» con dirección al Africa del Norte. Detenido el 31 de agosto de 1940 en Casablanca, tiene que responder al delito de «deserción del interior en tiempos de guerra».

El Tribunal Militar le condena a seis años de prisión y a la degradación militar. Prisionero en Clermont Ferrand, es despojado de las insignias del grado militar de teniente por el coronel Delatre de Tassigny. Pero el proceso se queda en poco más de eso.

Trasladado al hospital de Lyon, se prepara con todo cuidado y método su evasión. En un libro que escribió tiempo después en Nueva York, bajo el título de «Liberté, Liberté chérie», Pierre Mendes-France ha intentado rechazar todo el proceso y sus causas. En el libro cuenta también de paso su evasión.

El 21 de junio se descuelga de la ventana de su celda por la clásica cuerda. Desde fuera, la Resistencia y la masonería tenían preparado su escondite. Pero algo hizo detener durante unos momentos su tentativa de evasión. El mismo se explica: «Creí percibir un pequeño ruido que venía de un árbol próximo, a dos metros de mí. Hasta el cabo de cierto tiempo no comprendí que se trataba de dos novios que discutían...» Las palabras que siguen son intraducibles. Un escritor francés, al comentar estos y otros párrafos del libro, ha señalado que se trata de una especie de «espontaneidad de colegial».

El caso es que Mendes-France, tras ocho meses de peripecias, con pasaporte polaco, llegó a Londres.

EN LOS BOMBARDEOS DE FRANCIA

En otro de sus libros, «Royssy en France», cuenta sus misiones

de bombardeo sobre su país. Describe su emoción y sus escrúpulos antes de subir en su Boston: «Teníamos nosotros el derecho de bombardear Francia?» Mas la contestación es inmediata: «Si no íbamos nosotros lo harían otros aviadores en nuestro lugar y, ¿verían ellos el objetivo con tanto cuidado y atención?» Este es el retrato de los hombres de la «Resistencia»: primero se niegan a combatir por su patria. Luego la bombardean.

Rápidamente, sin embargo, él cede a las instancias del general De Gaulle, que le nombra comisario de Finanzas en África. Es la época en la que vuelve a trabajar sobre la vieja senda de economista. Firma el acuerdo monetario francobritánico y asiste a la Conferencia Bretton-Woods. Se aficióna a crear y estudiar las curvas estadísticas y cree ver reflejadas en ellas hechos que se irán produciendo, por encadenamiento inevitable, en el futuro.

En septiembre de 1944 es nombrado ministro de la Economía nacional y encargado, a su vez, de la producción, abastecimiento y agricultura. Solicita plenos poderes para afirmar una economía rigurosa, que se conoce en la calle como «la política del remedio del caballo».

En 1945 interviene, representando al Gobierno francés, en casi todas las conferencias monetarias internacionales. De toda esta época de trabajo es su fama de economista; pero ya en ese mismo año de 1945 comienzan a aparecer sus primeras declaraciones sobre Indochina.

La circunstancia de ser hoy el presidente del Gobierno vuelven a dar vigor y categoría a aquellas primitivas ideas. «Para ganar la guerra en Indochina es preciso movilizar 800.000 hombres que no tendréis nunca (se dirige a la Asamblea), ya que no seréis nunca capaces de llamar a ese contingente de tropas.» Y en 1952: «Nuestra situación para negociar es, probablemente, menos mala que la que será el año próximo.» Partidario decidido entonces de las conversaciones con Ho Chi Minh, permanece, sin embargo, neutralista en Europa.

LA MANIA DE LA CLASIFICACION

Este hombre que lleva en el pulso israelita el talento financiero, tiene un horror especial a las imprecisiones estadísticas. Cuentan de él una anécdota que le retrata de pies a cabeza. La primera pregunta que hace a su secretaria antes de contratarla fué la siguiente: «¿Sabe usted clasificar?»

Cuando se hizo cargo de la Comisión de Finanzas, lo primero que mandó hacer fué desembarazar las mesas y los «bureaux» de todo lo que tenían por encima. No se separa nunca de una gran cartera negra, tan llena de estadísticas, que le hacen inclinarse un poco. Dicen que lleva en ella cosas tan curiosas como éstas: el estado de la producción rusa, todos los movimientos del Stock Exchange, el número de calorías consumidas por los franceses en la «última» semana. Para seguir

ese ritmo de trabajo, Mendes-France tiene funcionando tres secretarías: la del Louviers, con tres personas. La del Ministerio de Finanzas, donde preside la Comisión de Cuentas de la nación. Y, por último, la del Asamblea nacional.

Su esposa, una pintora egipcia, no se inmiscuye en su vida política. Se presenta con mucha frecuencia en las exposiciones parisienses y figura como una artista conocida. Tienen dos hijos: Michel y Bernard, de diecinueve y veintidós años, respectivamente. Uno estudia Filosofía y el otro se prepara en los momentos actuales para el concurso del Politécnico.

LAS DECLARACIONES DE 1953 Y LAS DE 1954. EL ADVERSARIO DEL EJERCITO EUROPEO

Están demasiado recientes las dos declaraciones solicitando la investidura, la pronunciada el 4 de junio de 1953 y la realizada el 18 de junio de 1954, para que no apasionen un poco la confrontación.

Sobre Indochina, en 1953, Mendes-France pronunció las siguientes palabras: «Yo lo digo bien alto; si mañana surge una solución pacífica para poner término a la efusión de sangre y a las pérdidas de toda naturaleza, es al coraje de tantos héroes ilustres y oscuros a los que se debiera.»

En 1954, el máximo interés de su discurso ante la Asamblea ha quedado fijado en unas frases definitivas: «Hoy no demando la confianza de la Asamblea más que para un primer plazo de cuatro semanas, que serán consagradas a mi primer objetivo: el «alto al fuego en Indochina.»

La decisión tajante de estas declaraciones ha producido en el mundo una grave preocupación. Más, sobremanera, cuando está descontada su enemiga al Ejército Europeo y a la Comunidad Europea de Defensa. Sobre la Comunidad Europea de Defensa las palabras del presidente del Gobierno son, cuando menos, propensas a la confusión: «Ante la C. E. D. (Comunidad Europea de Defensa) nos encontramos en presencia de uno de los más graves casos de conciencia que haya tenido Francia. No queremos ver divididos a los franceses sobre una cuestión tan íntimamente ligada a la sensibilidad nacional. Yo me dirijo, tanto a los partidarios como a los adversarios de la C. E. D., para que renuncien a sus intransigencias y se busque un término medio.» La grave naturaleza de las declaraciones anteriores, que al exigir una temporización destruyen el carácter mismo del Pacto Europeo, hicieron posible el oír en la Asamblea esta no menos grave interpelación del diputado M. Isorni. Al referirse a la elección del general Koenig (ex gaullista y adversario decidido de la C. E. D.) para ministro de Defensa, Isorni advirtió: «Para suceder a un partidario resuelto de la C. E. D. usted ha elegido su adversario más resuelto. Será difícil, por tanto, que nuestros aliados no vean en ello una decidida refutación de la C. D. E. Pero todavía un equívoco más grave planea sobre



El actual presidente del Gobierno francés, con su aspecto de boxeador, es un apasionado de la política

vuestro Gobierno: usted ha rechazado los votos comunistas para vuestra investidura, pero lo desgraciado del asunto es que si los comunistas no os convienen, usted les conviene a ellos.»

EL VOTO DE LOS COMUNISTAS, LO QUE SIGNIFICA LA DECLARACION DE ISORNI

La Asamblea Nacional Francesa está constituida por 627 diputados, por lo que la mayoría parlamentaria se consigue con 314 votos, o sea la mitad más uno. Pero esta mayoría ha de conseguirse no de los 627 votos totales, sino de 420. La razón es la siguiente:

Los comunistas son, en total, con los progresistas, que son filocomunistas, 101 votos, que se excluyen, por definición, del sistema, ya que nadie, por relaciones inequívocas que tengo con ellos, puede arriesgarse a ostentar su apoyo para la investidura cuando se va a tratar de un caso como el de Indochina, en el que, todo el mundo lo sabe, han estado con los rebeldes. A estos 101 votos hay que unir los 106 socialistas, que se excluyen ellos mismos. Quedan, por tanto, 420 diputados «nacionales», de los que es preciso extraer los 314 votos imprescindibles.

Pero la interpelación de Isorni presenta en su fondo último un problema latente en la vida francesa: ¿De qué forma puede

conseguir Pierre Mendes-France la paz en Indochina en condiciones aceptables? Parece, según los observadores neutrales, que la contestación que se desprende es una sola: cerrando el paso a la Comunidad Europea de Defensa. O, lo que es lo mismo: cerrando los ojos ante lo que haga Rusia en Europa. Este parece ser, y no otro, el contrato de Pierre Mendes-France con Molotov y Chu En Lai en Ginebra; olvidarse de Europa.

LA CARTERA DE ASUNTOS EXTERIORES

En la lista de ministros que Pierre Mendes-France ha presentado, como es tradicional, al Presidente de la República, monsieur René Coty, resalta por su valor y significación el hecho de quedarse el presidente del Gobierno con la cartera del ministerio de Asuntos Exteriores.

La composición del nuevo Gobierno francés no es tampoco, como se ha querido ver y como mucha Prensa interesada ha querido hacer llegar a sus lectores, un equipo de «hombres nuevos». Descontada la relativa juventud de muchos de ellos, la verdad concreta y cabal es que la mayor parte han formado en numerosas ocasiones en los cuadros ministeriales. Algunos nombramientos, como el de Koenig, ya comentado, invitan a la prevención. Peto casos como el de Chaban-Delmas, de treinta y nueve años, ministro de Obras Públicas y Comunicaciones; el de Christian Fouchet, de cuarenta y tres años, ministro de Negocios Marroquíes, y el de Diodeme Cartroux, de treinta y ocho años, secretario del Estado para el Aire, han contribuido en cierta manera a extender la opinión de que se trata simplemente del Gobierno de «la generación de la Resistencia».

Ha vuelto también, y éste es uno de los casos más interesantes, el rebelde Mitterand, que dejara al anterior presidente, monsieur Laniel, en aquel momento dramático de la expulsión del Sultán de Marruecos. Pertenece a la Unión Democrática y Socialista de la Resistencia. El M. R. P. ha insistido, sin embargo, en no unirse al nuevo Gabinete y anuncia sanciones severas para los que rompan las normas del partido en esta cuestión. Dos diputados, sin embargo, han aceptado puestos de Mendes-France: Robert Buron, que ha ido a Justicia, y André Monteil, que era un antiguo y viejo amigo personal del nuevo presidente.

Pero el caballo de batalla lo ha establecido desde el principio el Ministerio de Asuntos Exteriores. Tanto es así, que sobre la marcha, el 23 de junio, se establecía ya el contacto entre Mendes-France y Chu En Lai, ministro de Asuntos Exteriores de la China Democrática. Tres entrevistas Georges Bidault-Chu En Lai habían precedido a la entrevista grande. Las apariencias, sin embargo, quedaron salvadas: las conversaciones se celebraron en la Embajada de Francia. O sea, en territorio francés.

BIDAULT, EL MINISTRO QUE MAS HA TRATADO A RUSOS Y CHINOS EN LA CONFERENCIA DE GINEBRA

No es la primera vez que a Georges Bidault le coge una crisis en plena Conferencia Internacional. Así pasó el año pasado cuando la Conferencia de las Bermudas: se convirtió en un ministro burocrático que no podía hacer otra cosa que resolver los asuntos de trámite. En esta ocasión, antes de tener que abandonar el Ministerio, le venía a pasar algo parecido. El criterio del Gobierno era tan poco seguro que ha pasado en Ginebra ratos malísimos. Toda su apaisada y plateada cabeza, su aire parisiense y siempre en su punto, que recuerda un poco las maneras de Maurice Chevalier, se han ostreído frente a los acontecimientos. Su esposa, en el salón de Joli-Port, contaba hace muy pocos días, con una espléndida ironía francesa, que su marido se dormía cada noche con un libro sobre la «cocina rusa». Y ella misma fué hasta la Cámara a enseñarle. Se trataba de un grueso tratado de la cocina soviética en ruso, pero lleno de ilustraciones. Madame Bidault, que está aprendiendo ruso, lo había comprado en Berlín-Este hace algunos meses, y, según ella, su marido estaba entusiasmado con las fotografías de los faisanes. «Cada noche —añadió la señora Bidault—, él duerme su nerviosismo en un cortejo de sueños glotonos y paradisíacos venidos del otro lado del «telón de acero». Así están las cosas, entre veras y bromas.

Las reuniones oficiales en el Palacio de las Naciones han constituido para Georges Bidault una especie de preparación sistemática de las conversaciones que ahora celebrará Mendes-France. Sin embargo, los encuentros con Molotov, enfurecido los primeros días por el no reconocimiento oficial de la China comunista, han sido asaltos de esgrima.

Los dos ministros acostumbraban a estar solos con sus intérpretes. El intérprete de Molotov, según los comentarios del Quai d'Orsay, no es muy bueno, por lo que el de Bidault, Constantin Andronikof, ha tenido que intervenir muchas veces para precisar ciertos aspectos de pensamiento que aparecían como incomprensibles.

En una comida sostenida entre los dos ministros en la residencia del francés en Joli-Port, no se han separado del intérprete. En esta ocasión, Molotov intervino para solicitar un pequeño armisticio para M. Andronikof: «Es preciso que dejemos de hablar, sino Andronikof se morirá de hambre ante nosotros.»

De Molotov ha dicho Georges Bidault la siguiente frase: «No hace nunca una alusión a Malenkov. No juega a la comedia del furor o la seducción, como acostumbraba a hacer Vychinski. En privado, en la mesa y las recepciones es humano. Pero a la menor alusión política, como si apretara un botón, sus rasgos se endurecen.»

En cuanto a Ho Chi Minh, jefe comunista del Vietnam, Bidault, anecdotario vivo, puede contar ésta: «En mil novecientos cuarenta y seis, Ho Chi Minh había venido a París para celebrar unas negociaciones en Fontainebleau. Nada más ver al ministro de Asuntos Exteriores le abrazó y le besó, siguiendo las costumbres francesas, en plena boca.» Cuando, relictamente, los periodistas preguntaron a Bidault si tenía alguna esperanza de que se repitiera el gesto, Georges Bidault, en uno de esos raros y sutiles discursos que le gusta hacer en los momentos difíciles, dejó a los periodistas sin saber a qué atenerse.

«Qu'est il voulu dire?» (¿Qué ha querido decir?), se preguntaron unos a otros. Nadie lo sabía. Pocos días después caía Laniel, y con él, Bidault. Pero Bidault, que ha intervenido en todos los negocios sucios de Francia, en todas sus deserciones antieuropeas, tiene contra él estas graves palabras: «Yo no he perdido el tiempo en Ginebra. Hemos hecho un buen trabajo.» Lo que quiere decir, en letra clara, que ha favorecido el abandono de Europa a Molotov, con el que le une tan buena amistad.

LA POSICION DE ISAAC ISIDORE PIERRE MENDES-FRANCE

La paz que a todo trance quiere encontrar el nuevo presidente del Gobierno aparece rodeada de graves concesiones. Mendes-France, por otra parte, dentro del partido radical tiene una resonancia especial. Se habla de él como posible sucesor de Herriot, que tiene ahora ochenta y dos años. De un Herriot retirado en «su» villa, en la Lyon provincia, pero que no deja de sentir su retirada voluntaria de la gran política. Que no hay que olvidar que a los setenta y cuatro años era elegido, después de haberlo sido todo, menos Presidente de la República, como presidente de la Asamblea Nacional. Sea lo que sea, si es cierto que Pierre Mendes-France puede ser el sucesor de Herriot, Mendes-France puede alcanzar a tener la importancia política que ya tiene ahora, pero escondida tras la máscara de financiero y de técnico economista. Así, de una forma clara y concreta se pondría en evidencia que ese viejo juego de atracción de los bandos opuestos, fórmula del Frente Popular y conocida muy estrechamente por Mendes-France, existe un aspecto cuya naturaleza se comienza a sospechar: la de ser Isaac Isidore Pierre Mendes-France el contrapeso político de un católico: René Coty, Presidente de la República.

Porque no se puede olvidar que el partido radical, según Aguir, es en Francia el partido de la masonería. Y sabido es que Pierre Mendes-France entró en el radicalismo por la puerta de la masonería. O comenzó a pertenecer a aquél sólo después de pertenecer a ésta. Que las aguas terminan por ir al río.

UNA PROVINCIA QUE TRABAJA Y CREA A UN RITMO MODERNO

FUE PRECISO VENCER LA GEOGRAFIA

Se dice que toda instalación del hombre necesita un poco de tierra, un poco de agua y un poco de humanidad. El alicantino, para sobrevivir, ha tenido que vencer la geografía y modificar el suelo. Se ha visto obligado a luchar con el clima, enemigo de las plantas. Y ha logrado, además, en un ambiente desfavorable, crear una industria que coloca a Alicante en el noveno lugar entre las provincias españolas, por lo que a esta clase de producción se refiere. Sin agua y sin materias primas fundamentales, Alicante posee una agricultura modelo y una industria única por su peculiar especialización. La naturaleza humana ha vencido sobre la tierra reseca.

El alicantino se ha incorporado al mecanismo industrial moderno sin perder por ello sus tradiciones y costumbres. Las grandes fábricas existen, pero es característica también la producción artesana, en el taller instalado en el propio hogar, donde la familia en pleno contribuye a las tareas comunes. En aquellas tierras calientes el hombre trabaja con la misma paz de espíritu y dulzura de carácter que los hombres de la edad bíblica. Cuando contemplamos alguna palmera a lo lejos y observamos la sencillez de costumbres o las ingenuas ilusiones de este pueblo, pensamos necesariamente que el amor y el sosiego tienen todavía un rincón reservado en Alicante. Un rincón donde además se trabaja y se crea a un ritmo moderno.

PARA REGAR SE DA MAR- CHA ATRAS A LOS RIOS

Hemos llegado a Elche. El camino corre entre campos donde

están representadas casi todas las especies botánicas. El terreno es fértil; se ha vencido su sequedad por medio de un sistema de riego que nos dice del tesón de los alicantinos. Las lluvias en la región son insuficientes. Sin la mano del hombre, aquellas tierras serían estepas. En la España húmeda, la lluviosidad supera los 1.500 mm. anuales. En Alicante hay zonas en las que se recogen solamente 103 mm. al año. A pesar de esto hay lugares convertidos en jardines.

El agricultor busca el riego por todos los medios. Si descontamos el río Segura, los demás cursos son realmente ríos secos, que sólo aportan al sobrevenir lluvias abundantes en las zonas montañosas. El agricultor va perforando el suelo y abriendo galerías. Si encuentra una vena, resulta a veces con notable dosis de cloruros. Hay que cultivar entonces especies resistentes a la salinidad. Todo menos darse por vencidos. Además se ha creado un original sistema de elevaciones de agua. Los campesinos no se resignaban a que los caudales sobrantes del Segura se perdiesen en el mar. A su desembocadura, en Guardamar, se acerca una red de canales. Por medio de instalaciones sucesivas se elevan las aguas las cuales, por conductos transversales al principal, van dando riego a tierras situadas en diferentes cotas. En Elche existe una de estas redes, explotada por dos distintas Sociedades.

En el grado de aprovechamientos de aguas, Alicante ocupa el

Entrada a la Exposición Sindical de Actividades Industriales de Alicante

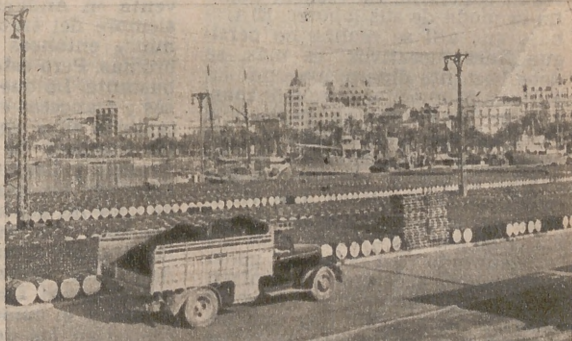


segundo lugar entre las provincias españolas por la superficie que cultiva en regadío con relación al área total cultivada, y también el mismo puesto en relación con la superficie total de la provincia. La gran recompensa llegará cuando sea un hecho el proyecto de transvases de aguas de los ríos Tajo y Júcar, que se sumará a las dotaciones de los pantanos del Generalísimo y Alarcón.

UNA INDUSTRIA MODERNA QUE SE INSPIRA EN UN ARTE PREHISTORICO

Elche es la Jerusalén levantina. Con sus 100.000 palmeras, Téofilo Gautier hablaba de su semejanza con Menfis. Nosotros ni afirmamos ni negamos. Estamos en la avenida del General Primo de Rivera, ante una casa cuya fachada no ofrece nada notable. En su segundo piso reside doña Rosita. Es de pequeña estatura, gorda, de cara redonda y pelo entrecano. Sus ojos son vivos y despiertos; se ve en ella una poderosa voluntad, nacida seguramente de la confianza en que los fines, nobles siempre se imponen.

Doña Rosita es una institución en Elche. Ella ha proporcionado a las jóvenes ilicitanas el medio de ganarse honradamente la vida. Creación suya es la escuela taller de San Vicente de Paúl, donde se realizan labores de encaje y bordado, que han renovado el ar-



Dos vistas del puerto de Alicante



Así se trabaja en la Escuela Profesional Femenina de Elche, que dirige doña Rosita Ramos

te ibérico del encaje en pleno siglo XX.

El taller nació al quedarse huérfana una muchacha de Elche. Ocurrió el año 1948. Fué doña Rosita la que tuvo la idea de enseñarle a hacer encaje para que pudiera ganarse la vida.

Ella—doña Rosita—no lo había hecho nunca, pero el deseo de socorrer a aquella chica fué su única escuela. La hizo unos diseños y... ¡adelante! Pronto otras muchachas la indicaron que deseaban también aprender. Entonces se iban cada mañana a la playa y allí les fué enseñando. Al poco tiempo recibió el primer encargo: el adorno de encaje de «irivolité» para un traje de noche. Todo el cuerpo y parte de la falda. Pagaron 800 pesetas. Fué creciendo el número de alumnas, y a los pocos meses tenía ya 15 aprendizas. Montó el taller en su casa. Ahora son 180, entre alumnas y trabajadoras. En total han pasado 300 por la escuela.

La fundadora organiza las ventas y el trabajo, de forma que nunca les falte a las artesanas. Así tienen seguros unos ingresos diarios que llegan hasta 35 pesetas. Cuando terminan las labores se las paga y se espera a que los compradores hagan sus pedidos. Doña Rosita se ha impuesto la obligación de buscar los clientes. Y van saliendo. Barcelona y Madrid son las plazas que se llevan la mayor parte de la producción. En Hispanoamérica han sido muy bien acogidos sus trabajos y, poco a poco, se ganan nuevos mercados. Los extranjeros que pasan por Alicante son, asimismo, excelentes clientes.

Una característica típica de la escuela es no seguir la moda; antes al contrario. La escuela impone la moda de sus labores. El trabajo que allí se realiza no persigue fines lucrativos; es más, se debe bastante dinero, invertido en labores. Si queda un pequeño margen de beneficios, se dedican a remediar las necesidades de las obreras. Se ha podido así sufragar los gastos de sanatorio a diez enfermas tuberculosas. Los viejecitos del asilo se quejaban de pasar frío por las noches y se les ha comprado cien bolsas de goma para que al acostarse encuentren confortables sus lechos. La gente acude a decir dónde hay una necesidad y la institución la remedia hasta el límite de las posibilidades. Y lo que es más importante: en todo Elche se aprecia una evolución de las costumbres,

debida a la influencia del taller en la formación de las jóvenes. El arte ayuda a ese cambio hacia la honestidad y la moralidad. Diariamente se dedica la última media hora de enseñanza a la lectura; además, un sacerdote presta sus servicios una vez a la semana.

Doña Rosita está contenta del triunfo de su obra.

NOVELDA, LA CAPITAL DEL COMERCIO DEL AZAFRÁN

La inteligencia del pueblo de Alicante ha creado una gran industria, y su espíritu comercial y aventurero le ha lanzado audazmente al encuentro de los mercados, en busca de la expansión comercial de sus productos... ¿y de los ajenos, llegado el caso? ¿Un ejemplo? El azafrán.

Verán lo que puede el genio emprendedor de esta región. En España se produce el 90 por 100 del azafrán del mundo. Se cultiva principalmente en La Mancha y Aragón. Pues bien, Novelda es la capital del comercio de este producto; exporta el 80 por 100 de la cosecha española. ¿Por qué? Es difícil hallar razones.

A principios del siglo pasado no había nadie en Novelda que tuviera idea de comerciar con el azafrán, monopolizado por ingleses y franceses, que lo adquirían en España, Grecia, Italia y Francia. Se trasladaba la mercancía a Marsella, y desde allí, al resto del mundo. Esto era muy tentador para un alicantino.

Se empezó no sabemos cómo. Algún vecino de Novelda cogería su carro, unas monedas y un trabuco y... a recorrer tierras. Compraría en La Mancha y luego, la venta en Andalucía, acompañado siempre del trabuco, pues los caminos entonces no estaban para bromas. Pero este comercio no era bastante. Lo que hacían los ingleses y franceses en Marsella serían también ellos capaces de hacer. Y los hombres de Novelda van a Francia y llegan a la India. Allí observan los gustos y costumbres de aquellas gentes. Descubren, suponemos que con alegría, que en las grandes calamidades se ofrendan a los dioses azafrán. ¡Loado sea el cielo! Las desventuras no faltan y el remedio bien se ocuparían los de Novelda de suministrarlo. Llegan a China, y resulta que a los dioses de allí también les regalan con azafrán. ¡El negocio irá sobre ruedas! En el

Japón se utiliza como remedio curativo...

Novelda se hace con aquellas plazas y extiende su red comercial hasta América. Y donde se consume un gramo de azafrán ahí estará uno de Novelda. El año pasado se exportaron once millones y medio de kilos.

¿Les gustan a ustedes los edificios de la Bolsa, del Banco de España o del Banco de Vizcaya, de Madrid? Pues si desean hacerse uno igual, aunque sea más pequeño, tienen que pensar en Novelda. De allí son las piedras y los mármoles que los adornan. Y como nos gustaría proporcionar nuevos clientes a aquel pueblo, diremos, para que los de Barcelona tengan alguna referencia, que la estación terminal del ferrocarril está edificada con piedra de Novelda. Igualmente la estación Renfe de Bilbao. Por toda la geografía española hay piedra noveldense.

Y por si alguien no lo sabe, este pueblo alicantino nos suministra, además, sus incomparables uvas de mesa, que vienen en grandes cantidades a compartir nuestras alegrías en Nochevieja, al dar las campanadas el reloj de Gobernación. Se cultivan con tanto esmero que el agricultor, para evitar daños al fruto, entunda los racimos pendientes de la cepa con bolsas de papel. Y puesto que de uvas hablamos, diremos que las buenas pasas no son solamente de Málaga. Denia ha impuesto al mundo las suyas, producto de la desecación al sol de la uva de moscatel romano. Tan buenas son y tanto se aprecian, que en Australia, Sudáfrica y California se han plantado cepas de vid moscatel, y se elaboran las pasas según idénticos procedimientos a los de Denia. La producción de este pueblo alcanza las diez mil toneladas, y se han exportado últimamente uno, cuatro millones de kilos. ¡Buena cifra, reveladora de que aun hay buen gusto por esos mundos de Dios!

EL AGUA MAS SABROSA DEL MUNDO MANA DE LOS BOTIJOS DE AGOST

La industria de Alicante no es solamente la fabricación de calzado, aunque ésta por sí sola tenga tal volumen que representa casi la mitad de la producción nacional con 15.000 nuevos modelos cada temporada. ¡Luego se dirá en las zapaterías que no hay dónde elegir! En Alicante hay otras muchas industrias que en su especialidad colocan a la provincia en el primer lugar entre las otras españolas. Y como ahora el calor aprieta y no hay mejor refresco que un buen trago del botijo, no vamos a Agost.

La alfarería agostense es la mejor de España, en su modalidad de producción rústica. Nada de grandes fábricas. Allí cada familia es un núcleo artesano. Agost es un pueblo seco, sin caudales de agua que calmen la sed de sus tierras. Y tal vez por eso la casi totalidad de sus vecinos laboran para refrescarnos fabricando botijos.

Evaristo Boix es uno de tantos. Empezó la alfarería a los diez años, trabajando ocho horas diarias por 75 céntimos de jornal. Ahora lleva cuarenta y cuatro

años modelando la arcilla. Es grueso, de ojos claros y firme al mantener sus opiniones.

Agost, el pueblo, tiene tres fábricas de cerámica. Pero el oficio de cerámica no tiene grandes dificultades; todo se trabaja con moldes. Tienen mucho más mérito los alfareros; cada pieza hay que crearla. Son unas 24 Empresas dedicadas a hacer vasijas. La única «máquina» es la rueda, que se mueve con los pies.

La fabricación, según ellos, no tiene secreto; está al alcance de cualquiera. Lo único difícil es la cocida, que requiere práctica.

VILLAJYOSA ELABORA DOS MILLONES DE KILOS DE CHOCOLATE

Estamos en la costa, vestida de oro y azul, como los toreros de lujo. Zorrilla decía de ella: «El mar azul te baña y el rojo sol te dora». ¿Qué podríamos añadir para intentar dar su colorido?

A lo lejos, borrándose en el horizonte, se adivinan las velas latinas de unas embarcaciones. Se respira yodo. A las puertas de Villajoyosa, las redes tendidas sobre la ribera decoran el paisaje. Las olas rompen a los pies del peblecito blanco.

Villajoyosa es otro ejemplo del espíritu emprendedor de Alicante. Tiene una gran producción de chocolates y una acreditada industria de hilados, redes y cuerdas. Y no posee ni cacao, ni azúcar, ni vainilla; ni tampoco el cáñamo para los hilados. Ello no es obstáculo para que elabore cerca de dos millones de kilos de chocolate y manufacture el 70 por 100 de la producción nacional de hilados de cáñamo.

Alicante, pues, no solamente nos surte sus cuatro millones y medio de kilos de turrone, fabricados por 54 Empresas, sino que también con sus 14 instalaciones chocolateras cubren gran parte de las necesidades nacionales de este producto.

Villajoyosa se considera el centro elaborador de chocolate más antiguo de España. Hasta mediados del siglo pasado se hacía por el procedimiento llamado de la «piedra», que consistía en moler el cacao a mano, frotándolo entre dos rulos. Esta labor era artesana y se realizaba en las mismas casas de los compradores, trasladándose a ellas los útiles de trabajo. Luego llegaron los procedimientos mecánicos y aquellas costumbres tradicionales desaparecieron.

Esperanza Sarriá trabaja en el terrazo de su casa. Sus manos van urdiendo las mallas de una red. Tiene pelo trigueño, ojos azules y unas manos suaves, más apropiadas para trabajar encajes que para manipular el cáñamo.

—¿Qué es lo que más desea?

—Arreglar las cosas para casarme. Mi novio es marinero al servicio de unos barcos que van al Norte a pescar bacalao. Por eso nos vemos muy poco. El quiere comprar una embarcación para dedicarse a la pesca. Estamos ahorrrando. Yo gano mi jornal con la manufactura de redes. El trenzado del cáñamo se realiza en la fábrica y las redes las hacemos a mano las mujeres de Villajoyosa. Esta industria ocupa a más de

250 hombres y a unos 1.000 mujeres.

VEINTIDOS GREMIOS ARTESANOS

Alicante es una de las provincias de mayor vitalidad artesana. Hay constituidos en ella nada menos que 22 gremios.

En el pabellón «Artesanía» de la Exposición Sindical de Actividades Industriales hay un muestrario completo de la inventiva y habilidad de los artesanos alicantinos. Entre otras muchas cosas se exponen instrumentos musicales, realizados por el ebanista de Benisa Jaime Moragues. El mismo Enrique Iniesta quedó maravillado de su bondad. Las manifestaciones artísticas de los alicantinos son, generalmente, de líneas sencillas y gusto depurado. Las cosas que hacen están impregnadas de amor. Los objetos más pequeños reflejan el mismo esmero que las creaciones monumentales. Por algo han hecho suya aquella frase: «humo es la vida mag, es honr sumo, que tenga fragancia el humo». El detalle se cuida como elemento principal, y el conjunto goza de armonía y unidad.

En el pabellón están expuestas las muñecas, hechas en los talleres familiares; las labores de encaje, de Monóvar, Novelda y La Romana; hierros artísticos; muebles, y hasta una mecadora, de líneas modernas, realizadas por Vicente Celdrán, de Torrevieja, que trabaja habitualmente en la construcción de ataúdes. Y alfarería, tallas, objetos de mimbre, tapices, barcos de sal... Lo que no se haga en Alicante no se hace en el mundo entero.

Y como peculiar de la provincia, las labores de palmito. El palmito es otra de las tantas cosas que apenas se dan en Alicante, pero que sus hombres han hecho suyas. El palmito lo adquieren en Almería principalmente. Se trenza en los talleres familiares, para obtener la «yata». Esta manufactura se vende a las fábricas, que terminan la obra con el planchado y el cosido. Así tenemos la cestería, capazos, sombreros de paja...

LAS DELICIAS DE UN CLIMA CON 3.112 HORAS DE SOL AL AÑO

En cualquier época se puede ir a Alicante para gozar de su clima. Lo mismo en verano que en invierno. Pero a ser posible, no os perdáis las fiestas de San Juan.

El invierno es una delicia, con temperaturas máximas extremas de 20 a 25 grados, y variaciones de unos diez grados en las mínimas. En pleno invierno se disfruta del sol a diario, porque las lluvias son excepcionales y la nubosidad escasa. Alicante da una media anual de 2.950 horas de sol, con una máxima absoluta de 3.112 horas, cifra no igualada por ninguna estación invernal europea.

El verano se inicia allí con las fiestas de San Chuan, ruidosas y alegres. Empecemos por las «despertaes» y pasacalles, a cargo de más de 30 bandas de música, que



Un horno de botijos en Agost

recorren las calles a bombo y platillo durante las veinticuatro horas del día. Los kilómetros de tracas, las toneladas de pólvora, que envuelven en perfume acre la ciudad entera. Sigamos con las hogueras, en las que Alicante deposita su arte, su dinero y su amor, para luego aniquilarlas en la «crema». Y por último la «palmera» de fuego, que incendia la noche azul con sus esquivas luminosas, mientras Alicante se tinte de llamas y humo. Espectáculo inigualable, ofrecido por un pueblo generoso, sincero, abierto y leal.

UN ESCAPARATE DE LA ECONOMIA DE ALICANTE

Coincidiendo con estas fiestas, la Delegación Provincial de Sindicatos organiza la Exposición Sindical de Actividades Industriales, exponente del desarrollo económico de la provincia.

El Delegado Provincial de Sindicatos, don Francisco Gandía, organizador de esta exhibición, nos da la razón del certamen. El pasado año, y por las mismas fechas, se inauguró la primera Exposición de la Industria de Alicante, con carácter de ensayo. Los resultados obtenidos entonces han impulsado la Exposición de este año, notablemente ampliada en cuanto al número de exposi-



Las fábricas metalúrgicas de Alicante produce toda clase de maquinaria para usos industriales

tores y de instalaciones. La mayoría de los que concurren el pasado año están también representados en el presente, más un número crecido de participaciones nuevas y espontáneas. Se totaliza así 97 pabellones, que ofrecen prácticamente la visión de toda la actividad industrial de Alicante.

En el incremento experimental por la producción nacional durante los últimos años, Alicante ha participado activamente. En España, desde 1939, se han instalado 70.000 nuevas industrias, de las cuales 230 se dedican a actividades que no se ejercían al 18 de Julio no se ejercían en nuestros medios fabriles. Pues bien: Alicante ha marchado en cabeza de este desarrollo. Basta recordar el volumen de algunas de sus industrias: la del papel, con cerca de doce millones de kilos anuales; la textil, con sus 3.913 Empresas y más de 22.000 obreros, que manufacturan la lana, algodón, seda y fibras diversas; la cerámica, juguetes, calzado, turrones... Durante estos años la provincia ha trabajado hasta el máximo de los rendimientos.

ALICANTE, A LA CABEZA DE LOS CENTROS PRODUCTORES DE ALUMINIO

Nos hallamos ante el pabellón de la Empresa que fabricará aluminio. La planta industrial se edifica actualmente en los terrenos denominados «Granja del Carmen», inmediatos a la capital de la provincia. De la envergadura de las obras nos dará idea la cifra de 500 millones de pesetas, que se invertirán en las instalaciones y edificios, cuyo proyecto comprende una ciudad obrera, iglesia, clínica, sala de espectáculos, campos de deportes, muelles para motonas... La producción prevista alcanzará las 50.000 toneladas anuales.

Con esta gran fábrica en marcha, la misma fisonomía de Alicante cambiará. Los miles de productores que encontrarán empleo en ella imprimirán un ritmo nuevo a la ciudad, un mayor dinamismo y un auge a sus comercios. Con la producción de aluminio en tan gran escala, Alicante se transformará en una potencia de primer orden en el ramo metalúrgico. Hoy se construye ya toda clase de maquinaria de aplicación industrial. Existen trece fundiciones de hierro, con tres millones y medio de kilos de piezas fundidas. En cuanto a otros metales, hay dos instalaciones que producen 50.000 kilos de bronce y 20.000 kilos de aluminio, destinados éstos fundamentalmente a la fabricación de utensilios de cocina y aparatos de cafetería. Se manufacturan maquinarias para elaborar papel y cartón; maquinaria olivícola; para elevación de aguas de riego; para labrar madera; para hacer turrones, chocolates y helados; para la industria cerámica; para la textil; maquinaria para construcciones electrotécnicas, y para fabricar juguetería metálica... ¡Y aun se nos olvidaba la cuchillería,

con más del millón y medio de piezas al año!

Y, por si esto fuera poco, la provincia reparte a 30 naciones la sal de Torrevejeja y La Mata, que aportan en conjunto a la economía nacional una producción superior al medio millón de toneladas anuales.

DE LA RECOGIDA CIUDAD DE PRINCIPIOS DE SIGLO A LA GRAN ALICANTE DE HOY

De los muchos frutos que se obtendrán con este certamen, uno de ellos será enseñar que Alicante no produce solamente turron, zapatos y juguetes. En todos esos pabellones está expuesta la variedad económica de la provincia. Desde la industria del caucho, a la construcción de carrocerías. Desde las 80.000 toneladas métricas de cemento, a la flota pesquera, de las mayores del Mediterráneo. Desde la producción sedera, que hace figurar a la provincia en el segundo lugar de España (a continuación de Murcia), a la cosecha de vinos, en el tipo de aloque, de aroma penetrante y tenue, que no desdice al lado del generoso Málaga. Y la almendra, y los frutos de las huertas...

En medio de ese portentoso desarrollo económico, Alicante capital cambia de fisonomía, así como los pueblos de la provincia entera.

A principios de siglo, Alicante era una ciudad que se limitaba a vivir el ensueño de su clima y de su geografía. Cuidaba sus palmeras y sus playas; su actividad se dedicaba a la cerámica, a la fábrica de tabacos y a las salazones. Esto y el puerto eran sus quehaceres.

Bajo el Gobierno de Canalejas, la ciudad empezó a ponerse en marcha. Más tarde, hacia 1923, dos hermanos, financieros bilbaínos, contrajeron matrimonio con dos hermanas alicantinas. Y o bien fueron ellas las que inculcaron a sus maridos el amor a la ciudad o bien fueron ellos los que se prendaron de su belleza; lo cierto es que uno de los hermanos concibió la idea de dar a Alicante unas líneas de tranvías eléctricos, necesarias para el crecimiento de la ciudad. El año 1924 esos vehículos estaban ya en funcionamiento para unir los barrios extremos. Alrededor de estas líneas se fueron montando instalaciones fabriles, y la ciudad inició la etapa de su transformación. Se construyen grandes edificios: el mercado central de frutos, la Diputación, la Lonja, la Casa de Socorro... Y se realiza un plan de ensanche que databa de 1892, con la apertura de las calles General Marvá y General Mola. Se abren nuevas vías urbanas y se ensanchan y modifican otras. Se empieza el desmonte de La Montañeta. En esta fase evolutiva llega el 18 de Julio.

Terminada la guerra de Liberación, se produce en Alicante el gran renacimiento urbanístico que, junto a otras obras, reforma la zona sur de la avenida de Méndez Núñez hasta la Explanada de España y da fin a la urbaniza-

ción central de La Montañeta, donde se ha creado la plaza del Caudillo, con los nuevos edificios del Gobierno Civil, la iglesia de Nuestra Señora de Gracia, la Delegación de Hacienda y la Jefatura de Obras Públicas. Son obras recientemente concluidas o en realización: la Estación Central de Autobuses, el Parque Ruiz de Alda, el Instituto, el hipódromo, grupos escolares, el aeropuerto y 500 viviendas protegidas en Benalúa. Sin embargo, Alicante no se contenta con esto; sueña con la realización de un proyecto grandioso: la ciudad satélite de la playa de San Juan.

LA PLAYA DE SAN JUAN SERA UNA DE LAS MAS HERMOSAS DEL MUNDO

Cuando se realicen las obras, la playa de San Juan podrá competir en grandeza con las perspectivas de Palm-Beach y Long-Beach, que suenan como unos de los lugares más hermosos de la tierra. El proyecto transforma las desnudas colinas de San Juan, establece amplias avenidas, suntuosos bloques de casas, hoteles, piscinas, campos de golf, tenis y fútbol; muelles para motonas... Según hizo constar el autor del proyecto, cuando éste se haya realizado «se marcará con un par de asteriscos en las guías de turismo».

Una de las impresiones que domina al forastero que va a Alicante es la admiración por la laboriosidad de su pueblo. En ciertos días del estío, hincar un pico en la tierra de Levante supone un derroche de energía y voluntad. La temperatura convida a la quietud; el paisaje, a la contemplación y el cielo, al ensueño. Los alicantinos, por el contrario, se han entregado a soñar... pero con la grandeza de su «terreta». En una grandeza que han logrado ya por su esfuerzo y perseverancia. Y que no se detiene en las posiciones conquistadas, porque el carácter de los de Alicante no conoce de renuncias ni de pereza.

Alfonso BARRA
(Enviado especial)

LEA TODOS
LOS MESES

POESIA ESPAÑOLA

La mejor revista
literaria



Para distraer la gran preocupación de la guerra cercana a las costas inglesas, Churchill aprobó de buen grado un «segundo frente» en tierras españolas

LOS ESTADOS MAYORES FRANCOBRITANICOS HABIAN DECIDIDO CONQUISTAR LA ZONA DEL MARRUECOS ESPAÑOL

UN DOCUMENTO SENSACIONAL

La memoria y las desmemorias de Churchill

EN los días terribles para Francia de su año aciago de 1940, cuando las divisiones blindadas alemanas del general Heinz Guderian—aquél nuevo «rayo de la guerra»—entraban victoriosas en París y arrollaban todo lo poco y mísero que aun quedaba huído y rezagado del gran desastre militar francés, los servicios armados de la ocupación se incautaron, lo primero, naturalmente, de los archivos del Alto Estado Mayor y en lo más secreto de sus protocolos internacionales hallaron este interesantísimo documento que aquí mismo se reproduce y que fué publicado por Alemania en la primera página de su «Libro Blanco» con el número 6. El documento lo redacta el general Lelong, agregado militar de la Embajada de Francia en Londres, y lo dirige al general jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional en París. Lleva la fecha del 5 de mayo de 1939. Y consigna así su objeto: «Segunda fase de las conversaciones de los Estados Mayores franco-británicos.» Sobre el membrete, que dice: «Embajada de Francia en Londres, agregado militar», hay un sello con esta advertencia severa: «Secreto». Pero el destino, que juega de este modo irónico con los trapicheos

diplomáticos de los agregados, lanzó el papel a la curiosidad de los cuatro vientos y le chafó el secreto. El general Lelong vió que era mentira la inviolabilidad del sello y de la cifra. Su misterio era ya un secreto a voces. Y no sabemos si sufriría sonrojo.

El documento tiene para España una importancia sustantiva. Y para el mundo también. Porque demuestra que no le basta a un país mantenerse ajeno a todo compromiso internacional para librarse de la agresión que le tramaran en la sombra las potencias que se manifestaban leales. La neutralidad no tiene ninguna garantía de derecho internacional en el concepto de algunas potencias. Es una realidad histórica patentizada en la primera página del «Libro Blanco» alemán.

El documento lleva este preámbulo breve, y aun le sobra para la mala fe:

«Tengo el honor de dirigiros el adjunto *dossier* de la segunda fase de las conversaciones desarrolladas en Londres desde el 24 de abril al 4 de mayo de 1939. Las conferencias tuvieron lugar, ya en las sesiones plenarias, reunidos los delegados de todos los departamentos ministeriales de la Defensa Nacional, ya en sesio-

El general Lelong, agregado militar de la Embajada francesa en Londres en 1939, y autor del sensacional documento en que se revela las intenciones inglesas con respecto al Marruecos español



nes en las que sólo se reunían los representantes de los departamentos interesados. Únicamente las primeras fueron objeto a la vez de procesos verbales y de notas de conclusiones escritas. Como en la primera fase, todas las discusiones han sido francas y cordiales.»

Después señala y desarrolla las «cuestiones comunes». Y en la primera, que va directamente a España, dice:

AMBASSADE DE FRANCE

LONDRES

L'ATTACHE MILITAIRE



Londres, le 5 mai 1939.

Exploire No. 1

Le Général Lelong,
Attaché Militaire à l'Ambassade
de la République Française à Londres
à Monsieur le Général

OBJET:

Deuxième Phase des
Conversations d'Etats-
Majors franco-
britanniques.

Chef d'Etat-Major Général de la

Défense Nationale, PARTIS.

J'ai l'honneur de vous adresser ci-joint le dossier de la deuxième Phase des Conversations qui se sont déroulées à Londres, du 24 avril au 4 mai 1939.

Les entretiens ont eu lieu, soit dans des séances plénières réunissant les délégués de tous les Départements Ministériels de Défense Nationale, soit dans des Séances ne réunissant que les représentants des Départements intéressés.

Seuls, les premiers ont fait à la fois l'objet de Procès-Verbaux et de Notes de conclusions; les seconds n'ont donné lieu qu'à des conclusions écrites.

Comme dans la première Phase, toutes les discussions ont été franches et cordiales.

Primera hoja del informe de Lelong

«Gibraltar.—Se admitió que el ataque a Marruecos español constituía la mejor réplica a una acción sobre Gibraltar, y que el estudio de este ataque no podría ser hecho últimamente, sino después de la recepción de los informes relativos a las próximas conversaciones entre el general Nogués y el comandante jefe británico en el Mediterráneo.

La delegación francesa ha señalado, sin embargo, que:

1.º Las operaciones del sur de

Túnez contra la Tripolitania no podrían tener su completo desarrollo sino después de la supresión de la amenaza emanante del Marruecos español.

2.º La conquista del Marruecos español se presenta bajo un aspecto diferente después del refuerzo de tropas y organizaciones defensivas adversas.»

Estas son las conclusiones de Londres, acordadas y firmadas, no lo olvidemos, el 5 de mayo de 1939. Cuatro meses antes de

Gibraltar.—

Il a été admis que l'attaque du Maroc Espagnol constituait la meilleure riposte à une action sur Gibraltar et que l'étude de cette attaque ne pourrait être faite utilement qu'après réception des rapports relatifs aux prochaines Conversations entre le Général NOGUES et le Commandant en Chef britannique en Méditerranée.

La Délégation Française a toutefois signalé que:

1º) les opérations du Sud Tunisien contre la Tripolitaine ne pourraient avoir leur plein développement qu'après suppression de la menace émanant du Maroc Espagnol.

2º) la conquête du Maroc Espagnol se présentait sous un jour différent depuis le renforcement des troupes et des organisations défensives adverses.

Estos son los párrafos referentes a Gibraltar

que Inglaterra y Francia le declarasen la guerra a Alemania. La segunda guerra que ya incubaban los mismos aliados de la primera.

El general Nogués, alto comisario de Francia en Marruecos, tuvo su entrevista con el almirante de la Escuadra británica del Mediterráneo, y redactaron el informe que esperaban los Estados Mayores aliados para ultimar el plan de ataque al Marruecos español.

El plan de ataque al Protectorado de una nación neutral concebido y preparado cuatro meses antes del rompimiento de las hostilidades entre los beligerantes de Europa.

Puede negarlo Churchill, pero le desmentirá siempre ese dossier del attaché militaire a la Ambassade de la République Française à Londres. Informe que Churchill conoció y aprobó como fundamento de apoyo a la defensa de Gibraltar. Es decir, constituir dos Gibraltares en el Estrecho, con la posesión plena de toda la costa africana fronteriza, incluida Ceuta.

La posición aguilísima de Franco—el mejor Gran Capitán de Europa—activó en aquel entonces las fortificaciones del litoral del Estrecho y reforzó las guarniciones de su territorio africano, lo que fué causa principal de esa lamentación del attaché Lelong: «La conquista del Marruecos español se presenta bajo un aspecto diferente después del refuerzo de tropas y organizaciones defensivas adversas. Sin que por esto tuvieran los dos aliados el propósito de renunciar a sus planes de asalto y conquista, sino que la operación combinada había de exigir, dadas las resistencias españolas, un esfuerzo de mayores amplitudes estratégicas.

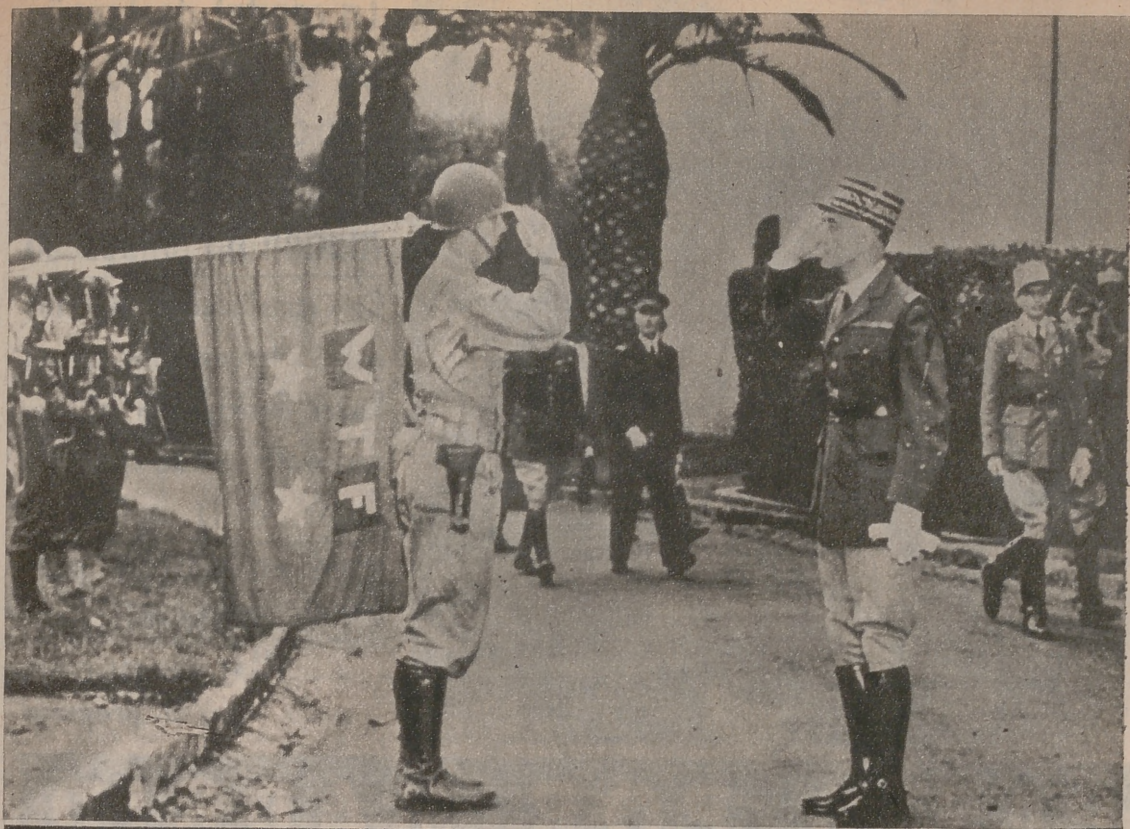
Téngase bien presente este documento diplomático militar ya hecho secreto a voces, para cuando Churchill niegue que tuvo la intención—la mala intención—de echarse por sorpresa sobre un territorio vinculado a la neutralidad española.

EL LIBRE PASO DEL ESTRECHO

Toda la acción estratégica naval y militar de los aliados en el Mediterráneo tenía que supeditarse a la garantía del libre paso del Estrecho. Y se precisaba el objetivo de Gibraltar, no por lo que valiera de fortaleza clave para la seguridad del tránsito, sino porque era el único punto propicio a la ocupación alemana para el dominio del Estrecho. Y su dominio por Alemania era cerrar el Mediterráneo y arrebatar al adversario el decisivo frente del litoral africano, desde Orán a Egipto, incomunicando a Suez.

Por esto, al impedir la neutralidad española el paso de las divisiones alemanas, no fué Gibraltar lo que se salvó, sino que los aliados tuvieron entonces todos sus objetivos reafirmados: abierto y seguro el Mediterráneo, inerte la escuadra italiana, franca la ruta al Océano y al Rojo, victorioso el frente de Africa, sin posible protección ni abastecimiento las tropas de Rommel... Todo al revés de como pudo haber sido.

«Gracias a la neutralidad española—hubo de confesar sir



El general Augusto Noges saluda a la bandera de las fuerzas expedicionarias norteamericanas recién desembarcadas en Africa del Norte

Archibald Southby en la Cámara de los Comunes—fuimos capaces de sostenernos en el Mediterráneo en una época muy precaria para Inglaterra. Que es lo mismo que ya había dicho antes Cordell Hull, secretario de Estado de Norteamérica.

Y esto era lo que le traía entonces tan sin ánimo a Churchill, porque la pérdida del Mediterráneo era también para Inglaterra el derrumbamiento de todo su poderío imperial al otro extremo del mundo. Por eso, temblando de emoción compungido y desalentado, Churchill prometía a España la restitución de Gibraltar y el expolio del Marruecos francés... Todo, ¡todo!, antes que ver a los alemanes en el Estrecho. Y lo pagaba a España—como el diablo—con dos prendas que no eran suyas. Y sería capaz de jurar por su honor que no ofreció nada. Gibraltar bien vale en sus labios un perjurio más. El primero fué el del almirante Rooke.

Pero hay una declaración norteamericana hecha pública en Tánger por aquellas fechas que confirman la realidad de las ofertas garantizadas a España. Vamos a reproducirlas con sus exactos términos y en el propio idioma diplomático que fueron publicadas. Se refiere al conde de Jordana, nuestro Ministro de Asuntos Exteriores, y dicen así: *Il joua un role de première importance en travaillant à faire accepter par le Gouvernement espagnol les garanties alliées données à l'Espagne et au Général Franco par le Président Roosevelt, par l'intermédiaire de l'ambassadeur Hayes à Madrid. Le Comte Jordana joua là encore un rôle important, en avertissant les Allemands que l'Espagne*

se desserait contre toute tentative de leur part de traverser le territoire espagnol pour fermer le détroit de Gibraltar aux Forces alliées.

Yo estaba entonces en Tánger y tuve ocasión de asistir a una conferencia del Servicio de Prensa norteamericano, en el curso de la cual preguntaron los periodistas el alcance de las promesas hechas a España por el Presidente Roosevelt, a lo que contestó el jefe de Información que «habían sido las ya conocidas sobre Gibraltar y la expansión a la Zona del Marruecos francés». Fueron estas promesas tan públicas y reiteradas por los más altos personajes de las grandes potencias, que no quedó nadie en el mundo que no las conociera. Para desmentirlas se necesita la desfachatez de un político profesional, atento sólo al positivismo del patrimonio imperialista.

UNA PROMETIDA INVASION DE ESPAÑA

Antes que los alemanes fueron los ingleses los que premeditaron el plan de una maniobra malintencionada para invadir con alevosía la Península Ibérica y abrir otro frente europeo, como exigía Rusia. Una idea parecida a la de Aníbal para meterse en Italia por la espalda. El proyecto lo conoció España por un telegrama del Foreign Office al State Department, en enero de 1944: «La Gran Bretaña ve con el máximo interés, simpatía y deseo de acierto el propósito, tanto más cuanto a las posibilidades que brinda la Península Ibérica, se une el agrado con que seguramente nuestra magnífica y heroica aliada la U. R. S. S. acogerá ese punto de acceso a la fortaleza europea...»



Churchill examinando nuevas armas en su visita a un campamento militar

A lo que contestó la U. R. S. S. reiterando y recordando «su enorme interés permanente por la Península Ibérica...»

Inglaterra intentó echarnos otra vez encima a la barbarie rusa. Volver a hacer de España una inmensa checa. Que se cumpliera el *Finis Hispania* del vaticinio de aquel otro inglés que se llamó Salisbury. Otro Churchill de su tiempo.

LA «OPERACION PEREGRINO»

Pero, en sus Memorias de desmemoriado, no sólo descubre Churchill esta diabólica tentación que tuvo de asaltar y crucificar a España en la guerra, sino que revela también en otras páginas su intención de haber extendido la conquista a otros preciosos pedazos de suelo tan español como las Canarias, concebido y aprobado ya su plan en una tentativa que se llamó «Operación Peregrino».

No importa que se atreva a negar todo esto si la Historia Universal lo sabe y lo cuenta.

Enrique ARQUES



La capital de España en el año 2000 será una ciudad gigantesca y dinámica, cuya formación ha empezado

La terminación de los enlaces ferroviarios será un factor decisivo en el desarrollo urbanístico de la capital

Madrid será pronto un núcleo industrial importantísimo

Hay que vivir con el progreso

PASEO POR MADRID CON JUAN ANTONIO CABEZAS

CINCO meses ha tardado Juan Antonio Cabezas —natural de Cangas de Onís, pero afincado en Madrid desde hace ya algunos años— en escribir un voluminoso libro, «Guía de la capital de España», en la que el lector puede encontrar, además de un considerable número de fotografías, toda clase de datos sobre la ciudad. Historia y anécdota, cosas del Madrid viejo y del nuevo Madrid, lo moderno y lo antiguo, lo actual y lo episódico desfilan por las páginas de esta obra lanzada al mercado por una editorial barcelonesa. Hay que conocer muy bien Madrid, «sabérsele» muy bien para escribir trescientos y pico de folios sin alejarse de las riberas del Manzanares. Pero dejemos que sea el propio Juan Antonio Cabezas el que nos explique algo sobre su «Madrid». En esta ocasión nos salimos del marco habitual de las entrevistas, y la mayor parte de ella tiene un carácter peripatético, trashumante y nómada, a través de la ciudad que Juan Antonio Cabezas ha descrito en su libro. Se inicia la charla y el paseo en la clásica acera de la Puerta del Sol, junto al viejo Ministerio de la Gobernación.

AQUÍ SE RECOGE EL MADRID DE AHORA

CARLOS ALVAREZ.—¿Qué ha pretendido usted al escribir su libro?

CABEZAS.—Recoger, íntegro, el Madrid actual, el Madrid de 1953, sin desprecio al pasado, pero teniendo muy en cuenta el presente. Con este libro se intenta servir de orientación y guía a los extranjeros, a las gentes de pro-

vincias que lo visitan, a todo aquel, en una palabra, que no conoce la capital. Y para conocer Madrid, ahora, no se puede vivir aunque uno peine canas apegado solamente a los recuerdos. Hay mucho Madrid en la nostalgia, pero hay tanto o más en el Madrid de este año: el de los hoteles suntuosos, las grandes avenidas, las cafeterías de tipo americano, los cines de lujo y los trolebuses.

COSTA TORRO.—Entonces, ¿usted no encuentra insufrible como otros la sustitución de los viejos cafés, con divanes de peluche y grandes espejos, por las modernas cafeterías?

CABEZAS.—En absoluto. Creo que aquellos viejos cafés tenían su encanto, más respondían, sin duda, a una forma de vivir que ha pasado a la historia. Los actuales establecimientos también responden a las exigencias de la vida de hoy, menos reposada, más dinámica, y son tan necesarios como lo fueron entonces los cafés de la media tostada y la orquesta romántica.

Nos detenemos a mirar el mapa dibujado sobre la acera que marca el kilómetro cero de todas las carreteras radiales. Seguramente hemos pisado miles de veces por allí; tal vez en alguna ocasión hayamos pisado la losa donde está el mapa y, sin embargo, ninguno de nosotros nos habíamos detenido nunca a contemplarlo.

CABEZAS.—Se puede observar aquí una casa muy notable. Fíjense bien.

Nos fijamos pero no observamos nada.

CABEZAS.—Este mapa está orientado al revés.

Contemplamos los escaparates de algunas librerías en las que, entre las últimas creaciones de nuestros escritores, se encuentra el libro de Juan Antonio.

LOS PORTEROS VIEJOS SON UNA VALIOSA FUENTE DE INFORMACION

RUIZ CATARINEU.—A juzgar por el poco tiempo que ha invertido usted en escribir su libro, debía conocer Madrid al dedillo.

CABEZAS.—No. Lo que ocurre es que yo había publicado infinidad de artículos periodísticos sobre Madrid, y este material me ha facilitado mucho la tarea.

CARLOS ALVAREZ.—¿Considera entonces que su libro tiene aire periodístico?

CABEZAS.—Desde luego. Yo he utilizado la técnica periodística; concretamente la técnica del reportaje. Creo que gracias a eso el libro puede ser leído sin cansancio.

RUIZ CATARINEU.—¿Nada más?

CABEZAS.—Vayamos por partes. Con eso sólo no hubiera podido llevar a cabo la labor. He tenido que leer mucho, prácticamente todo lo que se ha publicado sobre Madrid.

COSTA TORRO.—¿Qué obras han sido para usted las más útiles?

CABEZAS.—Tendría que citarlas todas para ser exacto. Quizá, como base principal, las publicaciones de Gonzalo Fernández de Oviedo, León Pinelo, González Dávila, Jerónimo de la Quintana, López de Hoyos, Mesonero Romanos, «Figaro», Fernández de los



En coloquio peripatético, Juan Antonio Cabezas y los redactores de *EL ESPAÑOL* van recorriendo la ciudad. Aquí les vemos en la plaza Mayor y en la plaza de España, Madrid clásico y Madrid moderno

Ríos, Gómez de la Serna, Saiz de Robles, Araújo Costa.

CARLOS ALVAREZ. — Aparte de los recortes y de los libros, ¿ha utilizado alguna otra fuente de información?

CABEZAS. — La más directa de todas: preguntar a porteros viejos, a sacristanes, a comerciantes que llevan mucho tiempo establecidos, aunque luego he procurado confirmar lo que me decían. En una dedicatoria del libro hago constar mi gratitud a estos desinteresados informadores que, en ocasiones, me han proporcionado datos de incalculable valor.

Damos la vuelta a la plaza Mayor bajo la sombra acogedora de sus soportales. Los viejos tranvías de Carabanchel y de la puerta del Angel parten sin cesar abarrotados de viajeros.

CARLOS ALVAREZ. — Volviendo al tema de antes, para concretar un poco, ¿estima que se ha abusado de los recuerdos del pasado, del café Pombo, del Fornos, de los estremos del Lara, de Ramón Gómez de la Serna, de ese Madrid, en fin, al que sus contemporáneos consideran como el «no va más» de las delicias cortesanas?

CABEZAS. — Creo que, en efec-

to, se abusó un poco en ese sentido de la añoranza.

RUIZ CATARINEU. — Así, pues, ¿la nostalgia a ultranza no le tiene dominado como les ocurre a otros escritores?

CABEZAS. — Los escritores tenemos cierta tendencia a la nostalgia, y no sólo los escritores, sino en general, todo el mundo. Las gentes localizan muchas veces en los recuerdos de un pasado todavía próximo, una juventud que se fué. El que siendo joven visita con su novia un sector urbano, fija un recuerdo que luego le parecerá maravilloso y en el que todo cambio, aunque suponga una mejora, se le antojará reprochable.

Hemos cruzado la calle Mayor y nos adentramos en el pasadizo de San Ginés.

CABEZAS. — Ahí, en ese balcón, se ahorcó Lázaro, un conocido fondista al que se alude en mi libro.

COSTA TORRO. — A propósito de fondas. En los últimos años han sido bastantes los hoteles de lujo construidos en Madrid. ¿Le parece resuelto el problema de la hostelería?

CABEZAS. — Sí. El gran número de hoteles edificados en los últimos años ha resuelto un proble-

ma que se hacía sentir en la ciudad, particularmente desde que se inició esa corriente turística que desde el extranjero acude a nuestra patria.

CARLOS ALVAREZ. — Hablando de alojamientos, ¿qué le parece la «propiedad horizontal», o sea la venta de viviendas por pisos?

CABEZAS. — Pues que, aunque se trata de un procedimiento perfectamente legal y hasta lógico, debido a la crisis de viviendas, puede dar lugar a algunos conflictos e incluso a que una familia que lleva muchos años ocupando un piso sea lanzada a la calle por no tener suficiente dinero para comprarlo. Pero a pesar de estos casos, muy dolorosos, la «propiedad horizontal», como sistema, no se puede censurar de una manera radical e inflexible.

UN VOTO A FAVOR DE LA PIQUETA

RUIZ CATARINEU. — ¿Cómo se imagina usted la capital de España en el año 2000?

CABEZAS. — Como una ciudad gigantesca y dinámica, cuya formación ha empezado ya y cuyo ritmo de vida será todavía más acentuado que el de ahora. Me



Ahora son la calle de San Ginés y la plaza de las Descalzas los escenarios de la entrevista

parece que la terminación de los enlaces ferroviarios será un factor decisivo en el desarrollo urbanístico de la capital y tiene que hacerse notar hasta en lo arquitectónico. Fijémonos en lo que está ocurriendo, por ejemplo, con la autopista de Barajas, a lo largo de la cual surge una especie de nuevo Madrid.

COSTA TORRO.—Pero la piqueta se llevará bastantes recuerdos más o menos históricos. ¿No es usted enemigo de la piqueta?

CABEZAS. — Absolutamente enemigo, no. Como habrán visto, en mi libro se dedica un capítulo a lo que demolió la piqueta, que bien demolido está. El trazado de la Gran Vía fué un alarde de audacia que despertó en su tiempo un clamor de lamentaciones. Pero ahora ya se acuerdan muy pocos de lo que cayó a golpes de pico.

MADRID SERA PRONTO UN NUCLEO INDUSTRIAL IMPORTANTISIMO

CARLOS ALVAREZ.—¿Le parece que Madrid cuenta ya ahora en abundancia con lo que pudiéramos llamar «el hombre industrial»?

CABEZAS. — Madrid tiene ya mucha industria, aunque la gente no se dé cuenta de ello. Por ejemplo, todo el menaje de aluminio que se consume en España se fabrica en Madrid. Por el sistema de comunicaciones radiales y por otras muchas circunstancias, lacapital de España será a no tardar, un importantísimo núcleo industrial.

RUIZ CATARINEU.—¿Qué opinión del Instituto de Estudios Madrileños?

CABEZAS.—Siento por ese organismo el respeto que merece toda entidad cultural, además de la simpatía que me inspira el que estudia los temas que se refieren de una manera especial a la capital de España.

Descendemos a «Los Sótanos», donde recientemente se ha instalado la llamada «jeria del cerebro electrónico». Multitud de aparatos de tiro al blanco, juegos deportivos, extraños chismes para probar la fuerza de los músculos, funcionan mediante un sistema de células fotoeléctricas. Todo, naturalmente, norteamericano.

CABEZAS.—Estas cosas son necesarias; yo diría que hasta imprescindibles. Hay que vivir de cara al progreso, a la realidad—no me cansaré de repetirlo—y aceptar el presente como es. Si a la juventud le gusta más esta forma de divertirse que las verbenas y los bailes de la Bombilla con chotis y bombín, es inútil pretender guiarla por otro camino. De las aficiones modernas surgen muchas cosas interesantes, que no podemos ignorar: el estadio de Chamartín, sin ir más lejos. A ver quién lo mejora.

El final de la charla tiene lugar en el piso veinticinco del edificio «España». Un ascensor meteórico nos ha depositado allá arriba en menos de medio minuto. Entramos en un restaurante desde cuyas ventanas se divisa un impresionante panorama urbano y al fondo, a la derecha, la sierra del Guadarrama, oscura y azul a un tiempo, que parece desde aquí un poco más cercana, menos altivas sus cumbres.

Los ojos de Juan Antonio Cabezas brillan ilusionados tras los cristales de las gafas

cuando contempla «su» Maoria.

CARLOS ALVAREZ.—¿Está usted muy encariñado con su libro?

CABEZAS.—Mucho. Sería absurdo negarlo. Puse en él ilusión, trabajo, horas de entrega. Al escritor siempre le ilusionan sus publicaciones y no no soy en esto una excepción. He publicado biografías de Clarín, de Concepción Arenal y de Rubén Darío (esta última fué galardonada en 1945 con el Premio Fanstenrath), algunas novelas: «Las ilusiones humanas» y «Héroes de paz». Creo que, de todas, ninguna me ilusionó tanto como «Madrid», quizá porque abrigó la presunción de creer que, andando el tiempo, puede ser un documento útil para los que se dediquen a investigar la vida y milagros de la capital.

COSTA TORRO.—¿Qué prepara actualmente?

CABEZAS.—Una «Guía de Asturias». Es algo que siempre he tenido deseo de hacer.

El ascensor nos lleva de nuevo a la planta baja. Es un poco tarde y la Gran Vía tiene ese aspecto algo desértico, menos bullicioso, de la hora en que todo el mundo, terminadas sus ocupaciones, se ha marchado a c-mer.

Juan Antonio Cabezas mira hacia arriba atentamente, como si quisiera escudriñar cada una de las ventanas del edificio «España».

CABEZAS. — Esperemos que dentro de poco no sea éste el único rascacielos de Madrid.

Es la despedida. Se aleja, Gran Vía adelante con su enorme libro bajo el brazo mirando a todas partes cual si temiera aún haberse olvidado en su «Madrid» de algún detalle grande o chico.

JUAN ANTONIO CABEZAS, COMENTADO POR SU ESPOSA



Juan Antonio Cabezas rodeado de su familia

ME es muy difícil y hasta violento dar una opinión sobre mi esposo y su obra. En primer lugar, porque el lector siempre creará que no es mía. Es como si tuviese que opinar de mí misma. Siempre me pareció que la opinión que uno tiene de sí no vale para los demás: o se pasa o no llega. Nunca es la verdad.

Juan Antonio no tiene de malo, desde mi punto de vista, más que su total ausencia de sentido práctico. Piensa y razona bien cuando se trata de las cosas de su profesión, pero es tan ingenuo como un niño cuando ha de enfrentarse con un problema de la vida real. A él le gustaría que todo se pudiese resolver como en el mundo de sus novelas. Da importancia a la imaginación sobre todas sus facultades. A veces pienso que algo de esto les debe ocurrir a todos los que viven de su fantasía.

Como escritor, no me considero capaz de juzgarlo. Sólo puedo decir, modestamente, las obras que a mí me satisfacen más, como simple y asidua lectora. A veces coincido con la crítica y otras no. Por

ejemplo, de sus biografías, la que yo leí con más ilusión fué el «Rubén Darío». Luego resultó que la Academia le concedió el Premio Fastenrath. De sus novelas, prefiero «Héroes de paz», cuya edición se agotó, pese a su escasa presentación tipográfica.

Lo que sí puedo decir que es un escritor de vocación sincera y que todo lo que es se lo debe a sí mismo. Yo, a veces, lo envidio un poco. No se aburre jamás en cuanto tiene la pluma en la mano y unas cuartillas sobre la mesa. Escribe con facilidad y creo que se divierte escribiendo. No fuma ni bebe más que café para desvelarse. A veces pienso que no debe ser muy malo cuando podemos mantener y dar estudios a cinco hijos sin otras rentas que su pluma.

De su último libro, «Madrid», ¿qué puedo decir yo? Comprendo que es una obra interesante, pero en casa le tenemos un poco de manía. Desde que hizo la famosa Guía, no se pueden tener dudas sobre una calle o un monumento sin que Juan diga con cierto retintín: «Consúltese el itinerario tal de la Guía de Madrid.»

Los chicos mayores, alguno con la carrera terminada y otros a punto de terminarla, protestan de que en la mesa, en vez de hablar de cine y de fútbol, no se hable más que de la obra que su padre tiene en el «telar», sea la Guía de Madrid o la novela de «Los vaqueiros de alzada».

En resumen. Yo admiro a Juan Antonio por lo mucho que cada noche se saca de la cabeza. Cuartillas y cuartillas que luego son artículos periodísticos o páginas de libros. Hace tantos años que participo tan de cerca en sus agobios y sus satisfacciones, que, la verdad, nunca me paro a pensar en él como en algo distinto de mí misma. De todos sus libros me dedica un ejemplar y de algunos me ha dedicado la edición. Yo hago cuanto puedo por contrapesar su fantasía con un poco de sentido práctico. Y así vamos tirando. Creo que es mi deber.

Julia Rosa GARCÍA

MADRID, EN LA CÁMARA DE UN FOTOGRAFO CATALAN



Cuatro fotografías que ilustran el libro «Madrid», de J. A. Cabezas

FRANCISCO Catalá Roca hizo su primera fotografía a la edad de dos años.

—¿Te salió bien?—me interesa.

—Perfecta... Sólo, que rompí la máquina.

La anécdota pinta su precoz familiarización con la cámara oscura. Hijo de un excelente fotógrafo, Catalá Roca heredó la técnica y aprendió a ponerla al servicio de un sagaz ojo de reportero.

Escribo la palabra reportero a sabiendas de que, para el gran público, nuestro fotógrafo se ha revelado con un libro de turismo, ajeno al reportaje propiamente dicho. Pero, basta ojear rápidamente el espléndido volumen «Madrid» para darse cuenta de que el autor de los centenares de fotografías que lo ilustran no es el fotógrafo estático de paisaje, sino un espíritu ágil y vibrante, empeñado en sorprender la esencia de las cosas a través de su apariencia.

—Cuéntenos sus trucos—le preguntó un periodista a Catalá Roca, a raíz de una sonada Exposición de sus obras.

El fotógrafo quedó perplejo. ¿Trucos?... Los trucos son propios de los fotógrafos a la antigua usanza que lo fían todo a secretos de laboratorio, a las recetas de cocina fotográfica. Los trucos de Catalá Roca son de índole mental y siempre previos a la ejecución de la foto.

—Al sentirme atraído por una calle del viejo Madrid—cuenta, por ejemplo—, pensaba inmediatamente cuál sería su hora

simplicidad personificada, si llevado por su modestia no presumiera únicamente de artesano, si no se sonrojara oyéndose llamar poeta, en vez de las palabras que transcribo nos habría dicho que procuraba averiguar en qué período del año y en qué hora del día, la calle elegida descubriría su alma.

Para atrapar tipos provincianos en los aledaños de la Plaza Mayor, para cazar el fugaz arabesco de una pizpireta muchacha de la Gran Vía, para disponer de ellos en la hora favorable al juego de luces y sombras, se necesita una inagotable dosis de paciencia.

El truco de Catalá Roca, junto al olfato, es la paciencia.

—Algunas de estas fotografías de Madrid, me han exigido acudir diariamente durante varias semanas al puesto de observación...

Indudablemente. ¡Y cuántas veces, cuando todas las circunstancias para el feliz logro de la fotografía habiáanse reunido, no se ponía por medio la ropa tendida en un balcón, un vehículo estacionado, unas inoportunas obras callejeras, cualquier factor imprevisto que obligaba a Catalá Roca a irse con la música a otra puerta, para reanudar la paciente y obstinada espera!

Las grandes capitales ponen a prueba a un fotógrafo. Auténticos macrocosmos exigen de su glosador gráfico una enorme versatilidad. De la Castellana a la Cava Baja media un mundo. Del Palacio de Oriente a los accesos del metropolitano va un abismo... El fotógrafo de ciudades debe, tanto o más que sentir la fotografía, poseer la ciudad, amarla como a un cuerpo



Francisco Catalá Roca, el colaborador gráfico de Cabezas

más propicia, y también qué clase de personajes cuadrarían con su ambiente...

Si Catalá Roca no fuera la

físico, conocer sus más íntimas palpitaciones. Si el barcelonés Catalá Roca no hubiera apreciado a Madrid con el corazón, habría sido incapaz de realizar esta magistral «suite» gráfica que es la ilustración al bello libro de Juan Antonio Cabezas.

Paris, de Atjet al moderno Izls, ha contado con una copiosísima iconografía salida del objetivo. Estoy por decir que buena parte de la leyenda de París es debida a los fotógrafos tanto como a los pintores. Podríamos aducir también el ejemplo de Nueva York, de Roma... Los españoles, que hemos cultivado con tanta brillantez la fotografía rural, la arqueológica y la folklórica, teníamos unas páginas en blanco, correspondientes al capítulo urbano. Por lo que a Madrid refiérese, las ha venido a llenar un muchacho catalán avisado, modesto. Tan modesto, que achaca a la suerte y a la laboriosidad los aciertos debidos a la sensibilidad y a la inteligencia.

Tan enamorado de su profesión, que una de las veces que se trasladó de Barcelona a Madrid en ocasión de trabajar para el libro de Cabezas, al llegar al aeródromo barcelonés se sintió atraído por la belleza de un avión que se disponía a elevarse. A Catalá Roca le faltó tiempo para desenfundar la cámara y retratar al avión desde todos los ángulos. El despegue, especialmente le proporcionó unos admirables encuadres... Hasta que se dió cuenta de que el avión de marras era el suyo, el que había de llevarle a Madrid...

—Ocurre que hacer fotografías, para mí, aún no es una profesión, sino un idilio con la cámara...—razona Catalá Roca.

La cámara le paga con idéntica moneda de amor. El libro «Madrid» atestigua este amartelamiento, como el corazón grabado en el tronco...

Miguel DEL PUERTO



DEL ANTIGUO TINGLADO DE

JOSE TAMAYO, UNA VIDA AL SERVICIO DE UNA VOCACION

FECUNDA LABOR CREADORA DEL DIRECTOR DE LA COMPAÑIA LOPE DE VEGA

¡TE LLAMAN DE PARIS!

JOSE Tamayo se levanta por décima vez, con un leve y suave discurso: «¡Perdone; todo esto le parecerá una locura!» Y me parece.

Pero no acaba de colgar el teléfono cuando le reclaman ya de Sagunto y de Barcelona. Y de Granada. Y habla y habla con esa cadencia andaluza, fina y leve que recuerda a los hispanoamericanos, de todos los detalles que le piden o exige. Es un hombre para el que no hay cosas pequeñas. Todo pasa por su manos.

Desde las sillas en las que nosotros, los visitantes, nos sentamos, el Teatro Nacional María Guerrero recuerda a un Estado Mayor de vanguardia. A esos puestos de línea a los que llegan, con las estrellas, los heridos frescos. La bala recta.

Discute Tamayo incansablemente con los decoradores, con los comerciantes que le ofrecen telas, con gentes que entran y salen, van y vienen. Con los que están tranquilos y como si con ellos no fuera la cosa. Con los hombres de su valioso equipo de trabajo a cuyo juicio somete, sin descanso, lúcida y generosamente su propio criterio. Pero a los demás se les cerrarán los ojos, se morirán de sueño, que él sigue, en la plena noche, su batalla. Un mecanismo misterioso, apenas previsible y concreto, mueve a este hombre hacia todos los temas. Habla con los actores que suben de «abajo», de la escena entre «mutis y mutis». Y borra de un manotazo, con una mano especial, entre imperativa y contemporalizadora, todas las dificultades.

¡TE LLAMAN DE VALENCIA!

En el teatro ya no hay nadie. Ni nadie debe haber en el mundo. Ni en las calles. Son las cuatro de la mañana. La hora casi del sol. La hora fresca y un poco sonámbula en la que, noche y día, hacen tablas. Pero, Tamayo, sigue en



El Presidente Ulate, de Costa Rica, felicita a José Tamayo al terminar las representaciones de la compañía Lope de Vega en el teatro Nacional de San José

pie. Le van llegando por muchos conductos, por la vigilia medio adormilada de sus hombres, noticias nuevas de fabulosos lugares. Y se repiten en medio del alba, en el nascente día, las órdenes. Las órdenes que no lo parecen. Que este hombre manda ligero, le obedecen con rapidez y todos contentos.

Quando salimos a la calle corre Tamayo a un gran coche. ¡Pero si me había olvidado del chófer! Y le habla entonces, cordial y amablemente, disculpándose del olvido. Pero no sé por qué el conductor sabe con quién se gasta los cuartos y lleva ya adelantadas, unas horitas de buen sueño. El que falta a todos los demás.

Bajamos luego, a pie suelto, que todavía quiere andar, por el ancho paseo de Recoletos. Justo Alonso, uno de sus hombres de hierro, su representante, nos dice esta extraordinaria metáfora:



«han podido hablar tanto tiempo con él porque está muy cansado hoy». Y Roberto Carpio, su director adjunto, remachando, sin saberlo, la intención de la frase, añade «no sabe nunca ni la hora ni el día. El reloj y el calendario son trastos prehistóricos para José Tamayo».

Pero la vida del hombre se hace de tiempo. Y José Tamayo se ha hecho en la sangría y la dificultad de una hora tras otra. Y cientos de relojes, y de campanas, han medido y controlado cada minuto de su sueño y de su obra. «Que yo lo sueño todo. Porque yo lo veo todo como en un sueño, y nada más verlo, decía Tamayo, me pongo a hacerlo».

UN NIÑO JUNTO AL RIO

José Tamayo nació, como millones de personas, un 16 de agosto de 1920. Pero en Granada.

La parroquia del director de la Compañía Lope de Vega es la de San Pedro y, de la Torre la Vera a su casa apenas hay trescientos metros. Y, cosa extraña, el primer recuerdo, la primera obsesión del niño es el río. «Pasaron muchos años y no me podía dormir sin oír el ruido del río». Se trata, pienso, de un elemento más de la fuerza y la impresión que ha dejado en José Tamayo la naturaleza. Todo él tiene, sin quererlo, algo de ese sentido arrollador y extremo.

Pero Granada, la Granada de la Alhambra es lo que verdaderamente impresiona la sensibilidad de Tamayo. ¿De qué forma? Quizá no se pueda contestar nunca a esa pregunta, pero el hecho cierto es que Granada aparece siempre en la biografía de Tamayo como el eje, la medula espinal de su carrera artística.

EL HIJO DE UN PANADERO GANA UNA BECA PARA EL SEMINARIO

La familia de José Tamayo, los hombres que le rodean en su infancia, no tienen nada que ver con el arte. Son, eso sí, gente artesana. Gente de un mundo cristiano viejo donde el pan está decantado en el trabajo. Gentes, además, movidas por súbitas inspiraciones.

El padre de José Tamayo, también José de nombre, era, cuando nació él, obrero panadero. En la casa, aparte de la madre, doña Josefa Rivas, vivía, también, otro hijo. Los dos hermanos, aunque se lleven plenamente bien, han terminado por ser, en la vida, distintos. El hermano pequeño es comerciante y el padre, cuando José Tamayo, andaba por los dieciocho años, se convirtió en industrial. Gentes, pues, vivas y despiertas, pero nadie que hablara al niño, al duende de la casa, de que existía, fuera del pan de cada día, un escenario donde la gente conversa, ríe o muere para levantar el aplauso.

Y así estaban las cosas, en esa tarea tan seria de crecer, cuando a los doce años gana, por oposición, como le gusta decir a él, una beca para el Seminario.

EL SEMINARIO DE «SAN SESILIO»

El Seminario de San Cecilio, o «Sesilio» según la pauta del «seseo» granadino, ha venido a ser en la vida de Tamayo algo de importancia capital. No se puede entender nada de su vida, nada de lo que es hoy, de lo que significa, sin encerrarse, con él, en esos años de muro alto. Su sentido creador, su metafísica casi religiosa del hacer diario, arranca de esa piedra de toque. Los años del Seminario son, por otra parte, sus años más felices. Era, acostumbra a decir él cuando se alude a su pasado, totalmente feliz. Los mejores años de su vida, lo que en Tamayo florece más rápidamente ante el recuerdo es el Seminario. Allí permanece, sin sobresaltos, durante cuatro años. O sea, hasta los dieciséis.

LA VOCACION TEATRAL

En el Seminario, aparte del latín, José Tamayo aprende muchas cosas. Su musa se desbordaba ya en muchas ocasiones. La inclinación estética era tan firme en el niño que le encargaron el cuidado de la capilla. De puntillas, creciendo sobre las puntas de los pies, que es la primera forma de crecer que merece la pena de citarse, José Tama-

yo organizaba el arreglo de la iglesia. Las velas, como luces de un gran escenario, y las flores.

El niño (que nunca ha sido un genio desabrido e insípido, ni hombre cazador de extravagancias) era en el Seminario contado y «vareado», entre los traviesos. Siempre estaba castigado de rodillas, y ante el reloj (ese reloj que nunca preocupa al director de la Compañía), por la misma falta, por la más grave, por hablar en las filas. Ello no rompía en nada, por otra parte, su vocación que era firme. Y «filme» tiene que tener, en el vocabulario de José Tamayo, una precisión especial. Tan especial que él mismo está hecho de sucesivas firmezas.

La vocación teatral que misteriosamente se manifestó muy tempranamente sigue a la vocación grande: la vocación de sacerdote. Pero cuando los profesores le veían muy «enfascado» en un libro le cogían siempre de las orejas: era teatro.

En ese tiempo del Seminario, entre las sotonas pardillas que alentaban en aquel tiempo de gran propaganda izquierdista un cierto halo de espíritu fervoroso, de alma contra ambiente popular, los seminaristas dieron tres representaciones teatrales. Aquí, en este trance, teatro y Seminario, la vida de Tamayo se escinde en identidades perfectas. El teatro, pensaba, es la Compañía, la Compañía ordenada y clásica, reglamentada y ortodoxa, que yo soñaba hacer. La Iglesia es también la Compañía. Y lo es el Ejército. Que así ruedan, en el espíritu del hombre, las cosas; que nunca Tamayo deja de pensar en ese profundo sentido que une el Seminario con su vida.

Su afición al teatro era tan fuerte que se ofrecía «de balde» para los trabajos difíciles. Disfrutaba haciendo lo que no quería hacer nadie: cosiendo el decorado, lavándolo, arrollándolo en sus manos. Guardándolo en el fondo del baúl para una nueva representación de «Chao». Así hasta que llegó la clave decisiva.

«EL DIVINO IMPACIENTE», EN EL SEMINARIO

Además de «Chao», se dieron un drama y una comedia cómica, pero nada de esto tuvo importancia hasta la llegada de un embajador nuevo: Pemán.

De la importancia de Pemán en la vida de Tamayo quizá no valga cosa mejor que decir que la emoción más auténtica del seminarista se centra en «El Divino Impaciente». El Seminario representó dos actos de la obra, pero a Tamayo, que no debía entonces, como no lo ha conseguido ser después, buen actor, no le dieron papel. Ni un papel cualquiera. Pero se sintió entusiasmado. Una cosa, entonces, le preocupó: obtener el libro, leerle.

EN LA RIFA ESTA LA SUERTE

Por aquellos días el Seminario rifaba, como recogiendo la misteriosa y tenaz obsesión de José Tamayo, un ejemplar de «El Divino Impaciente».

Y allí comenzó la cuestión. El problema, el verdadero nudo de los nudos, era acertar cuál iba a ser el número de la suerte. Tamayo compró dos números, el 15 y el 16, y regaló a un compañero, porque así ha de ser, uno de ellos. Y ése, en el que regaló, en el que no era el suyo, cayó la suerte. La cosa no tenía remedio moral, pero Tamayo pensó que «algún» derecho tenía sobre el libro y se lo metió bajo el brazo para leerle. Devolver, sí, pero después de copiar los diálogos. Después de aprenderse de memoria las palabras. Y eso era el estar «enfascado». Y de ahí que se fuera despacio y con buena letra en penitencia, de rodillas ante el reloj.

LA ENFERMEDAD DEL ESTÓMAGO TUVO LA CULPA

Por aquel tiempo, el seminarista, adquirió una enfermedad del estómago, y en virtud de ello tenía permiso para vivir en casa. La vocación sacerdotal, en este hombre de vocación rectilínea, de servicio a la vocación, continuaba con todo su rigor. Pero por eso de estar fuera de las celdas pudo ver en Granada una representación de verdad: «El Divino Impaciente».

Los padres, es de suponer, asistían maravillados a las aficiones de su hijo. Pero éste no pensaba en nadie. En los recreos, cuando el sol calentaba los patios, él copiaba los papeles. Y de pronto, sin más, comienza a aparecer la mejor y más maravillosa diversión del muchacho: la de ocuparse, mientras el latín se conjugaba, en distribuir, mentalmente, los papeles de las obras entre los alumnos. Veía las cabezas, las agitadas o quietas, oscuras o pálidas cabezas, y daba a cada una de ellas su nombre escénico. «Este hará ese papel; aquél, el otro.» Eso era estudiar, vivir.

Pero la enfermedad del estómago no le daba reposo y tuvo que dejar de asistir al Seminario. Con ello se perdió la beca, y cuando quiso volver a entrar hubo muchas dificultades. En la casa, con las cosas contadas, tampoco se podían dar muchas vueltas a las posibilidades. Además, porque Dios no se anda en contemplaciones y pone al hombre constantemente a prueba y ante muchos caminos, no hubo tiempo para el sueño: la guerra es la guerra. El año 1936 llega también a Granada.

EL ORGANIZADOR DE UN TEATRO DE «FLECHAS Y PELAYOS»

Algo hay que hacer. Como José Tamayo no tiene la edad del fusil, el muchacho se lanza a su afición. Abre brecha, la vocación, por entre los «Pelayos», y he ahí cortando el mandil teatral, dirigiendo un teatro en pequeño. Un teatro que representa «El Divino Impaciente», confundiendo en un mismo equipo de trabajo a los «Pelayos» y a los seminaristas que, por entonces, estaban de vacaciones. Uno de los actores, Avelino Cánovas, perteneciente al grupo teatral, continúa aún ese ardiente y difícil trabajo. Porque lo extraordinario de Tamayo es la capacidad que tiene, hablando en plata, de arrastrar a la gente. De tener con él, en cualquier tiempo, a los mejores.

José Tamayo «hacía» en la obra el papel de San Francisco Javier. Pero rápidamente esta vivísima cabeza joven se da cuenta que su afición, lo que verdaderamente le arrastra, es la organización. Así, desde entonces se va reservando los papeles que no tienen importancia, los papeles oscuros. Y una vez vencida la vanidad de aparecer en escena, el muchacho se dedica a lo suyo: a acometer difíciles empresas. A no descansar ni dejar descansar.

Pero no quiere permanecer en lo oscuro, trabajar en un esteticismo ignorado. Como siempre, José Tamayo trabajaba ya en aquella ocasión de cara al público. Por eso lleva la obra al teatro «Cervantes», de Granada. Porque una de las preocupaciones de Tamayo, clarísima desde niño, es vivir de cara al público. De cara a la verdad de las taquillas. Un

¡Ha perdido su rastro!

Aplicuese D-ten
el desodorante mágico!
con clorofila

Dana
EN EL MUNDO ENTERO

PRECIOS

SÓLIDO EN BARRA 25 PTAS.	LIQUIDO (FRASCO VAPORIZADOR) 34'95 PTAS.	"PETALOS" 20 PTAS.
RECAMBIO: 17 PTAS.	RECAMBIO: 15 PTAS.	



Tres fotografías del álbum familiar. En ellas vemos a José Tamayo, disfrazado de burro, cuando tenía dos años; con su hermano Ramón, en un rincón de la Alhambra, y con dos compañeros, en su época de seminarista.

sentido profundo de la organización y de la propaganda le hace situarse en la realidad. Y, sin embargo, este hombre de empresa y de acción ha dicho en una ocasión estas significativas palabras: «Lo más importante de mi vida, lo he soñado.» Soñar, vivir.

LOS PADRES DE TAMAYO

¿Qué pensaban los padres de Tamayo? Una vez que el muchacho sale del Seminario, todo obliga a pensar que, acabada una posibilidad, admitirían una nueva: darle un buen oficio. Más cuando el padre ya está dando vueltas a la cabeza el establecerse por su cuenta. Pero, por lo que sea, los padres de Tamayo, arrastrados por el fenomenal empuje de sus añiciones, le dejan hacer. Sólo se permiten disentir: «¡No vives con esas cosas; terminarás enfermo!» Y era que ya por aquellos días Tamayo se entregaba en cuerpo y alma a su tarea.

Nadie se atreve en casa, de frente, a discutir el rumbo por el que marcha. Los padres del muchacho y la estirpe son granadinos. Gentes que enlazan con la imaginación y la sensibilidad lírica, apremiante y total, que llega de lejos. La Alhambra es el bastión poético. El agua clara en el que todos beben y esperan. Bajo las piedras puede haber tesoros. Y José Tamayo, la piedra, el hijo del panadero, quizá sea el tesoro. Lo cierto es que la confianza del padre, confianza que tiene que descansar en la pura intuición, no se agota nunca. Al revés: será el padre quien, en el momento decisivo, arriesgue todo a una carta para demostrárselo. Que así son las cosas.

LA HORA DEL FUSIL.—JOSE TAMAYO, SOLDADO DE AVIACION

El, como hombre, puede escaparse; pero su vocación, lo que en él hay de afirmativo y creador, está siempre en la brecha. Por eso, la hora de la movilización no alteró sus planes. Una vez más se aprovechó de la experiencia, de la ancha y noble profesión de fe del soldado, para levantar el tablado.

José Tamayo tiene lados inapreciables. En el Arma de Aviación llegó a alcanzar una gran consideración. Hizo curso tras curso de perfeccionamiento y no contento con eso, fué uno de los mejores bombarderos y ametralladores de Aviación. ¿Por qué?

La voluntad, el sentido del esfuerzo, es la clave de casi todos sus éxitos. Por eso el soldado, el hombre de línea, llega a sargento, y todo el mundo siente que no se dedique a las armas. Vuela muchas veces, y desde arriba apunta a las dianas militares de los objetivos. «Parece, ha dicho él, que nunca hice otra cosa en la vida.»

Pero la verdad-verdad es que José Tamayo sigue en sus trece. El ambiente moruno de Tetuán, el clima de Africa, no hacen otra cosa que despertar su vocación. En Africa le construyen, siguiendo sus ideas, la primera maqueta metálica de un escenario. Medía 70 x 50, y los amigos, los sugestionados por su empuje, liman y pulen la obra hasta que queda a su gusto.

EL REGLAMENTO DE UNA INSTITUCION TEATRAL

Mientras estudia en los cursos. Mientras aprende que el ametrallador es un soldado de una vez, José Tamayo escribe un Reglamento de Teatro. ¿No viene, acaso, del Seminario, que es ordenación y reglamento? ¿No está en el Ejército, que es vida bajo norma? Por eso mismo él quiere que la compañía, el teatro, tenga también sus normas y sus leyes. No hay «Instituto» sin reglamento. Entonces dividía la realización de la dirección. Ponía en manos del realizador toda la organización del grupo. Y en manos del director, la obra de tipo selectivo y literario. Era su retrato: donde se veía incompleto, en la formación literaria, este hombre ponía ya, idealmente, un ayudante.

Tuvo que pasar el tiempo, aprender y reparar libros, sentir crecer sobre él toda una vibración literaria, para que Tamayo sintiera como inseparables las dos funciones de su primer Reglamento.

TEATRO, SIEMPRE EL TEATRO

Pero el Ejército, aunque sea el del Aire, no se ha hecho para Tamayo. El cumple fielmente, avanza en los cursos, adquiere fama, pero la procesión va por dentro. Los jefes y oficiales, cuando hablan de él, dicen: «¡Sería estupendo si no tuviéramos esas añiciones!» Pero ya no hay tiempo de cambiarle. Y así, por ello, en medio de Africa, prepara y concibe la puesta en marcha de «El Alcázar de las Perlas». Así, cuando es destinado al aeródromo de Granada, Tamayo prepara la obra y la lanza, entre el fresco ascenso de las gentes, al teatro Cervantes. Fué un suceso. El suceso y la aventura de Granada. Y como no hay dos sin tres, el realizador se abandona a su juego.

EL TEATRO DE CAMPAMENTOS

Tamayo va a todos los sitios. Un día organizó a los «flechillas», a los «pelayos» y a los seminaristas. Ahora, meditadamente, encuentra el agujero granadino por donde ha de lanzarse. ¿Dónde se puede hacer teatro en la ciudad? En el Frente de Juventudes, que tiene para todos un Teatro de Escuadra. Un Teatro de Campamentos. He aquí, pues, a Tamayo.

El Ejército lo deja por imposible. Sus jefes, persuadidos y subyugados, le ayudan. Uno de ellos, el general Rafael Baquera Alvarez. Otro, Gallego Burin, por entonces Alcalde de Granada. Ambos, los dos, son en la memoria de José Tamayo como una coordinación vital de su ascenso. Por eso, como prueba de su gratitud, figuran como directores honorarios de la Compañía Lope de Vega. Pero, ¿por qué «Lope de Vega»?

COMO NACIO EL NOMBRE DE UNA COMPANIA QUE HA GANADO LA FAMA

El Teatro de Campamentos parece un anuncio de los festivales artísticos de hoy. La Escuadra de actores, andando y a pie, recorría el mundo de la sorpresa. Montaban su tinglado y llamaban al pueblo, al pueblo cercano al Campamento, a la gran fiesta. El primer sitio donde José Tamayo se presentó al público, así, al aire libre, con las estrellas de telón, fué en La Herradura. El escenario se armaba, se montaba y desmontaba en muy poco tiempo. La matemática velocidad de este montaje es una de las cosas de las que se muestra satisfecho Tamayo. «Tenía diez metros de ancho por cuatro de fondo.» Ellos mismos hacían allí de todo. Dormían en el ancho cansancio de la fiesta por los Campamentos e inauguraban con ello, sin preverlo en toda su significación, esa aventura viajera del hombre de teatro. Que tan pronto la pensión, la posada, como el tren.

Una de las cosas que primero llamaron la atención de Tamayo, nunca olvidado de esa gran virtud de estar en contacto con la realidad, fué el ver lo animosa y alegremente que era acogido el teatro cásico español. Los actores, vestidos con los trajes de la obra, recorrían los pueblos anunciando ellos, por sí mismos, la representación teatral. El «slogan» era enterar a las gentes. Y luego, a la plaza.

Pero Tamayo seguía en el Ejército. Era ya cabo especialista cuando se marchó a Málaga para realizar un curso de sargento. Mandaba la Academia el comandante Vara del Rey.

Pero Málaga es algo más que el lugar donde José Tamayo alcanza a ganar a pulso el entorchado de sargento. Málaga es, simplemente, la ciudad española donde José Tamayo bautiza, y pone nombre

a una compañía teatral que sólo años después conseguirá montar. Pero principio quieren las cosas.

El bautismo vino así: Asistía Tamayo a una clase especial de Aerodinámica, fuera del curso, y la cabeza le daba vueltas. Se puso a escribir en un papel, enfrascado como cuando era seminarista, el nombre que le gustaría tuviera «su» Compañía. Se llenó el papel, pero, al final, no quedó nada más que un solo nombre: Compañía Lope de Vega. Después terminó la clase de Aerodinámica. Mas el nombre de fray Félix Lope de Vega y Carpio quedó ya definitivamente anclado y vinculado a su futuro. Sin cambio posible.

EL PREMIO NACIONAL DEL TEATRO DE ESCUADRA, PARA GRANADA

El Teatro de Escuadra de Granada se presentó al Premio Nacional. Una de las exigencias que tenía su concesión era la de tener que haber sido escrita, la obra presentada, por uno de los actores de la Escuadra-Compañía.

Tamayo tenía con él al poeta Benítez Carrasco. Y es éste quien escribe «Luz de amanecer», que iba a ser la obra premiada. La obra que iba a dar a la Escuadra y a José Tamayo opción a nuevas empresas. Que quien se queda se lo come el lobo.

SIEMPRE HACIA ARRIBA

Quien piensa en el éxito de un Teatro Provincial de Escuadra, piensa también en un Teatro Nacional. A José Tamayo ya no le ocupa otra cuestión que la de conseguir pasar de lo provincial a lo nacional. Y otra vez, puesto en marcha el mecanismo de su voluntad, no flaquea un instante. Ni cuando los trámites se hacen eternos. Entonces pide al padre dinero para marchar a Madrid y entablar de frente, con sus hombres, la batalla. Don José Tamayo, padre, da al hijo las cuatro mil pesetas necesarias. No hubo muchas palabras entre los dos. Cada uno de ellos conocía las últimas razones del otro.

Es entonces cuando José Tamayo viene a Madrid por vez primera. Pero no se queda en la ciudad, sino que se marcha a conquistar El Escorial, que es donde se encuentra emplazado el Campamento Nacional. Entre el asombro de todos, la Escuadra de Tamayo presenta «El médico simple» con un gran éxito. El joven director miraba, con esa su mirada entre entusiasta y vigilante, al Jefe Nacional. «Nos recibió—dijo Tamayo—como si hubiéramos aprobado.» El Jefe del Campamento, Alberto Fernández Galar, aplaudía el éxito. Ya eran los escuadristas de Granada, el Teatro Nacional de Escuadra. Que cuando las cosas no llegan hay que ir a buscarlas.

LA ETAPA DEL GOZO JUVENIL

Tenía ya José Tamayo veintitún años. Las cosas iban como han de ir para que no se rompa uno los cascos: despacio. Durante ese tiempo de grandes alegrías, de mucho sol y mucho camino por delante, Tamayo aprendió a saber que una de las cuestiones importantes en el teatro es la rapidez en los montajes. Por otra parte, aquel teatro arcaico clásico interesaba a todo el mundo. ¿No es bastante esa experiencia de aire libre, de pueblos blancos cuyas gentes, la chaqueta de pana colgada al brazo, se reunían con los muchachos de los Campamentos para ver qué era aquello de los «entremeses» clásicos? Tanto lo era que ha sido la primera edad de oro de Tamayo. Su «segundo siglo» lo vive ahora.

Por ese tiempo, con veintitún años, comienza Tamayo su tarea selectiva. Hasta entonces había hecho descansar en otros, reconociendo su peor preparación, la obra literaria. Pero, andando el tiempo, alentado por copiosas lecturas, le incluye en el área de todo el dispositivo teatral. Acomete repentinamente aquella tarea selectiva y literaria que su primitivo Reglamento de Teatro había dejado fuera de sus posibilidades. Va subiéndolo, pues, peldaño a peldaño, la larga escalera. El grupo, su cuadro de actores, lo componen, por entonces, once muchachos, de los que tres eran músicos. Tamayo aprovecha esas posibilidades y comienzan a aparecer en los «entremeses» de Lope de Rueda los fondos musicales. Y no hay que olvidar que en esa primera «Compañía» tamayana el mayor desembolso realizado se hizo con motivo de la adquisición de una pizarra de luces. La técnica del montaje preocupaba hondamente al muchacho. A un muchacho que no había visto otro teatro que aquel que él mismo levantaba, noche tras noche, en el abierto escenario del aire libre. Otro teatro que ese que llevaba dentro, cosido y atado a la carne.

NUEVO en ESPAÑA

YA ESTAN A LA VENTA LAS
FAMOSAS HOJAS DE AFEITAR

KRON-VEST

4 creaciones de prestigio universal 4

GRAN MOGOL

JAGUAR



EMBAJADOR

CANCILLER

Participe en el sencillo concurso mensual de hojas de afeitar KRON-VEST y fácilmente podrá ser poseedor de un magnífico reloj todo de oro macizo marca WALTER-ROVER, que figura entre los mejores del mundo. Por cada paquete de diez hojas de cualquier clase KRON-VEST, recibirá un folleto participación concurso. Solicítelo a su proveedor.

A LOS VEINTITRES AÑOS, LA VIDA POR DELANTE

«Cuando tenía veintitrés años—dice Tamayo—, decidí formar particularmente un Teatro de Estudiantes. Ese Teatro o esa Compañía que iba a ser la "Lope de Vega"».

El nombre del banco del soldado. El nombre que escribiría en una clase de Aerodinámica. La Compañía se formó con ayudas privadas, pero vivió siempre de cara al público. Y los trajes, siempre nuevos, se pagaban con los ingresos de taquilla. Este Teatro Universitario Lope de Vega es el crisol de Tamayo. Las representaciones de la Compañía culminan con la realización de «La vida es sueño», en el patio de Carlos V, en Granada. Pero para esa ocasión Tamayo reservó la sorpresa a los grandes de Madrid. El no quiere perder el tiempo.

LOS TEATROS NACIONALES, EN EL CORPUS DE GRANADA. — ¿QUIEN PAGARA LOS GASTOS?

Para esa gran ocasión del Corpus de 1943 Tamayo, como hemos dicho, prepara «La vida es sueño», mas no quiere quedarse en eso. Y así, sin pensarlo más, el flamante director de la Compañía Lope de Vega invita a los directores de los Teatros Nacionales y a los actores José María Seoane y Blanca de Silos.

Quizá no sepa Granada, la bella Granada, lo que significó aquel día inacabable para Tamayo. Quizá ni él mismo lo sepa. El caso es que estuvo lloviendo todo el día. Y la lluvia era, simplemente, el caos.

Cayetano Luca de Tena preguntó a Tamayo por la forma con que se iban a cubrir los gastos de desplazamiento. Y al «¿quién paga?», verdadero caballo de la escena, Tamayo, como si no lloviera a raudales, como si no supiera que la lluvia es un mal enemigo, respondió: «¡Paga la taquilla!» No he de decir que el susto fué gordo. Pero Madrid, con sus figuras señeras, asistió al milagro. Porque justo con los primeros versos el agua cesó. Los que vieron la cosa dicen que el público abarrotó el patio. Que Luca de Tena leyó, entre la impaciencia de los que pensaban que las nubes podían volver, unas cuartillas. Todo se deslizo, después, sobre ruedas.

De aquel primer comienzo de cara a la presencia de los grandes, Tamayo recogió una doble experiencia. Primero: que el público, como en los Campamentos, estaba dispuesto a escuchar al Siglo Oro. Segundo: que era preciso presentar también a los nuevos. Y así, «slogan» por «slogan», presentó una obra con esta triple advertencia: Un teatro nuevo, una obra nueva, un autor nuevo.

La verdad es que «La vida es sueño», su gran éxito, se encargó de pagar todo. Hasta lo del novel. Y más aún: de aquel éxito nació una revista, «Cuaderno de Teatro», que alcanzó los cuatro números. Hoy son lo que se dice un «ejemplar raro».

DE GRANADA AL MUNDO Y POR GRANADA A MARRUECOS

Tamayo no se puede estar quieto. Me lo dice con ese aire sólido y despierto Roberto Carpio. Y por eso, por no poder estarse quieto, termina por ir a todos los puntos cardinales. Así, la Compañía Lope de Vega, que permaneció en Granada durante cuatro años como cuartel general (que el invierno aprieta) se lanza a las rutas. Que el teatro es baúl y cuenta nueva.

Para salir tuvo que pedir cuatro mil pesetas a su padre. Se las dan generosa y cordialmente. Sólo le dicen: «Te vas a quitar la vida.» Y no era broma. José Tamayo, que permanecía de pie y en pie durante todos los preparativos, que mantenía el espíritu en vilo de su gente, caía enfermo, destrozado, después de cada obra. Lo había dado todo. Y quizá por ello mismo ninguna cosa tenga mayor emoción en la vida de este hombre hecho a sí mismo que la ternura y la comprensión de los padres. Porque es fácil entender a los que sienten lo mismo.

Tamayo vuelve, con su aire moruno, con ese paso que parece débil y no lo es, a enfrentarse con Afri-

ca. La Compañía planta sus tiendas en Tánger. Luego regresa a Almería y más tarde, como de costumbre, a la base. A Granada, que sabe que José Tamayo anda por el mundo.

CONTINUIDAD EN LA TAREA

«Un día, en 1946, pensé, dice Tamayo, en convertir la Compañía en una empresa de continuidad.»

Pero la continuidad es un esfuerzo de toda índole. Un esfuerzo económico y creador para el que se necesita todo el empuje del espíritu.

Es otra vez su padre, que ya era industrial por su cuenta, el que le entrega cincuenta mil pesetas. Y aquí no se trata de bromas. Don José Tamayo, padre, pone en manos de su hijo todos sus ahorros. Lo que se haga con ellos corresponde, desde ese mismo momento, al hijo. Que los ríos corren y el agua se lleva con el arena el oro.

La Compañía llevó para la primera representación a «Romeo y Julieta», y en unos cuarenta días perdió unas 25.000 pesetas. La mitad del préstamo. Pero la cosa marchaba.

Cuando Tamayo habla de aquella primera pérdida, sonríe y dice: «Hoy, con la misma taquilla, no las habría perdido». Pero es que hay que aprender. Hay que pasar el río a nado, a puro corazón.

Aquel año fué de lucha terrible. Pero como la lucha es el acicate de los fuertes, la Compañía obtiene esa temporada de 1946-47 el Premio de Teatro a Compañías de Provincias. Poco después ingresaba en la empresa de Tamayo Carlos Lemos.

Esta es la época, pudiéramos decir, medieval de Tamayo. Es su Edad Media completa y fecunda. La temporada 1947-48 la Compañía Lope de Vega recibe el galardón máximo: el Premio Nacional de Teatro. Todavía está «Otelco», como quien dice, aplaudiéndose en los teatros españoles. En esa época sufrida y dura a la que llegan por primera vez los frutos sazonados. «Estoy muy contento», dice Tamayo, de lo que hice entonces.»

Sólo que los premios no se dan para descansar, sino para empezar de nuevo. Y eso es lo que hace

Tamayo. Empezar y empezar. «Nunca hago planes para más de un año, pero sirvo a las ideas de ese año con una voluntad inquebrantable.»

EL VIAJE DE LOS VIAJES: AMERICA

En el año 1949 José Tamayo tiene veintinueve años. Y a los veintinueve años Tamayo comienza

Encontrará usted las siguientes firmas: Juan Alcaide Sánchez, Bernardo Víctor Carande, José Manuel Cardona, Ramón Cid, Pablo Corbalán, Victoriano Cremer, José Antonio González Casanova, Aquilino Iglesia Alvariño, Rafael Lasso de la Vega, Luis López Anglada, Leopoldo de Luis, Salvador Pérez Valiente, Dámaso Santos y

Juan Ramón Jiménez

(con la versión completa de su poema «Espacio»)

en el número 28 de

POESIA ESPAÑOLA

su etapa histórica: su itinerario colombino.

Con el dinero del Premio conseguí organizarme un viaje de cincuenta días por América «para ver qué pasaba». En Cuba, en el paraiso del «mambón», José Tamayo se encuentra con un español prodigioso. Juan Joaquín Otero. Con él y con otros entregados al vivo y perfecto amor a España se organiza la jira por La Habana. Y salta a Colombia, y a Puerto Rico, y a Méjico. No se siente desanimado por ninguna contrariedad. Así que, rápidamente, el teatro Lope de Vega abre su gala lírica, su clásico teatro, en el abanico de las Américas españolas.

EN CUBA SE GANAN OCHO MIL DOLARES

Cuba es bella, o quizá demasiado bella, y el Auditorium de La Habana, retirado hacia las colonias de las afueras, tiene muchas butacas: dos mil. Se piensa que será difícil, porque el clima es caliente y la siesta larga, el llevar hasta allá lejos al público. Pero la gala española, el grito de Tamayo llamando a todos los hombres de lengua española para la gran reunión, arroja este saldo impresionante: siete ministros estuvieron presentes. Durante cuarenta y tres días, en doce funciones de abono, la Compañía tuvo un lleno completo. José Tamayo organiza una oficina para la venta de las localidades. Crea un servicio «casi ministerial» para hacer frente a la inmensa montaña de papel que es preciso hacer rodar en cada movimiento. Y es en La Habana, y en esa oficina, donde aparece por vez primera Cecilia Pérez Castillo. La señorita Cecilia es abogada y diplomático. Y es ella quien se encarga, plena de carácter, del embarque de ese inmenso dispositivo teatral. Ella quien lleva el tinglado de la oficina de las entradas. Por eso cuando suena la hora del regreso José Tamayo traerá con él, con la Compañía, donde está ahora, a Cecilia Pérez Castillo. Mujer de un carácter resuelto, forma, con Justo Alonso, el representante, y Roberto Carpio, el director adjunto, uno de los elementos base de la Compañía. Su puesto en ella: secretaria particular de José Tamayo.

Después de La Habana, la Compañía de Tamayo recorre la isla. Los caminos se abren para los de fray Lope de Vega y Carpio con viejos nombres de España. Y en Santa Clara, Matanzas, Camagüey, se recita Calderón y Lope al lado de Benavente y Alejandro Casona. Que el vino nuevo, en odres viejos. Y Tamayo, por los treinta años, cierra los ojos para no tener miedo. Hay que seguir mientras el cuerpo aguante.

En Puerto Rico, la Compañía permanece durante cinco meses. Y no hay forma de irse. Los autos sacramentales ruedan tres veces, una tras otra, por los mismos teatros y plazas de la vieja y maravillosa isla del Caribe. Y en su capital, en San Juan, se representaron veintidós obras distintas por espacio de sesenta y seis días. Era como una fiesta inacabada. «Pensábamos, dice Tamayo, que recobrábamos el mismo acento del Descubrimiento. Y tanto es así que por Hispanoamérica me dejé la voluntad de corregirme de mi «seseo» granadino.» Pero hubo más, que San Juan es pródigo. Santo de santos. Ciudad de Colón.

PARA TAMAYO LAS LLAVES DE LA CIUDAD

La capital de Puerto Rico, la hermosa San Juan, con su fortaleza el Morro, tiene una alcaldesa de pro. Su nombre es el de Felisa Rincón de Gautier. Y a Felisa, alcaldesa a lo grande, se le ocurrió entregar a Tamayo las llaves de la ciudad. Las viejas llaves de oro. Hasta el momento presente las llaves no se han entregado nada más que a Truman, al príncipe Bernardo de Holanda y a José Ferrer, el famoso actor portorriqueño. Después las ha recibido, blanco smoking bajo la mora cabeza de la moerria, el español José Tamayo. Tamayo, que llevaba esta divisa: Teatro de España en América.

Pero no paró ahí la cosa. Los autos sacramentales continuaron viaje por la República Dominicana, Colombia, Venezuela, Panamá y San José de Costa Rica.

Nadie pensaba en el regreso. Nadie sabía cuándo y cómo podría arriarse la bandera. Se escogían los más bellos escenarios naturales para presentar el teatro de España. En Puerto Rico actúan con el fondo impresionante de la vieja fortaleza de «El Morro». Pero «La cena del Rey Baltasar» tiene en la plaza de Bolívar, en la antigua Santa Fe de Bogotá, el marco más grandioso. Allí, junto a la piedra, en el silencio del cielo y los palacios, la Compañía Lope de Vega, de Tamayo, alcanza su estilo único. Cada piedra, iluminada y ascendida a decorado, mantiene la tensión plástica del conjunto. En los balcones ondean los tapices.

Cuando se toca retirada, cuando José Tamayo decide el regreso, han pasado tres años. El habla castellana caliente como un vino, ha hecho despertar todos los rincones dormidos.

¿Pero regresar quiere decir descansar? Tamayo no sabe nada de eso. Cuando se le pregunta por lo que aconsejaría a los que comienzan, repite con un gesto casi violento esta triple y repetida palabra: «Trabajar, trabajar, trabajar.»

«LA MUERTE DE UN VIAJANTE» Y EL DESCUBRIMIENTO DE RABAL

Quien ha estado en América y no ha querido perder el tiempo trae con él la experiencia. Sólo las maletas son bultos. Y por eso José Tamayo se viene a España con una obra que va a dar a la Compañía uno de sus grandes éxitos. Pero cada éxito se paga con sangre. Sólo los bobos creen que las brevas vienen a las manos porque sí.

Tamayo monta la obra. Es la hora de la gran discusión. Se habla de que José Tamayo es un hombre rico. Un gran coche americano le espera, dormitando el chófer, a la puerta de ese teatro suyo que nunca se cierra. Es la hora de las cuentas del Gran Capitán. Mas «La muerte de un viajante» da la vuelta a España. Y, cosa importante, sirve para destacar y descubrir a Francisco Rabal. A Francisco Rabal, a quien la obra le lanza hacia arriba. Tamayo mira entonces hacia el año próximo. Hacia el futuro. Y mira también hacia atrás. Han sido largos y difíciles y ásperos años. Con los éxitos grandes, los disgustos grandes, como el del Fuencarral. Con las intuiciones, los errores de cálculo. La mali-

Señora:
He aquí su
media Nylon
de alta calidad
elástica
y
de precio...
nada caro!

Vilma
KNIT OF SUPPERT NYLON

PÍDALA A SU HABITUAL PROVEEDOR
ESTA MARCA EN EL SOBRE Y EN LA MEDIA

cia humana. Pero ahora, lo que piensa, «lo que sueña», es como el agua clara.

«El gran teatro del mundo» consagra su trabajo. Ya no se trata de un éxito parcial. José Tamayo pone al servicio del arte escénico toda la gama de los valores técnicos. La luz y—¿qué será de aquella primera pizarra del Teatro de Escuadra?—el dominio de la escenografía retratan su trabajo. «Es un hombre, dice Roberto Carpio, que no tiene ninguna ligazón con el teatro. Ha venido fresco y nuevo. Algunas veces hay que decirle: Esas cosas no se pueden pedir al primer actor... Y contesta: Pero, ¿por qué?» Y este hombre nuevo sueña con ir a Roma.

A ROMA POR TODO

Tamayo había dado vueltas a la cabeza la idea de representar un auto sacramental ante el Santo Padre.

Se sale para Roma el 10 de mayo de 1953. Bajo el patrocinio del Ministerio de Información, con sus Direcciones Generales de Información y Cinematografía y Teatro, José Tamayo se atreve con la empresa. Hay que ir a Roma por todo.

«Nunca he vivido horas más emocionantes», dice Tamayo. Es que Roma pesa. Estaba la ciudad, además, en plena campaña electoral. En cada esquina, jugando a tapar la calle, centenares de miles de carteles con el famoso «vota, comunista». Ese era el ambiente con el que se encontraron los hombres del auto sacramental. Pero no habían pasado nada más que dos días cuando empezaron a pegarse en los muros, con tintas alegres, el dibujo que anunciaba «La cena del Rey Baltasar». «Todos, me dice Roberto Carpio, nos sentimos, en cierta manera, ligados a la providencial diferencia de unos y otros carteles. Sin saber por qué, o sabiéndolo, nos lanzamos a la calle argullosos. Yo tenía una gran emoción.» Y es que España, como Roma, pesa.

La representación se dio en el palacio Pío, donde, hasta entonces, no se había celebrado nada más que un concierto en honor de Perosi. Para llegar allí, hasta el palacio Pío, hubo que resolver muchas dificultades, pero, vencidas éstas, no quedaba ya otra cosa que alzar el telón.

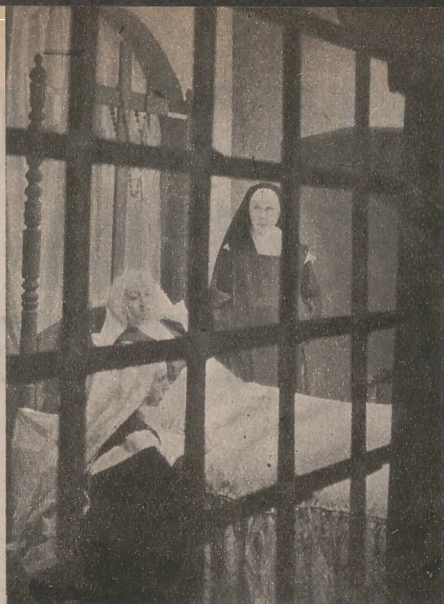
En el palacio Pío se reunió aquella noche, con las Embajadas de todos los países, la intelectualidad entera de Roma. Alguien, un periodista italiano, dijo que había sido el mayor triunfo de España. «La cena del Rey Baltasar», con Francisco Rabal, Asunción Sancho, María Asunción Balaguer, Dicenta y otros, fué un éxito asombroso. Todavía en la calle, a esas horas, estaban en su puesto los carteles de España. Los carteles que, como los Tercios, abrían brecha.

ANTE EL PAPA

Al día siguiente, la Compañía, con los dos directores generales de Información y Cinematografía y Teatro al frente, era recibida por el Papa. El director general de Cinematografía y Teatro habló en nombre de todos. Luego, cuando sus palabras cesaron, José Tamayo se adelantó para pedir permiso para hacer públicas algunas palabras del Papa. «Santísimo Padre—comenzó Tamayo—, desearíamos tener autorización...» Pero no pudo decir más. La emoción rompió las palabras y las enterró en su garganta. Tuvo que continuar su director adjunto, Roberto Carpio.

EL RETRATO DE TAMAYO

Tamayo produce un gran desasosiego al conocerle. No encuentra uno en su figura la línea o la explicación de su éxito. Es joven y lo parece. Sin embargo, su cabeza, y los ojos sobre todo, está en-



Una escena de «Dialogos de carmelitas», el gran éxito reciente de dirección de José Tamayo en el teatro Español



«La cena del Rey Baltasar», representada por la compañía Lon Vega ante la fachada del Pal Real de Madrid

vuelta en una tristeza especial. Es de estatura media, y de perfil, Tamayo recuerda al árabe. Es muy moreno y tiene, sobre los labios, un bigote negro, grande y quizá un poco descuidado. El mismo descuido espontáneo y natural que tiene toda su persona. Pero no vale engañarse: el desasosiego lo produce el encontrarse con un hombre que no encaja en el cuadro mismo de su éxito. Que no parece tener una gran personalidad. Ni tan siquiera la pandería del triunfador.

Cuando está sentado sigue, aun hablando, intentando salir para todos los sitios. En estos momentos da impresión, físicamente, de una gran fatiga. De un cansancio grande. Este hombre, que ha conquistado la plenitud artística a una edad des acostumbrada, no parece darse cuenta de ello. En este hombre de acción, el trabajo, lo que hace es superior a la personalidad. No es raro que diga: «No me estudio nada. Me pongo a la obra.» Y así se pasa junto a él intentando resolver el enigma.

Yo pregunto a Roberto Carpio por el secreto de Tamayo: «Mire usted—me dice—: Tamayo es un hombre que no emplea nunca el «yo», ni el «mí», ni el «mío». Su secreto es el de darlo todo y proceder con una elemental y pasmosa sencillez.»

LA COMPANIA ACTUALMENTE

En estos momentos la Compañía es una gran colmena de actividades. Un grupo está en Madrid con «Crimen perfecto»; otro ha actuado, al tiempo, en el festival de Sagunto. Otro, el tercero, acaba de presentarse en París, en el Festival Internacional de Arte Dramático, con «La vida es sueño». ¿Algo más? Que de la Compañía y de Tamayo se pueden decir aquellas palabras del escudo que campea en una de las portadas del folleto que recoge los momentos más importantes de la estancia en América: «Camina mejor quien va mirando a las estrellas.»

Enrique RUIZ GARCIA



Un momento de la «Destrucción de Sagunto», representada en el teatro romano de aquella ciudad

YA ES FAMOSA LA FERIA DEL AUTOMOVIL DE OCASION QUE SE CELEBRA DESDE EL AÑO 1925 EN PUENTE CESURES

El día 10 de julio se concentrarán en esta villa conductores de toda Galicia con sus vehículos para acudir en magna peregrinación a la tumba del Apóstol

ALLI ESTA EL PRIMER MONUMENTO AL AUTOMOVIL QUE SE ERIGIO EN EL MUNDO



Vista general de Ponte Ceasures, con el estuario del Ulla



El monumento al automóvil en Ponte Ceasures. Sobre un pedestal, el primer coche que rodó en Galicia

LA feria del Domingo de Pascua en Padrón es tradicionalmente la más importante concentración de ganado caballar y mular de la primavera gallega. Potros salvajes del Barbanza, yeguas aptas para servir de montura a las jerarquías rurales, mulas que han de arrastrar los arados de Castilla acuden cada año a la Pascua padronesa. Hace ya veintinueve años acudió a la feria de 1925 una especie de cabalgadura que hasta entonces jamás había concurrido a una feria de ganado en Galicia. Su motor no era de sangre, sino de gasolina: se trataba de un Ford modelo 1909, que se ofrecía en venta de segunda mano.



Cartel anunciador de la feria de Ponte Ceasures de 1950

La presencia de aquel vehículo impresionó el ingenio festivo de los gallegos, que se manifestó en la feria a la hora del pulpo. Mas no sólo fué motivo de humor, ya que despertó el espíritu inquieto de uno de los «pioneros» de la industrialización de Galicia, quien previó allí las posibilidades del automóvil como objeto exclusivo del comercio ferial.

Era tal la confianza en el futuro durante aquel año de 1925 que el industrial vigués don Eugenio Escuredo, establecido en la inmediata localidad de Ponte Ceasures, supuso que, en el transcurso de muy pocos lustros, la tracción automovilística eliminaría a la tracción de sangre, mo-

tivando la definitiva decadencia de las ferias de ganado equino, que ya entonces se apuntaba. Había que aprovechar el inminente cambio de la coyuntura económica, estableciendo antes que nada la feria del porvenir. Era lógico pensar que a las ferias acudirían cada vez muchos menos caballos y mulos y muchos más automóviles usados.

Escuredo lanzó su idea en la misma Pascua ante un grupo de amigos cesureños. Si Padrón, escenario predilecto de las más entrañables tradiciones gallegas, era el recinto insuperable de una feria orientada hacia el pasado, la cercana villa de Ponte Ceasures, susceptible de ser el emplazamiento ideal de soñadas industrializaciones, sería lugar más a propósito para establecer la feria del porvenir: la Feria del Automóvil.

Poseídos por el demonio del progreso, los más significados vecinos de Ponte Ceasures acogieron calurosamente la iniciativa de aquel inquieto industrial. Se constituyeron en Comité y decidieron celebrar aquel mismo año, hacia San Pedro, la primera Feria del Automóvil de Ocasión que tendría lugar en España. Apenas había precedentes de un certamen semejante en el resto del mundo.

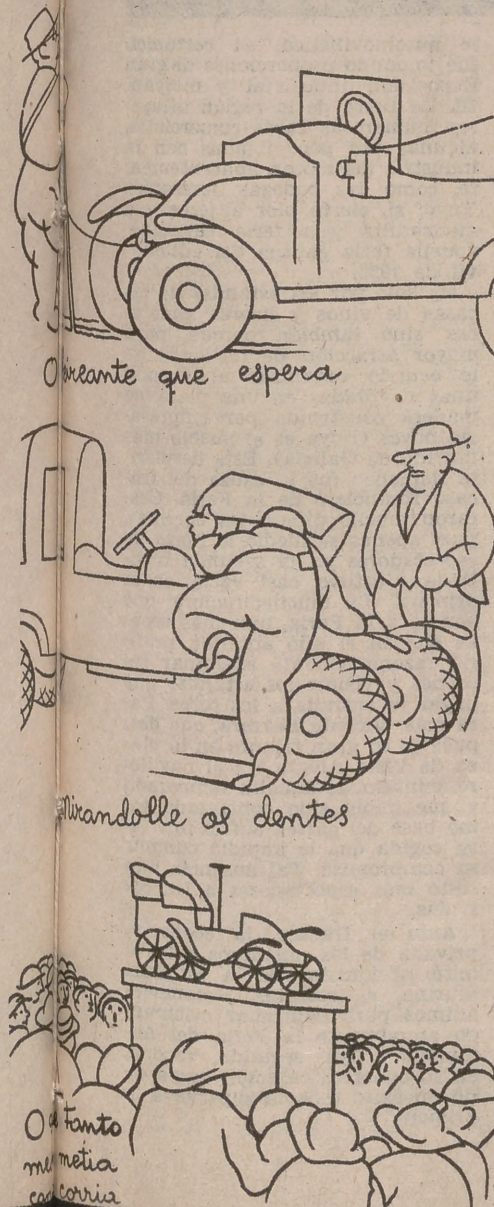
BREVE HISTORIA DE UNA VILLA

Ponte Ceasures era entonces mas bien una posibilidad de pueblo que una villa regularmente con-

formada. Constituida por dos barrios situados a una y otra orilla del río Ulla, estaba montada a caballo sobre el límite interprovincial. El barrio perteneciente a la provincia de Pontevedra, que era el más importante, constituía entonces una parroquia del Ayuntamiento rural de Valga. Suena este nombre confundido siempre en su ortografía cada vez que las revistas ilustradas tratan de Carolina Otero. Sí, la «bella Otero» nació en Valga: no en Balga ni en Volga. La capitalidad del municipio se había establecido en la parroquia natal de la más famosa belleza de principios de siglo, quizá porque la aldea era dominio del deán de Santiago antes de la desamortización.

Ponte Ceasures había facilitado el paso a la historia de Galicia sin que nunca ésta, deslumbrada por la proximidad de Iria Flavia y de Padrón, se fijara mucho en ella. Sin embargo, algún censor romano, si hacemos caso de las más científicas etimologías, había establecido su oficina al lado del puente, y éste, obra de romanos, fué reconstruido nada menos que por las gloriosas manos del maestro Mateo. En tiempos del arzobispo Gelmírez tuvo Ponte Ceasures un momento estelar, fugaz como un destello. Los genoveses traídos por don Diego construyeron en su puerto fluvial los barcos de la primera Escuadra española. Y por aquellos años, reunidos Gelmírez, el conde de Traba y demás cónsules y señores de Galicia, acordaron en Ponte Ceasures coronar Rey al niño Alfonso VII.

Después, la existencia de un lazareto dificultó el crecimiento de la población, a pesar de su admirable emplazamiento a la orilla del Ulla. Sólo cuando desapareció respiró libremente Ceasures, iniciando su fortaleza económica actual el establecimiento de la factoría de rentas estancadas en el mismo año de la Revolución Francesa. Hasta el Concordato de 1851, no obstante, ni siquiera fué parroquia, pues su iglesia de San



Los dibujos que ilustran el folleto sobre la Feria del Automóvil de Ocasión

Julían era aneja de la fellegresía de Herbón.

En los primeros años de la Dictadura del marqués de Estella, cuando comenzaban a ofrecerse automóviles de ocasión en las ferias de ganado, Ponte Ceasures, afectada también por el ambiente optimista, tuvo pujos de independencia. Logró constituirse en entidad menor local dentro del Ayuntamiento de Valga. Poco después se constituyó un Municipio aparte, formado por su única parroquia, con una población que apenas excedía de 1.500 habitantes. También entonces suprimió el guión que separaba Ponte Ceasures, forma que sigue usando para diferenciarse el barrio perteneciente a la provincia de La Coruña, el cual continúa integrado dentro del Ayuntamiento de Padrón.

Pero cuando los cesureños se atrevieron a organizar la I Feria del Automóvil española sólo eran 300 vecinos de una parroquia constituida en entidad menor. Mas ellos solos se bastaron para montar el certamen más original de aquel cuarto de siglo que finaba y el acontecimiento más sensacional de la región en aquel año.

EL AUTOMOVIL TAMBIEN TIENE SU FERIA

Ponte Ceasures disponía de unos excelentes muelles fluviales a ambos lados del río; más extenso el de la orilla pontevedresa, construido gracias a la influencia del constante diputado del distrito en las Cortes del reinado de Alfonso XIII don Bernardo Mateo Sagasta, sobrino de don

Práxedes. Hoy resultan insuficientes para almacenar los miles de toneladas de madera elaborada, en espera de barco, pero entonces poseía grandes espacios libres. Fué fácil montar holgadamente en los muelles la Feria del Automóvil y destinar magníficos lugares a los «stands» de las Empresas que espontáneamente acudieron al certamen, dándole ya carácter de singular Exposición industrial.

En las pocas semanas transcurridas desde la Pascua hasta San Pedro se había realizado una propaganda intensa y acertada. El cartel que dibujó el artista cesureño Maside—hoy el más sabio de los pintores gallegos—se fijó en todas las paredes del país y quedó después como originalísimo símbolo de la Feria. Es aquel en que Mercurio, caduceo en mano, avanza con su pie derecho alzado, y el pie izquierdo dentro de «un cuatro plazas» en vertiginosa marcha.

Otro símbolo que todavía se hizo más famoso vino a alternar con el Mercurio automovilístico en la propaganda de las futuras ferias. Fué el primer monumento al automóvil que se erigió en el mundo y presidió el recinto ferial. No lo esculpió ningún escultor; sobre un pedestal de ladrillos sin enlucir fué colocado el automóvil más antiguo que se conservaba en Galicia. Todavía se conserva hoy, veintinueve años después. Al venerable cacharro daban escolta de honor un par de inverosímiles velcipedos de aquellos en que paseaba muy enchisterado don José Echegaray y los lores de su tiempo, que poco



Un aspecto de la feria de Puente Cesures del año 1950

más o menos, fué el de la Reina Victoria.

La fotografía de aquel monumento singularísimo tuvo la publicitaria honra de ser reproducida en la primera página de «A B C» y en muchas revistas gráficas. El pedestal que sostuvo el coche existió hasta después de las bodas de plata de la Feria, y en los certámenes de 1926 y 1950 volvió a sostener al famoso charro.

Cientos de coches usados y miles de personas concurren en junio de 1925 a la Feria del Automóvil. La Prensa le dedicó gran atención, especialmente la viguera.

Se hicieron en aquella primera feria ventas por valor de medio millón de pesetas (multiplíquese por diez esta cifra para hacerse idea de lo que supondría hoy) habiendo acudido a ella 348 coches de ocasión, de los cuales se vendieron una gran parte. Con-

currieron con sus últimos modelos todas las casas automovilísticas con representación en España, que mantenían entonces una gran competencia, estimuladas tanto por la abundancia de la oferta como por la de la demanda.

Tanto fué el éxito de la Feria y la fama que entonces adquirió Puente Cesures de pueblo hospitalario (se consolidó en aquella ocasión el prestigio de sus casas de comidas, una de las cuales ha quedado convertida en el paradigma de la sabrosa cocina regional), que los cesureños decidieron no dormirse en los laureles y celebrar otra Feria en el año siguiente.

UN ALICIENTE MAS: LOS TOROS

Concurrió todavía más gente, acudieron muchísimos más coches y, aparte de lo estrictamen-

te automovilístico, el certamen fué tomando proporciones de gran Exposición industrial y mercantil. De fuera de la región afluyeron numerosas casas comerciales, algunas tan poco ligadas con la industria del motor, aparentemente, como las bodegas jerezanas. Tuvo, sí, cierto olor a jerez y a manzanilla y a feria sevillana, aquella feria gallega del automóvil de 1926.

No solo por los «stands» de las casas de vinos y licores andaluces, sino también porque, para mayor atracción de feriantes, se le ocurrió organizar al Comité unas novilladas en una plaza de madera construida por empresario noyé (Noya es el pueblo más taurino de Galicia). Este desplante flamenco fué la causa del fracaso financiero de la Feria. Costaron mucho dinero las corridas, pues apenas se medió la plaza de espectadores en la segunda novillada y estuvo casi vacía en la primera. La muchedumbre que acudió a la Feria, aun más espesa que en el año anterior, prefirió razonablemente examinar los coches y visitar los «stands» que pagar la entrada a los toros. Para más, Vicente Barrera, que después de su gran triunfo en la plaza de Vista Alegre era el novillero puntero de aquella temporada y que había sido contratado como base del cartel, sufrió una leve cogida que le impidió cumplir su compromiso. Tal ausencia aún restó más espectadores a las corridas.

Ante el fracaso, la economía privada de los miembros del Comité, accionistas de la Empresa taurina, se resintió, restándoles ánimos para continuar celebrando anualmente la Feria del Automóvil, cuya segunda versión, en su concreto carácter, había sido un éxito todavía superior a la primera.



El monumento al automóvil, iluminado

Aquellas ferias quedaron en la memoria de Puente Cesures como las manifestaciones culminantes de su vitalidad. Nunca dejaron de soñar los puentece sureños con su restablecimiento. Llegó la ocasión oportuna al irse a celebrar las bodas de plata de la I Feria en 1950. Los miembros supervivientes del entusiasta primer Comité, a los que se unieron personas más jóvenes, organizaron el tercer certamen, superando nuevos inconvenientes y en medio de una coyuntura económica muy distinta a la de un cuarto de siglo atrás.

El muelle casi vacío que había albergado a la Feria estaba en 1950 atiborrado de tabloncillos. Se logró, sin embargo, desocupando un sector, hacer espacio para el certamen industrial y aparte habilitar una hermosísima zona verde en la orilla del Ulla para concentrar los coches usados. Por las dificultades de importación no pudieron exhibir varias Casas extranjeras sus últimos modelos, pero la concurrencia pudo admirar los poderosos camiones Pegaso y otras modernísimas realizaciones de la industria automovilística.

Los cesureños han querido contribuir con su IV Certamen a la mayor brillantez del Año Santo compostelano, solidaridad muy justificada, pues consideran a su localidad como una zona industrial de la ciudad del Apóstol, y su puerto fluvial, Puente Cesures, sólo dista 22 kilómetros de Santiago.

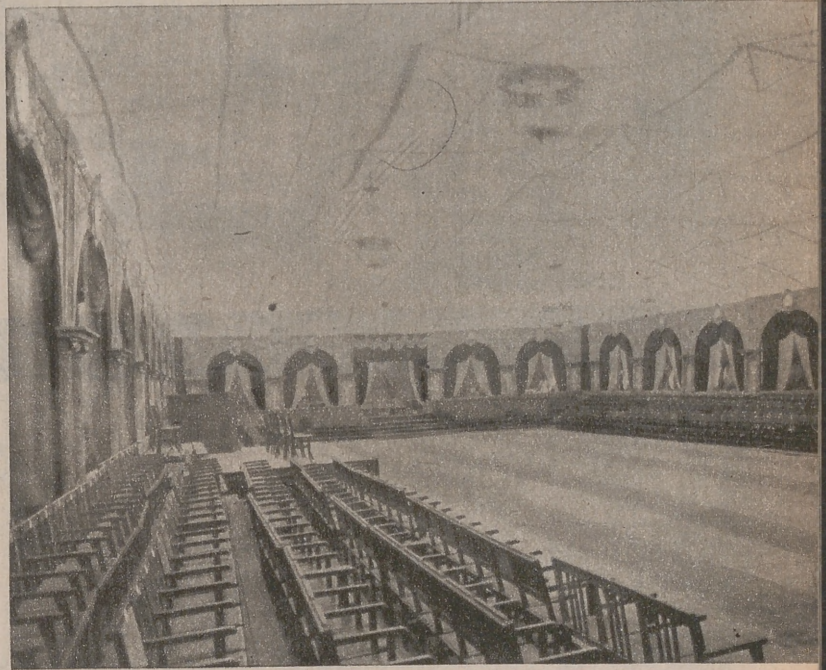
La IV Feria ocupa un bellísimo sector de la gran extensión de terreno adquirida por la Papelera Española, S. A. para emplazar allí la tan discutida fábrica de celulosa.

Se ha levantado ya una pequeña ciudad alegre y variada. Más de cien «stands» de ladrillo albergarán los modelos, recientes y antiguos, que se van a exhibir. Los expositores han aumentado en número. Los visitantes, también. El día culminante de la IV Feria será el 10 de julio, festividad de San Cristóbal. En torno a la figura del santo Patrono de los automovilistas se concentrarán en Puente Cesures conductores de toda Galicia con sus vehículos. De allí se trasladarán, en una magna peregrinación del Gremio del Motor, a la tumba del Apóstol. Porque, al fin y al cabo, este es Año Santo. Y Santiago fué el discípulo del Señor dinámico por excelencia.

JULIO SIERRA

LEA Y VEA
TODOS
LOS SABADOS
EL ESPAÑOL

EN CATALUÑA NO SE CONCIBE UNA FIESTA MAYOR SIN "ENTOLDADO"



En 24 horas (cuando no hay demasiada prisa) se levanta un salón de baile

NI LA LLUVIA NI EL SOL SON OBSTACULOS PARA LA DIVERSION

EN tierras de Cataluña no se concibe una Fiesta Mayor sin entoldado. El costumbre viene de antiguo. Está reposada en una tradición de más de dos centenares de años. El concierto no puede faltar; sin sardanas no hay festejo completo... Pero el entoldado añade siempre un poco más de sal y de alegría.

Es un suntuoso local de quita y pon donde los bailes de gala encuentran marco a propósito. Un toque de trompeta convoca a los que van a usarlo. Y la afluencia de gente, las apreturas por ocupar las sillas que bordean la pista miden la importancia de la instalación.

Hay entoldados grandes y pequeños; complicados y sencillos. Unos, modestamente, se reducen a una simple cubierta de lona; en otros, la decoración multicolor recuerda los salones ambulantes y pintorescos de las películas del Oeste americano. En todos, sin embargo, lo fundamental es el público. El es el que de joven, cuando sobran, encierran dentro del tingladio algunas de sus ilusiones. Luego, al pasar los años, vuelve a encontrarlas vivas allí con una mezcla de satisfacción y nostalgia.

CONSTRUIR TOLDOS ES OFICIO DE ESTIRPE

Si los entoldados tuvieran marca de fábrica, una de las más acreditadas sería la que se llamara Terrades Prats. Porque el apellido Terrades Prats viene dedicándose a estas tareas desde hace muchos años. El negocio se hereda de generación en generación. Ahora representa esta dinastía don José. Cuando nació, las trompetas debieron sonar con más fuerza anunciando la venida al mundo del que luego, indefectiblemente, había de dedicarse a alzar entoldados en donde se lo pidieran. Don José Terrades Prats se lo sabe todo. Para empezar, describe el esqueleto de sus salones.

—Se empieza con un armazón. Está hecho con palos de unos doce metros de altura. Estos mástiles, colocados en forma de rectángulo, se unen con cuerdas. Luego hay que cubrirlo todo.

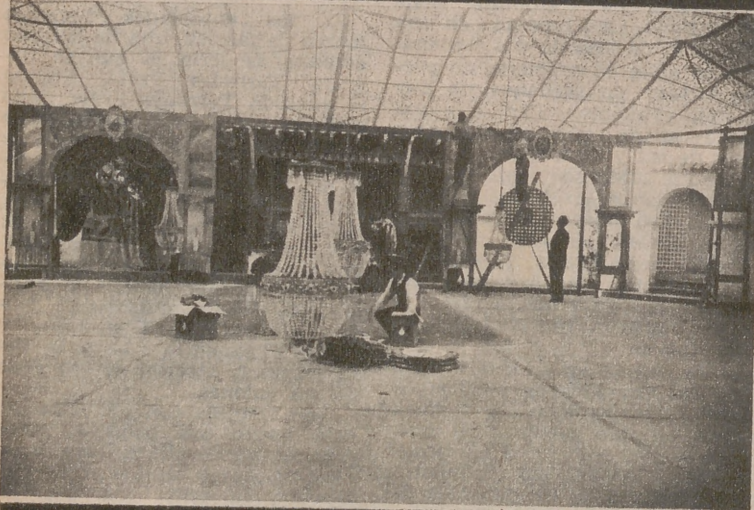
Para esta misión no hay como las lonas. Se extienden en lo alto haciendo de techo. Y las paredes se construyen con otras puestas verticalmente como tapias. Después hay que montar los tablaños de los palcos y colocar las sillas. Otro capítulo impor-



El camión con los elementos para el entoldado llega al lugar de la fiesta



Levantar los palos es la primera operación que requiere destreza y habilidad



Grandes lámparas iluminan el salón improvisado en pocas horas

tante es la decoración. Un amplio repertorio de lámparas se encarga de iluminarlo todo con suntuosidad. Por último, se instala la pista de madera. Esta es una innovación. De su importancia y de las razones que mo-

vieron a introducirlas hablaremos luego.

Pero don José Terrades tiene ahora algo importante que decir. Es casi el secreto de que las cosas salgan bien: Para empezar hay que hacer con cuidado el

marcuje. O sea, debe señalarse sobre el suelo con exactitud el lugar de los agujeros donde serán hincados los palos del esqueleto.

Para concluir, el toque final: cortinajes de pana y seda, tapices y juegos de luz cubren las superficies desnudas. Claro que aquí todo depende de lo que los organizadores estén dispuestos a gastar.

QUIZA SE LE OCURRIERA A UN MARINERO...

Tienen mucho de barco de vela los entoldados. No sólo por la lona y por los mástiles. También en su construcción juegan los nudos, esos complicados nudos que sólo saben hacer las gentes de mar. Por eso don José Terrades sospecha que fué algún navegante con ganas de divertirse en tierra el que dió con el hallazgo. Desde entonces ni la lluvia ni el sol son obstáculo. Bajo el entoldado la d.versión continúa, aunque diluvie fuera o el resplandor abraza, como si nada pasara.

Los primeros entoldados, los de hace más de cien años, eran circulares. Un palo en el centro, las cuerdas de rigor y luego velas y más velas tapándolo todo. A quien los inventó se le ocurrió dar nombres marineros a cada una de las partes del «envelat». Lo cual da un indicio más sobre su origen.

En las plazas quedan plantados como barcos inmóviles. Corrientemente tienen una longitud de cuarenta metros y una altura de veinticuatro. Alquilar uno viene a costar alrededor de las veinte mil pesetas. La orquesta, que cobra aparte, se lleva alrededor de diez mil más por tres días de actuación. Y en cuanto al público, por un palco tiene que abonar trescientas pesetas y por una silla veinte. Pero las paga a gusto.

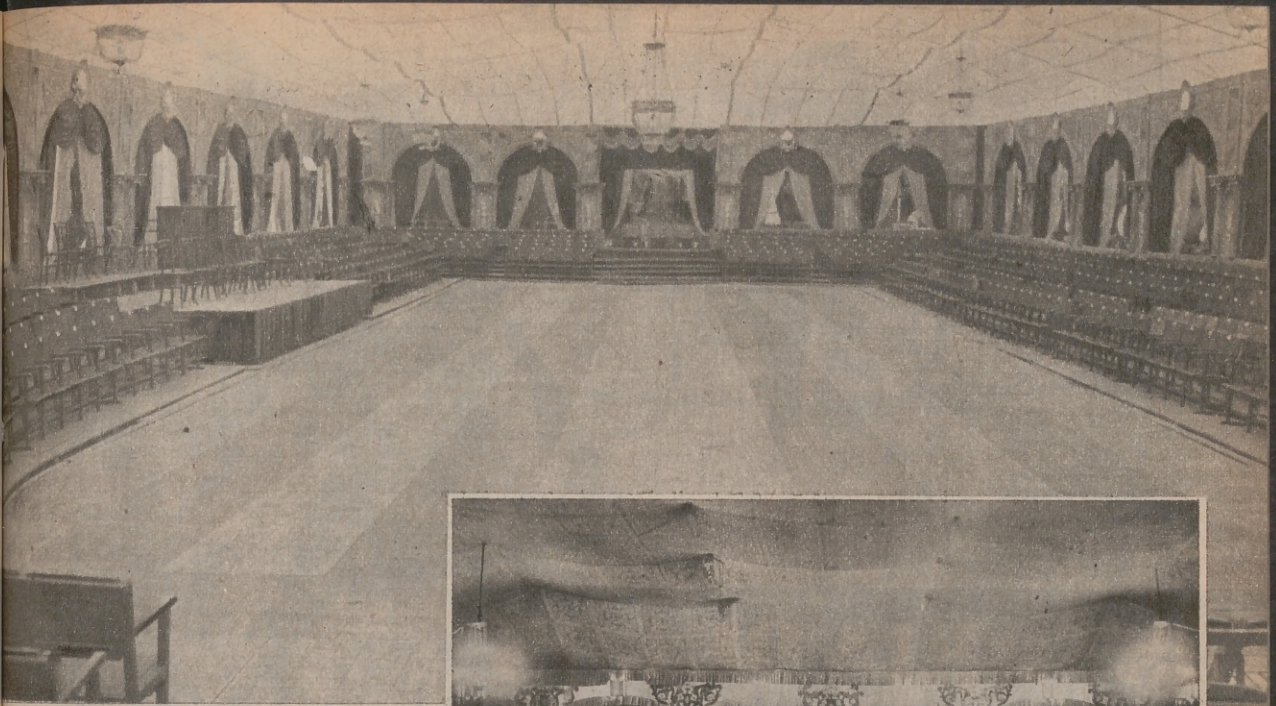
LAS RAZONES DE UNA REVOLUCION

Antes se bailaba sobre alfombras. El suelo era mullido. Pero, como contrapartida, pronto se alzaban molestas nubes de polvo. Parecía que el «envelat» navegaba entre la niebla. A don José Terrades se le ocurrió acabar con la molestia. Y para ello hizo una pequeña revolución. En lugar de las alfombras, una brillante pista de madera encerada ofreció terreno liso y llano. Y a todo el mundo le sentó bien la novedad.

Como a todas las cosas no les faltan enemigos a los entoldados. El principal, por no decir el único, es el viento. Las tormentas huracanadas del verano ponen en peligro su estabilidad. Más de una vez han deshecho el tinglado, dejando compuestos y sin baile a los que ya estaban gozando por anticipado pensando lo que se iban a divertir. Por eso todas las precauciones son pocas a la hora de montarlos. Las cuerdas han de estar bien tensas.

Don José Terrades, con cierto orgullo, señala:

—Ni mi padre ni yo hemos tenido más fracasos que los originados por el viento. En el año 35 tres entoldados que teníamos en Badalona fueron echados abajo



por un vendaval la misma noche de su inauguración. En cambio, nunca se ha dado un incendio. Los hilos eléctricos están montados con tal precisión y detalle que es prácticamente imposible que se produzca un cortocircuito.

MEDIO MILLON DE PESETAS Y VEINTE TONELADAS DE PESO

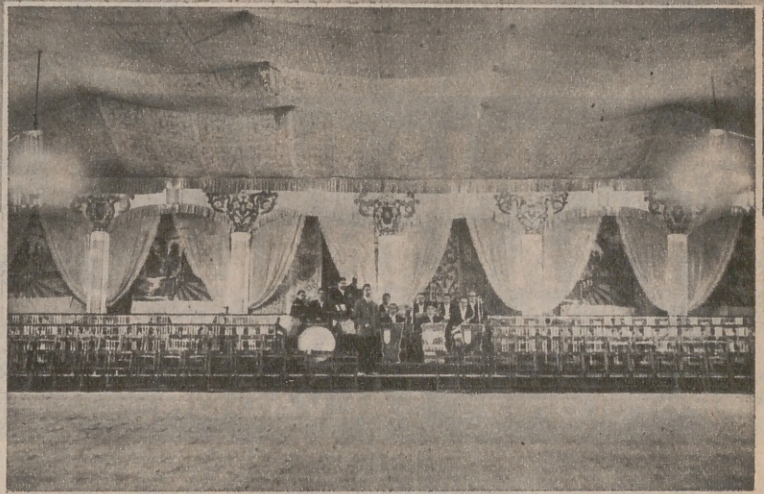
Un entoldado representa un buen capital. Sin demasiados lujos viene a costar alrededor de medio millón de pesetas. Transportarlo tampoco es fácil. Son veinte toneladas las que hay que cargar. Pero los hombres especializados en estas tareas dominan su oficio. En veinticuatro horas levantan el salón cuando no hay demasiada prisa. Y si hace falta, con mayor velocidad.

El más grande de todos los que lleva montados el señor Terrades fué el de Prat de Llobregat. Tenía ciento cincuenta palcos y pesaba treinta y cinco toneladas. Ciento veinticinco lámparas colgaban del techo. Y, sin embargo, quedó listo en un día.

De lo que no sabe nada don José es de la recaudación. Su misión es puramente constructiva. Una vez terminado el entoldado lo entrega a la Comisión de fiestas, que es la que le contrató. Y ésta se encarga de todo lo demás.

EN EL PROXIMO BAILE QUE NO SALGAN MAS QUE LOS CASADOS

En los pueblos las Comisiones de fiestas responden totalmente de lo que se diviertan sus vecinos. Los miembros de estos alegres comités visten su mejor traje, y el clavel que lucen en la solapa es como un símbolo de autoridad. El jefe tiene aun más trajín que los encargados de montar el entoldado. Va y viene ordenando como un pequeño general; ocupa un lugar preferente en las clásicas procesiones, se sube a al tarima de los músicos para organizar, con el micrófono en la mano, la venta de los ra-



Dos entoldados terminados y dispuestos para la fiesta

mos con que los muchachos obsequian a sus parejas. Incluso en ocasiones actúa de maestro de ceremonias:

—En el próximo baile que no salgan a la pista nada más que los casados.

Entonces hombres y mujeres ya maduros rememoran tiemposidos. Quizá al compás del mismo vals se conocieron.

El éxito de los entoldados está en razón directa con las disponibilidades económicas. Para danzar en ellos las chicas visten sus mejores trapos. Esos vestidos que unos meses antes ya empezaron a dibujar y que luego la modista del pueblo fué confeccionando por riguroso turno. Y los muchachos estrenan corbata azul. Corbata que permanece en su sitio lo que tarde en acabarse el primer pasodoble. Luego se desabrochan los cuellos para hacer más llevadero el calor.

En lo económico, lo normal es que no haya ni pérdidas ni ganancias. Siempre saben los que organizan estas cosas hasta dónde se puede buenamente llegar.

ANTES HABIA TRAJES DE FIESTA

Con las salas de baile permanentes han ido perdiendo un poco de su solemnidad los entoldados. Un aficionado viejo recuerda aquellos tiempos con cierta envidia.

Hace unos años el entoldado era el salón de baile para los pueblos que no lo tenían. Allí

íbamos con la máxima etiqueta: traje negro los ya casados; el vestido de fiesta, los jóvenes. Sin olvidar las botas de charol. Pero ahora...

Algo debe desagradar a nuestro interlocutor en las costumbres actuales. El mismo lo aclara.

—Ahora no hay más que señores en mangas de camisa, o con esas cosas raras que llaman «mambos» y que más bien parecen sacos pintados.

Y una señora que escucha también hace su comentario:

—Recuerdo el mofo, que era mi orgullo y el de todas las señoras. Aquello sí que era elegancia. En estos tiempos no se sabe si es una chica la que baila con un joven o dos muchachos enlazados.

Los entoldados sirven para todo: Juegos Florales, repartos de premios, misas de campaña, banquetes y hasta sesiones de circo se albergan bajo su techo de vez en cuando.

Pero en cualquier misión, los entoldados, con sus lonas, sus lámparas y sus tapices representan en la vida de los pueblos algo muy importante. Son centros de diversión. De una diversión sencilla, alegre, casi doméstica. Para las personas mayores son como grandes cajas de recuerdo. Los jóvenes tampoco lo pasan mal allí. Por eso los «envelats» con sus lonas se mantienen a través de los años luchando únicamente contra el viento.

Rafael GOMEZ RAYA



HISTORIA DE LOS EXTRANJEROS (1)

NOVELA
Por Tomás SALVADOR

GABRIEL 54

ESTA es la historia de unos extranjeros. Una historia muy antigua. Hace cerca de un siglo que los extranjeros pasaron por Valcanillo, vieron, fueron vistos y... se marcharon. Sí, digámoslo así, piadosamente

No eran unos extranjeros cualesquiera. Ustedes les conocen. Y digo conocer por decir algo. Cuando la inteligencia o la sensibilidad se vierte en ideas o sonidos y estas creaciones resisten el paso de los años, creo yo, con ellas nos llega un aliento del que supo dar a su instante la emoción del predestinado. En fin, quería decir que «ellos» eran famosos, incluso en su tiempo.

No quisiera perderme en digresiones. Mi calidad de cronista de Valcanillo me obliga a ceñirme a mi historia. No sé, no sé... Empiezo a temer que no es realmente una historia lo que pretendo narrar. Incluso barrunto que voy a topar de narices con muchos disgustos y deberé dar muchas explicaciones: a ustedes, al alcalde de Valcanillo, al erudito repleto de datos y fechas y que me exorcizará con su catálogo, sin contar con el suprasensible catador de glorias chicas que pretenderá hacer lo mismo con un nudoso garrote.

Casi tengo miedo. No debiera empezar siquiera. Mejor dicho, empecé ya. Me empujaron las «fuerzas vivas» del pueblo: «Debes hacerlo, Jacintón—dijeron—. Son personajes mundialmente famosos. Cuando se divulgue que vivieron en Valcanillo habrá peregrinaciones en pos de sus huellas». Así me obligaron a empezar.

¡Hum!... Verdad es que vivieron en Valcanillo, pero... «¿Entonces—se dirán ustedes—, si existe algún «peron», no sería mejor cerrar la boca? ¿Quién puede obligar a quién a narrar lo vergonzoso, o, simplemente, lo desagradable?» Con la mano en el corazón les puedo asegurar que mis

(1) Jacintón cuenta una nueva historia de Valcanillo. Jacintón es un fantasma que sabe muchas historias. Le piden que cuente ésta, ahora que llega el verano, ahora que llegan los turistas. En Valcanillo han oído hablar de dólares, libras...

dudas son superiores a las tuyas, y que heme razonado en parecida forma. Me duele hasta el esternón de tanto cavilar.

Sin embargo, voy a seguir adelante. Confío en que el sol de los muchos años haya decolorado casi por completo los trapos sucios. Además, sobre todas las cosas, está mi propio sentido de lo justo, de lo digno. Para bien o para mal estoy con mi pueblo, en sus buenas acciones o en sus gestos poco elegantes. No soy adulador. Creo, por añadidura, que son precisamente nuestros defectos los que nos hacen más humanos. También pienso que incluso en las malas acciones puede encontrarse una enseñanza, y que evitar también es aprender.

Dije antes que pecaba de ambicioso. O si no, lo digo ahora. Mi historia es tan corta que, en realidad, es sólo un episodio, tanto en la vida de los protagonistas como en la de Valcanillo. De Valcanillo, repito, pues fácil es comprender que si de una forma u otra no estuviera relacionada con él no ocuparía mis afares, ya que mi poblucito querido es, y será siempre, el marco de mi vida. Por sus calles levito y entre sus sombras me escondo. Así aprendo mis historias.

Pienso ahora que el determinativo «los» debería sustituirse por el indeterminado «unos», pues la rotundidad del primero parece indicar que pienso narrar la historia de «todos» los extranjeros que nos han visitado cuando la realidad es que estoy intentando ceñirme a unos forasteros que por aquí pasaron.

Ferdinand Copén y Antonina Dupont—más famosa ella por el remoquete literario de Peter Schdmít—son perfectísimamente conocidos por el poderoso impulso que sus respectivos talentos supieron infundir a las artes que cultivaron. La fama ha orlado sus frentes, mercedamente en el

caso de él, no tanto en el de ella, que no pasó de ser una mediocridad.

Copén fué músico, compositor y pianista. Uno de esos seres que han plantado un hito en el camino placentero de los dioses que es la música. No voy a perder el tiempo presentándolo a ustedes. El autor de «Las baladas a los lagos», «Clara luz», «Sinfonía abierta» y tantas más obras inmortales es sobradamente conocido. Su nombre y su obra tienen tanto influjo espiritual que basta decir: «Vivieron en tal lugar...» para que dicho punto adquiera distinta y relevante significación.

Ella fué escritora de estilo y modales masculinos, sin que ello signifique que careciera en absoluto de femineidad. «Algo» debía de tener cuando Copén y otros exquisitos talentos de su época buscaron su amor y su amistad. Sin embargo, yo confieso que no logro comprender la razón de tal atractivo, e incluso su talento me parece muy discutible. Posiblemente sea yo un fantasma anticuado y no pueda o no esté capacitado para diseccionar su vida y su obra. Empero, como ella también es figura conocida, quizá ustedes tengan ya formado un juicio sobre su deconcertante personalidad, en cuyo caso huelgan mis opiniones o las explicaciones que lograra enjaretar.

La razón de que estos dos seres introduzcan el breve paréntesis de su episodio particular en la historiada espiga de mi pueblo obedeció a la casualidad, esa celestina de devaneos históricos. Por haber habitado en mi pueblo han adquirido derecho a figurar en mis historias. En las mías, repito, que no en las suyas, aunque este punto ha sido objeto en sus biografías de una muy preferente atención.

Es, desde luego, conocido el hecho de su corta estancia en Valcanillo. El detalle ha servido a muchos melómanos para sacar atrevidas consecuencias. No me atrevería yo a afirmar nada. Obrando sobre un hecho conocido me lancé a husmear las huellas en el tiempo. Hoy tengo la cabeza como un bombo y me he prometido no reincidir. La culpa fué del alcalde, cuyas ideas respecto al turismo son las mismas de todos los alcaldes. Suyo es el deber de poner de manifiesto las glorias locales. Y Ferdinand Copén y Peter Schdmith vivieron hace muchos años en Valcanillo.

Existe en el amplio caserón del Hospital una salita o celda, donde los más viejos del lugar afirman habitó el glorioso compositor. Yo la he visitado asiduamente. He pasado muchas, muchas horas en su interior tratando de recoger del viejo polvo de sus esquinas el eco dormido de aquellos tiempos. Es pequeña, desmantelada inconfortable. Pero es sugeridora. Su emoción es dictada, consistente... —no acierto a explicarlo bien—. Bien; quizá sea su callada y dorada soledad, la amplia y poderosa sinfonía que la llena cuando se abre su ventana, orientada sobre los huertos vecinos, hacia la huraña y áspera planicie valcanillera. Es una celda abierta a la luz y el sonido de una tierra ya cansada, pero siempre potentísima, como una llamada, como un acorde monótono y excitante. Yo siempre he sentido la misma sensación, como si observara por un catalejo convertido al mismo tiempo en microscopio. Rara cosa es, pues si los ojos se asustan, el cerebro, los pulmones, el ánima entera reciben el aire, la luz, los sonidos como un impacto terrible que deja temblando el diafragma y excitado el corazón. Y me digo que los hombres que levantaron el viejo hospital de convalecientes sabían perfectamente lo que querían.

¡Ay, que me estoy perdiendo por caminos secundarios! A veces me digo que es debido a mi cansancio. Estoy cansado de escribir, y a veces me cuesta y me cuesta seguir adelante. Desconfío de mis fuerzas. O quizá sea que me identifico demasiado con mis personajes y sufro sobremanera.

Ferdinand Copén y Peter Schdmith llegaron a Valcanillo un día del mes de mayo, año de gracia de 1860. La historia, pues, es muy anterior a mi fantasmal experiencia, que data sólo de cincuenta años. La excusa antigüedad de mi existencia me obligó a ir reuniendo pacientemente los retazos del episodio. Mi experiencia personal nada significa en ella. Solamente soy cronista fiel y eco sonoro, como un día dije. Para poder escribirla he de interrogar a muchas personas, escuchar infinitas conversaciones o hacer que otra persona interrogara a quienes me estaban vedados.

Todos los habitantes de Valcanillo recuerdan la vieja historia del tísico del piano y la mujer de

los pantalones, por más que sean muy pocos los que conserven algo más que un recuerdo. La fantasía popular tiende siempre a crear múltiples y exageradas versiones; no es lo mismo escuchar a un viejo que a un joven; oír a un hombre o a una mujer. La versión femenina diferirá grandemente de la masculina, y en ella entrarán en juego factores o simpatías que raramente influirán la mentalidad de los varones.

No obstante, todos los datos coinciden en afirmar un criterio condenativo. Tal afán reprobatorio fué y es el común denominador de los valcanilleros al enjuiciar a los extranjeros: «Vivían con escándalo», dicen los mojigatos; «El era ella y ella era él», afirman los lónicos; «Estaba tísico», dicen los bárbaros, los incapaces de ser inteligentes o caritativos.

Y en todo había un punto de razón: él era un hombre enfermo y sensitivo, y ella una mujer impulsiva y abortente; Copén estaba agarrado por la muerte y trató de ocultarlo. Circunstancias todas, no se pueden negar, capaces de alborotar el espíritu de un pueblo como el mío, allá en la segunda mitad del siglo pasado. No es de extrañar. Al fin y al cabo, Ferdinand Copén y Antonina Dupont también alborotaron y escandalizaron al mundillo liberal e intelectual de su tiempo. Las cosas como son y la verdad ante todo.

El recuerdo más vivo que se ha ido transmitiendo de padres a hijos valcanilleros fué el de la llegada de aquellos extranjeros. La partida también fué sonada. Y entre una y otra mediaron algunas semanas de encendidos rumores, cuyos ecos me costó mucho trabajo seguir.

En cuanto a la llegada, es natural que se conserve el recuerdo. No era cosa que sucediera todos los días. ni siquiera todos los años. Los seis meses que resistieron en el lugar no es fácil comprenderlos. Infiero que fué ella la artífice de la resistencia. Cierro los ojos y veo a la autora de «Coroliana» y «El caballero del boque» apretando los puños y renegando contra la estupidez aldeana. Creyeron poder ignorar la chisgarabía aldeana, y en parte lo consiguieron.

Bien; iba diciendo. Llegaron una mañana de mayo, en un viejo coche de postas, sorprendiendo plenamente a los valcanilleros. Por lo visto el secreto de su llegada lo habían sabido mantener los dos o tres personas enteradas. Enteradas por el viejo hidalgo don Fermín, entonces propietario del caserón y consejero del enfermo. Posiblemente pensara el mecenas que el clima durísimo de Valcanillo fortaleciera física y espiritualmente al artista, aunque en esto se equivocaba.

Según mis notas, el compositor era un hombre joven, delgado, de ojos grandes y serenos, amplia y despejada frente, cabello abundante y bien cuidado en circundante melena casi hasta los hombros. Respiraba un aire de atildamiento y pulcritud quizás excesivo. Un largo paletó negro, completamente abrochado, era su atuendo habitual cuando salía a la calle; también vestía una levita de excelente corte y sobre el pecho negreaba una chalina, sobre la cual lucía una perla de indudable gran valor.



Sus manos eran muy bellas, de largos, nerviosos y afilados dedos, con los cuales estaba siempre punteando un ignorado acorde. Aquellas manos se habían adueñado de todo el vigor del cuerpo.

Ella era una mujer de más edad, sobre la cuarentena; llevaba el cabello en dos bandas pegadas a las sienes, donde se recogía en pequeños rodetes. Tenía los ojos azules y las formas opulentas. Acostumbraba a mirar fijamente, como si estuviera interesadísima por alguna palabra u objeto, para perder en seguida interés, dejando a su interlocutor como si estuviera colgado de una percha. Mostraba una brusca asuñidad por el músico, que la dejaba hacer entre indiferente y complacido. No gustó a los valcanilleros porque vestía pantalones y levita, como si fuera un petimetre cualquiera; unos pantalones de los de entonces, escasos de tela, relamidos y moldeables, que se ajustaban a los botines con un tirante pasado por debajo de la suela. Únicamente, como concesión a su sexo, llevaba un camisón finamente bordado, asomando por la parte superior del chaleco.

Días después la misma posta descargó nuevos forasteros: dos niños, un caballero de avanzada edad y una mujer de edad indefinida y rostro desdenguado. Erán los hijos de «ella», pero no de «él»; el caballero, se supo, era un médico y la mujer, una criada o niñera.

El acontecimiento causó la natural expectación, sobre todo cuando después de una breve estancia en la posada, sin duda, de un somero arreglo de tres o cuatro celdas, toda aquella gente se trasladó al Hospital.

Yo creo que empezó a molestar a los valcanilleros el hecho de que fuesen franceses los recién llegados. Dudo mucho que hubieran establecido alguna diferencia en el caso de que hubiesen sabido que Copén no era francés, sino polaco, pues estaba demasiado arraigada la creencia de que en el mundo, fuera de los presentes, sólo existían franceses e ingleses. Y los moros, claro...

Este afán mío me trae a mal traer. Voy a hacer una cosa. A dejar que hablen los demás. No cargaré con toda la responsabilidad, y ustedes se convencerán de que mi imparcialidad no entiendo de simpatías. Quiero decir que por serme imposible interrogar muchas veces a determinadas personas encargaba a alguien que lo hiciera por mí. Tal sucedió ante la Teresa.

La tía Teresa vive en la calle Bajada del Arroyo, según se baja a la Alameda, a mano derecha. No tiene pérdida... Bueno, Teresa carece de toda importancia y tiene una mala lengua tremenda, tremenda de verdad. Pero su abuela estuvo al servicio de los extranjeros. Y dicha abuela primero, la hija después y la hija de la hija más tarde, han cotilleado por todo el pueblo las interioridades de los extraños huéspedes. Por eso creí conveniente recoger directamente de ella la confirmación de todas las habillitas. No conseguí hacerme visible para ella y encargué la requisitoria a mi amigo Gedeón Alcubilla, el sacristán, para servirles, que se comprometió a actuar discretamente y tirar de la lengua a la Teresa con toda pulcritud. Tengo mis dudas en cuanto a la discreción, pero me presentó un extraño informe, el mismo que sigue. Mi amigos tiene pujos de literato. El asegura que se ha limitado a hócicar en las intimidades femeninas de tres generaciones. Sospecho que puso mucho trigo en su cosecha, no todo limpio de paja. Pero la literatura es así y no vale darle vueltas.

«Mi abuela murió, la pobre, cuando tenía sesenta, hace cuarenta; mi madre falleció hace quince, y yo... Bueno, yo no he muerto, claro, que estoy bien viva y por muchos años, y que ustedes lo vean. A la primera la conocí de refilón, cuando era pequeña, y no me acuerdo de ella, aunque mi madre se cuidó de llenarme la cabeza de que si por aquí, de que si por allá. Mi abuela era muy pobre, y el vizconde de las Muelas se interesó personalmente para que ayudara en lo posible a unos extranjeros que vivieron unos pocos meses en el pueblo. Todo esto lo comentaba mi madre, que en paz descansa.

«Lo peor de aquellos extranjeros era que no había quien los entendiera. Hablaban en su lengua, el francés, creo, y además, de cosas muy raras. Suponiendo que mi abuela hubiera entendido el francés, que no lo entendía, no, señor, no hubiera sacado nada en limpio. Mi abuela hacía las labores pesadas, mientras otra criada, también extranjera, se cuidaba de los niños, que llevaban unos cuellos tan almidonados que era una lástima se los desal-

midonaran a cantazos los demás chiquillos del pueblo; sí, era una lástima.

«Los extranjeros, decía, eran muy raros. No tenían horas fijas para comer, dormir o trabajar—su poniendo que trabajaran—. Por si era poco, se mostraban como unos descreídos, no acudiendo a las funciones religiosas. En fin, existían también algunas cosillas que a mi pobre abuela le hacían andar de sorpresa en sorpresa y de salto en salto, como las liebres.

«También es verdad que, gracias a los extranjeros, gracias a las muchas cosas que pudo contar de los extranjeros, mi abuela pudo crear buena fama en el pueblo y hasta consiguió casarse muy bien, no se crea, cosa que antes hubiera sido un sueño loco, pues pasaba de la treintena y era paticoja, sin contar las malas pulgas que la picaban.

«Primeramente, decía ella, hubo de fregotear tres celdas del Hospital. Las tres que hay en el patio central, dando a un pasillo que algunos se empeñan en llamar claustro. El Hospital es un hospital, claro, y la razón de que haya celdas, claustro y capilla es la de que en un tiempo estuvo encomendado al corazón de oro y las manos de plata de las monjitas de Santa Clara. A los extranjeros les hubiera sido más cómodo alquilar una casa o pedir al señor vizconde que les cediera su palacio. Pero se quedaron en el Hospital, como si un gusano en vez de una naranja buscara un melón. En una celda quedó alojado el caballero de los pelos largos y cara de enfermo; en otra, la mujer de los pantalones, con los dos niños, y en la tercera, la francesa de cara avinagrada, a la que llamaban «Mamuasén», su nombre, por lo visto, aunque el cielo me valga si tiene algo de cristiano. El hombre viejo quedó alojado en la posada. Era, según mi abuela, el único que tenía los sesos en su lugar.

«No es que fuera muy difícil entender a los forasteros. Nunca pedían nada y dejaban a mi abuela manglear por las habitaciones, sin hacerle maldito el caso, como si no la vieran. Mi abuela empezó a rabiarse por no poder darle a la sinhuera, y es sabido lo que le gustaba a la pobre el que si patatín y el que si patatán.

«Pequeñas causas producen grandes efectos; y estoy pensando que pasó lo que pasó por haber tenido los extranjeros la mala suerte de que mi abuela no pudiera hablar con ellos ni con la estrafalaria criada que se gastaban. Mi abuela fué la que soliviantó al pueblo contra las herejías de los franchutes, divulgando las intimidades que sorprendió físgando todo el santo día las posturas y afares de los infelices. Sí... Tal debió pasar. Quanto más pienso en ello más claro lo veo. Por despañarse a su gusto, mi abuela movilizó los grandes secretos sorprendidos: que si ella fumaba sin cesar y además escribía... ¡Escribía, horror!, montones de cuartillas que llenaba de una letra menuda e imposible de leer, en el supuesto de que mi abuela hubiera sabido leer; que si los chicos, el mayor de quince años, eran hijos de ella.

«Entre tiquis y miquis pasaron varias semanas. Mi abuela tenía la obligación de comprar las vitualas, que luego la otra criada se encargaba de cocinar. También se encargaba de lavar las ropas, mucha ropa, pues los huéspedes se cambiaron continuamente y la dejaban abandonada en cualquier parte. A mi abuela no le gustó que cierto día—un domingo, por más señas—la despacharan de mala manera sólo por haber tenido la cortesía de entrar a preguntar si deseaban alguna cosa. Antes de marcharse vió cómo el hombre palido tenía los ojos muy brillantes y que, inclinado sobre una mesa, trazaba unos numeritos en un papel rayado. Precisamente, en aquellos instantes las campanas de San Fructuoso estaban llamando a misa de once. El hombre se puso, ¡Jesús, cómo se puso!, furioso. Levantó la voz hasta el grito, y la mujer cerró todas las ventanas, murmurando lo que parecían grandes insultos. ¡Herejes, más que herejes! ¡No querían escuchar las campanas!

«Mi abuela escapó corriendo por los pasillos, y al encontrarse al hombre viejo, le soltó el sofocón: «¡Herejes... Son unos herejes!» «¡Calla, mujer», dijo él. «No han querido escuchar las campanas». «¿Estarían trabajando». «¿Trabajando... Es domingo». «Sí, claro... Es que... Su trabajo es muy especial. Es compositor». «¿Compo...? ¿Eh?...». «Compositor, mujer. Hace música». «Pero, la música se hace silbando», dijo mi abuela, que no tenía idea: muy claras al respecto. Y el otro escapó corriendo, riéndose a más no poder. Supongo que debió contar el lance a sus amigos, pues al siguiente día la re-

cibieron chiflando entre dientes, lo cual puso verde a mi abuela.

»En fin, hubo otras cosillas que sería largo detallar, y que mi abuela detallaba entonces con sus pelos y señales. Por lo inflada y tonta que se ponía ella —según decía mi madre— infiere que llegó a ser persona importante entre los vecinos, que la esperaban al caer la tarde para meterle el diente a las buenas noticias que solía llevar. Pero cuando llegó verdaderamente mi abuela al no va más de su fama fué al hacer el mejor de los descubrimientos, por más que de aquella manera acabó matando a la gallina de los huevos de oro. Sucedió así.

»Había llovido mucho en Valcanillo. No llovió mucho en Valcanillo, pero cuando llueve, ¡hay que ver cómo llueve! A los extranjeros se les presentaron algunos problemas: las goteras, por ejemplo. El Hospital llevaba tanto tiempo abandonado que nada extraño era que lloviese tanto por fuera como por dentro. A los forasteros les sentó mal la cosa. La celda del músico chorreaba agua por todas partes. Mi abuela no supo explicar si fué por culpa de las goteras o si la cosa venía de largo, el caso es que el hombre cayó enfermo; es decir, más enfermo. El hombre viejo se negaba a decir la causa de su mal, diciendo que eran unas fiebres sin importancia. Mi abuela calló la boca y siguió trabajando, si bien con la mosca tras la oreja.

»Poco después, en octubre, la cosa reventó. Los extranjeros vivían poco menos que encerrados. No hablaban a nadie, nadie les hablaba y regañaban entre ellos. Mi abuela no les entendía, pero el brio de las regañinas es igual en todo el mundo. Aquel día salió el sol y «ellos» salieron a pasear. Ella llevaba vestidos de mujer. No duró mucho el paseo. Apenas una hora más tarde volvieron jadeantes y asustados. El músico llevaba la ropa en desorden y estaba pálido como un muerto. Mi abuela decía que pese a estar blanco como la nieve la frente le ardía como el carbón encendido. «Es el infierno», tuvo la mal pata de decir. «¡Vieja estúpida!...», gritó, tartamudeante, pero en clarísimo castellano la mujer.

»Antes de que las mujeres se tiraran de los pelos, el enfermo, desde el lecho, apagó la discusión tosiendo desesperadamente. Abrió la boca como si le faltara aire y arrojó un cuajarón de sangre. El espectáculo era muy penoso, y la primera impresión de mi abuela fué de compasión, ayudando a sujetar y limpiar al desdichado. Pero después, cuando pudo reflexionar, se dió cuenta de que alguien sobraba allí, y que era ella. Entonces se supo toda la verdad. El músico estaba tísico y había venido a Valcanillo esperando encontrar un alivio en su soledad y en su dureza. Una tontería muy grande, grande de verdad, pues si los hombres enteros se gastan rápidamente, ¿qué pueden esperar los alfeñiques?

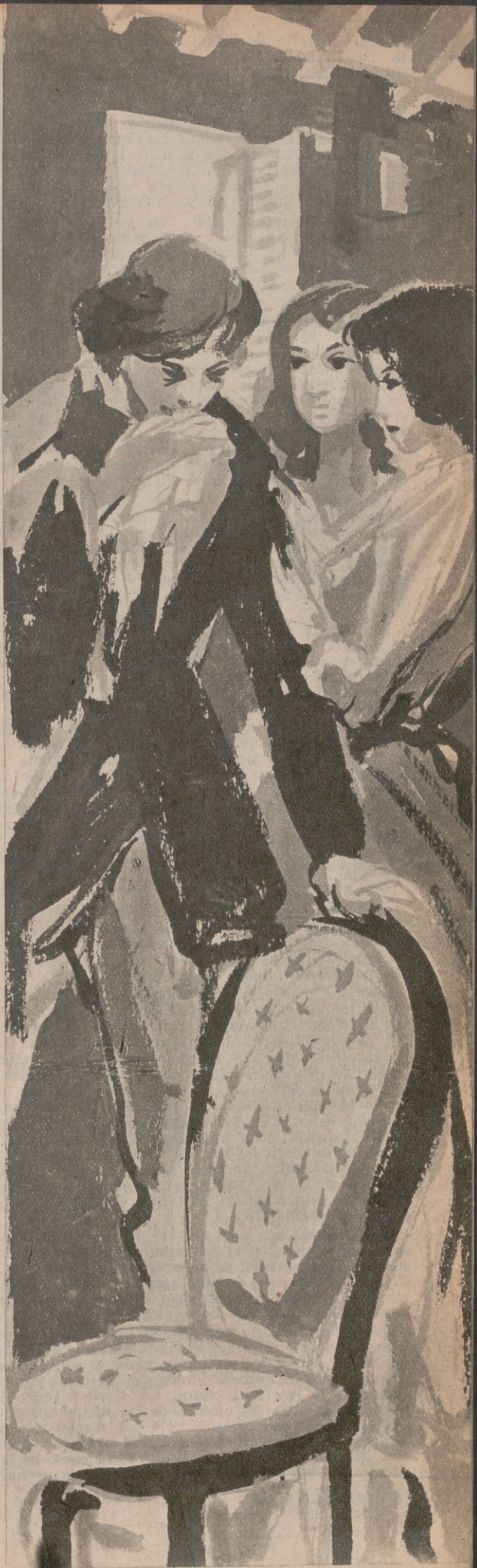
»Como iba diciendo... Mi abuela se negó rotundamente a volver al Hospital. Estoy segura que sus relatos, presentando al tísico bañado en sangre, estremecieron al pueblo entero. En aquellos tiempos, el tuberculoso era un enfermo temible. Sobraba en todas partes, por lo menos en los pueblos que, como Valcanillo, no tenían las ideas demasiado claras. No se puede culpar a mi abuela, ni siquiera al pueblo. Fueron ellos, los extranjeros, que vinieron a turbar la paz del lugar con sus extraños amores, sus descreimientos, sus costumbres desordenadas y sus enfermedades ocultas.

»Desde entonces, los forasteros se vieron abandonados a sus propias fuerzas. Aun resistieron quince días, y mi abuela decía que era por estar aguardando un vehículo. Nadie intentó acercarse a ellos. Sólo porque la moneda con que pagaban era buena y abundante consintieron en venderles los frutos y verduras que tomaban. Pero los cestos, las bolsas que utilizaban, se quemaban en la misma puerta del Hospital, pues nadie hubiera querido nada en aquellos recipientes.

»Por fin se marcharon. Mi abuela...»

Hasta aquí hemos llegado. Y corto, que el sacristán y la Teresa se empeñan en completar la historia de la abuela hasta el día de su muerte, cosa que nos importa muy poco a los efectos de esta narración.

Efectivamente, como dijo la Teresa, los extranjeros se marcharon y hubo fogata y jolgorio. Se recuerda profundamente ese día, ya lo dije. Yo me enteré con todo detalle por conducto de mi amigo



Isidro, el dueño del café-bar, antes posada, que da la casualidad está frente por frente a la puerta principal del Hospital. Mi amigo me lo contó como a él se lo dijera su padre. Con sus palabras terminaré mi historia.

Empero... Noto que falta algo de ella. No puedo precisar enteramente en qué consiste la falta. Quizás porque presenta que la historia de Ferdinand Copén, la historia de su paso por Valcanillo, no puede ser tan sólo la narración de una criada supersticiosa y brutal. ¡Si yo hubiera sido testigo!

He dejado las cuartillas. Mis pasos, remisos al principio, me han llevado al anticuado caserón. Deambulo por el claustro. Busco la celda del infeliz compositor. La puerta está cerrada y me filtro por ella. Está parcamente amueblada. Cuatro trastos apenas. Sin otro objeto que alejar la desoladora impresión de las paredes desnudas: un lecho con baldaquino, una mesa de pino, cuatro sillas...

La ventana está cerrada. Abro los cuarterones y pego mi frente a los cristales. «¿Serán los mismos de entonces?», me pregunto. No es muy tarde. Sin embargo, anochece rápidamente. Son las nubes; muy bajas, violentas, grises, con ganas de volcar su contenido en la tierra sedienta. Lloverá, está claro... Y me digo que un día parecido debieron contemplar los extranjeros. Pienso en ellos...

Es de noche. Noche cerrada. Las nubes están descargando y su agua golpea los cristales, como si la arrojaran a puñados. Casi siento haberme quedado o, por lo menos, haber despertado de mi ensueño. Y no puedo marcharme... ¡No puedo! Unas invisibles ataduras me retienen y solamente tengo ánimos para encender una vela, volviendo después a colocar otra vez la frente en los cristales.

¡Qué triste es la lluvia! ¡Qué triste es una celda vacía! Repican los goterones sobre el vidrio, insinuando un tiempo de sinfonía, mientras el viento pone el contrapunto suicidándose contra las aristas de la vieja madera, contra las piedras gastadas del claustro.

No estoy soñando, ¡lo juro! Oigo perfectamente cómo la lluvia se transforma en música doliente, una música que tiene el mismo fondo triste y doliente del chaparrón. ¡Sube! ¡Baja! ¡Sube!... ¡Se suaviza la sinfonía! ¡Ahora es una mano nerviosa, de dedos fuertes y potentes la que repica en los cristales! ¡Y son voces humanas las que informan la pastosa densidad de la atmósfera! No quiero moverme. ¡No quiero que se rompa el encanto!

«¿Qué piensas, Ferdinand?», pregunta una voz velada, de cuidado si que imperioso acento.

No digo la respuesta. Quizá la respuesta sea el isócrono golpear de los goterones estivales, el fondo musical del ambiente. Ta, ta, ta... re, ti, ta... ¿Es posible que la lluvia sea tan bella?

«¿No me oyes?», pregunta de nuevo la voz. «Sí, Antonina, te oigo. Mis oídos están abiertos y tu voz es la nota humana de mi sinfonía». «Es la lluvia, ¿verdad?». «La lluvia tiene un ritmo: re... ti, ta, ti... re». «Yo sólo percibo el olor. Es un olor sensual. Es la tierra. Debe ser la tierra mojada». «Para mí la lluvia es sólo melodía». «¿Por eso la llevas al pentagrama?». «¡No! ¿Quién dice tal cosa?». «No te enfades, Ferdinand. Todos copiamos de la Naturaleza». «No, mil veces no. El artista no copia, no es servil; se inspira, quizás, en ella, en la vida. Yo no imito, no copio. Es mi corazón el que trabaja, siguiendo, posiblemente, el ritmo de esa tormenta, golpeando los cristales». «Perdóname. No vayamos a refirir ahora».

Hay una pausa prolongada. Escucho el arrastrarse de unos pasos y el sostenido quebranto de un suspiro. Ella también se ha acercado a la ventana. Tienen, los dos, sus frentes apoyadas en el cristal, como yo. ¿Es mío o es suyo el ligero vaho de humedad que empaña los vidrios?

«No, Antonina; no nos enfadaremos. ¡Nos necesitamos tanto!». «¡Gracias, Ferdinand!». «Mira cómo lueve ahora. Ya no es tan bella. Y son tristes sus gritos». «Tu música también es triste». «Y, sin embargo, yo soy feliz cuando la escribo. Sólo al terminar, al abrir los ojos, al dejar quietos mis dedos es cuando me cerca la realidad. Tengo miedo a la realidad, Antonina». «La lluvia es triste —dice ella tras un lamento—. Y, fíjate, también lo es la noche. Por eso ahora...». «Sí, porque es de noche;

y porque el aire también lo es... Todo es triste. Esta casa; este campo... Estas pobres gentes». «En ellos estaba pensando, Ferdinand, Siento haber venido». «Yo, no. Lo que menos importa son ellos. Dios los puso en la tierra para que se reprodujeran, amaran, sufrieran». «Esos son sofismas. Los hombres son los pueblos. Son inseparables. Tienen la misma sangre...». «Te equivococas. Pero no discutamos.» «No, no discutiremos.»

Han callado. Arreacia el viento y la lluvia. Hace frío. Juraría que se ha roto un cristal y ha penetrado una avanzadilla del invierno. «Ellos» también tiemblan, como yo. Es ella la que habla, solicita:

«¿Tienes frío». «Un poco». «¿Cuándo nos iremos, dime? ¿Cuándo nos iremos?». «Cuando tú quieras». Al cabo de unos minutos «ella» parece observar algo que yo no veo, que no puedo ver. «¿Cómo te encuentras?». «Como siempre». «Has temblado». «Sí, he temblado». «Nos iremos. Nos iremos de aquí... ¡Qué hacemos aquí?». «Vivimos y esperamos la muerte. Todo lugar es bueno, sólo la espera es larga, sólo la muerte es vida. No seas impaciente». «Hablas como esta gente. Son sus palabras; es su filosofía. Insufrible, resignada... ¿Cómo hablas así?». «No sé. Posiblemente es que aquí no se puede hablar de otra manera». «Son duros, son ignorantes, son crueles. ¡Los odio!». La voz tenía acentos rencorosos. «Somos nosotros los blandos, los excesivamente blandos.» «Ayer escupían a mi paso.» «¡Pobre!...». «¡Y me insultaban!». «¡Ay!...». «Yo he tenido a mis pies el mundo entero». «Para ti el mundo entero es París. Ya puedes ver que existen otras tierras». «Las odio, al igual que a sus hombres. Y presiento que ellos a mí. No lean mis libros.»

Otra vez el silencio. Se prolonga tanto que creo roto el hechizo. Pero la lluvia sigue teniendo el mismo ritmo melódico y triste. Mientras caiga la lluvia con el mismo sonido, y mientras el viento no cese, ellos seguirán aquí. Una tos seca, breve:

«¿Tienes fiebre, verdad?». «Como todas las tardes. Los crepúsculos me agobian.» «¿Cuándo nos iremos?». «Pronto.» «¡Esta lluvia! Me enerva...». «A mí me entristece. Quisiera trabajar.» «No, no trabajes ahora.» «¿Y qué puedo hacer, dímelo tú?». «No lo sé... No lo sé...»

Y de repente la lluvia es lluvia. Han cesado los sonidos. Marchan unidos las aguas y el viento, sin llegar a la tormenta. No han querido ser tormenta. En la vida del genio las tormentas son espumas y brisas e íntimos desgarramientos. Vuelve el sofoco, la humedad.

Me he quedado solo. Y tengo miedo. Salgo corriendo. Me encuentro en la calle con la lluvia, otra vez lluvia, mojando mis cabellos. Y al extender las manos, por la punta de los dedos escurren los goterones.

Isidro es mi amigo. Desde hace mucho tiempo. Desde que él era un niño. Le pregunto. Antes de responder lía cachazudamente un cigarro.

—Isidro —repito—, ¿qué pasó aquel día?

Me mira entre fastidiado y burlón:

—Buena manía te ha entrado. Ya lo saben todos.

—¿Todos?

—Unos mejor y otros peor, el pueblo entero. Métete por las rendijas, escucha.

—Ya escuché —debo confesar—. Todos dicen lo mismo. Se han reunido, se han fundido. Es una conciencia colectiva. Nadie sabe más que nadie y todos son iguales. Todos han gritado... ¡Todos han sudado!

Me exalto y mi amigo se sorprende.

—¿Sí...?

—No me hagas caso. Anda, cuéntame...

—Bien. Pero no comprendo por qué te tomas tanta molestia. Quiero complacerte y tiraré de la cuerda.

—¿Qué cuerda?—pregunto, estúpidamente.

Se ríe y me echa el humo del cigarro en los ojos. No importa. Los cierro y escucho mejor.

—Mi padre me lo contó —decía Isidro—. Supongo que el suyo se lo diría a él. O su abuelo, que no sé enteramente los años que han pasado; muchos, desde luego. Fué después de las lluvias. El coche había llegado el día antes, todo lleno de ba-



ro y con las mulas fatigadas. Era domingo y todo el pueblo paseaba por aquí. Mi padre decía que los extranjeros parecían tontos, siempre empeñados en ir a contrapelo, encerrados en sus cosas, en su mundo. No conocían el mundo de los demás. Y lo cierto es que les hubiera sido fácil adaptarse, ser agradables. Sólo hubiera sido necesario que dejaran de sentirse superiores a los demás.

—En cuanto a la enfermedad de «él»... se encogió de hombros—. Bueno; fué una desgracia. Yo sé ahora que Copén era un talento. Pero entonces no se sabía, por lo menos en Valcanillo. Para nuestros bisabuelos eran dos extranjeros, dos amantes que se escondían, uno de ellos tísico. La tisis, entonces, infundía pavor. Todos tenían miedo al contagio, no sólo las clases inferiores, sino también las otras, las educadas. Por ejemplo: el mismo dueño de la posta, que les cobró un precio exagerado por el traslado, alegando que después habría de quemar el vehículo...

—¿Y lo hizo?—pregunté, sin que me importara conocer la respuesta.

—No lo sé —a Isidro tampoco le importaba la pregunta—. Déjame terminar. Yo no sé si las cosas estaban preparadas o no. Según mi padre, la endiablada paticoja que tuvieron de criada traía medio alborotado al pueblo con sus chismes e invenciones. En fin... Por aquella puerta salieron... Iban enfundados en sus ropas de viaje. Un moribundo silencio les acogió. Yo creo que el que más y el que menos miraba para ver si tenían cuernos y rabo, o si él escupía sangre por los ojos, como decía la criada. No miraron a nadie. Caminaban muy tiesos y se metieron en el coche. Las mujeres se persignaban y los muchachos escupían. Hasta en los balcones había gente, todos dispuestos a sacar punta a los detalles. Nadie quiso cargar el equipaje y hubo de hacerlo el viejo doctor, resoplando el hombre que daba pena verle. Y arrancó la posta.

Isidro se detuvo para observar una golondrina. Esperó pacientemente.

—Al arrancar la posta se desataron las lenguas. Mientras las mujeres rezaban para espantar los demonios, los hombres juraban con el mismo propósito. Un chiquillo tiró una piedra y los demás le imitaron. Afortunadamente el carruaje se alejaba a buen paso y las pedradas se iban quedando cortas. Por el ventanillo trasero se veían los rostros asustados de los viajeros.

—Cuando el coche se hubo perdido por la carretera se les ocurrió a nuestros antepasados una nueva idea. La iniciativa partió de un mozalbeta y fué secundada con entusiasmo. Consistió en penetrar en el viejo caserón y arrojar las mesas, sillas, camas y libros por las ventanas, sacarlos a la plaza y quemarlos. Hasta las puertas y ventanas arrancaron. Eso sin contar con que otros valientes, terminado el «auténtico» botín, arramblaron con los trastos de las demás habitaciones. Fué un espectáculo un poco fuerte y mi abuelo decía que al día siguiente todos andaban un poco allcaídos. Pero la hicieron; y lo demás fué la cebada al rabo. Los enseres se amontonaron y arrima-



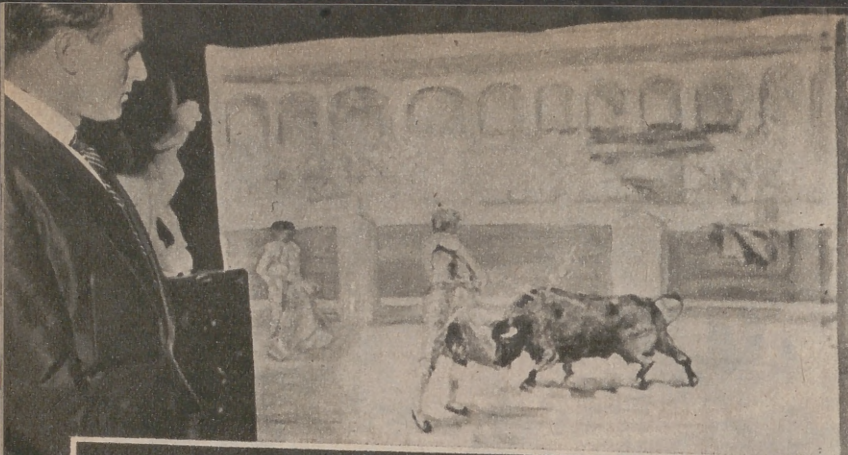
ron candela. La paja de los jergones ardía que daba gusto, al igual que las viejas maderas y los papeles olvidados. Fué una gran hoguera, buena de verdad. Los chiquillos se divirtieron en grande y más de un mozo se socarró las cejas al querer saltar entre las llamas. Cuando la hoguera era así de pequeña, y luego así, y luego así, cada vez más pequeña, entonces, se marcharon. Eso hicieron. Se marcharon a lavarse las manos.

Y esta es la historia de los extranjeros. Mucho me temo que el alcalde no la encuentre de su gusto. Pero se publicará así o no se publicará. Les remito a lo dicho al principio de la narración. Ni por aquí ni por allá; no deseo añadir o quitar nada. Los trapos sucios están lavados por la intemperie. Todo ha pasado. Los tiempos no son iguales; ni los hombres tampoco.

En todo caso, no creo que mi sinceridad le reste visitantes a Valcanillo. Todo en la vida es romance puro, hasta el recuerdo del hombre.

Pero si es verdad que en los recuerdos encontramos lo que en ellos ponemos; es fácil arreglar-se. Ustedes ponen su admiración; yo, una celda donde trabajo. Una amplia ventana se abre al inmutable paisaje. Si tienen un poco de suerte quizá llegue a alcanzar una noche de lluvia. Si continúan volcados en el recuerdo les será fácil apoyar la frente en los cristales. Escucharán entonces el repicar del agua en los cristales, igual que lo escuchaba él —y lo escuché yo—, y hasta podrán seguir el contrapunto del viento en los sonidos del agua, en la sinfonía del corazón.

Además, la habitación ya no tiene goteras. Ignoro hasta qué punto podrá la fidelidad al detalle hacer que encuentren ustedes agradable o desagradable esta circunstancia. Pero ya está dicho...



RAFAEL ORTEGA, torero de San Fernando

Estamos en plena temporada taurina. Las corridas de toros son, sin duda, por tradición, por esencia y por so'era, la fiesta más genuinamente española. Los hombres que en ella intervienen han sido, infinitas veces, personajes de aventura, de novela y, casi, de leyenda. Con la vida de Rafael Ortega, **EL ESPAÑOL** inicia una serie de biografías de los matadores de toros y de novillos que en la presente temporada han destacado por sus actuaciones profesionales, en cuanto a su significación o en cuanto a su novedad. La fiesta de toros y sus hombres son eternos. Aquí está **EL ESPAÑOL** para contarla.

Ante un cuadro de tema taurino o ante una muñeca vestida de gitana, Rafael Ortega se extasa. Con los toros, el cante y el baile andaluz son sus grandes aficiones

A ESTOCADA POR TORO

EN el barrio de «Patio y Felipa», del gaditano lugar de San Fernando, vivía hace exactamente treinta y un años un matrimonio feliz. El se llama Baldomero Ortega y ella Antonia.

La casa, blanca y encalada, forma parte de un establo, quizá el más importante de San Fernando, en donde reposan y producen más de cuarenta vacas de leche. Este matrimonio—andaluces ambos de pura cepa—están encargados de cuidar y guardar aquella estática ganadería, de pelo berrendo o colorado, que rugen unánimemente al

amanecer saludando a la aurora que trae esencias de salinidad.

El día 4 de julio del año 1923, el padre ha ordeñado a las vacas más de prisa que de costumbre, los dos hijos del matrimonio—tres y dos años, respectivamente—han sido recogidos o llevados a casa de unos parientes o vecinos, y en la habitación más apartada hay un silencio sereno, sólo interrumpido por alguna queja de mujer. El padre ha terminado de ordeñar a las vacas, que, cosa rara, aquel día han estado más sumisas y mansas que ningún otro. Ha de-

jado la leche en las cántaras y ha subido corriendo a la alcoba. Antes de llegar, por la escalera, ha escuchado un débil lloro. Se abre la puerta y con voz queda se le comunica:

—Baldomero, tienes un nuevo hijo, y es varón.

Las primeras palabras del hombre son concisas.

—Se llamará Rafael y será una gran figura del toreo.

Cuando llega a la cama, junto a la madre, ésta dice:

—No es verdad que el pequeño es un sol del cielo.

En la cama, un infante de ojos claros y azules dormía plácidamente escondido del calor agobiante del mes de julio en Cádiz. Había nacido en aquella fecha un torero: Rafael Ortega.



Sólo tres años tenía Rafael en esta graciosa foto



Rafael, cuando tenía cuatro años, con su madre



Recuerdo de la Primera Comunión, con siete años



A LOS CUATRO AÑOS YA TIENE RAFAEL ESPECTADORES

Han pasado cuatro años desde que naciera el pequeño Rafael. La gran constante de la familia Ortega—de San Fernando, Cádiz—ha sido su afición a los toros. Ya el padre quiso ser torero allá por sus años mozos. Pero no todos tienen la suerte de resultar elegidos. Por eso el padre alienta y sueña en la afición del pequeño Rafael.

Cuando viene una visita a la casa, Rafael—cuatro años minúsculos—torea a un imaginario toro con un capotillo y una muleta de juguete.

—Baldomero, tu Rafaelito tiene madera.

—Madera y clase, que así, tan de pequeño, a nadie he visto yo con esa ciencia taurina que parece infusa.

Y el padre, halagado y emocionado en medio de todo, sentenciaba:

—Valor es lo que hace falta, amigos, valor para ponerse delante de un toro de treinta arrobas.

—Lo tendrá el muchacho, lo tendrá.

Y Rafael, el torero de cuatro años, al término de su faena, recibía el premio de los espectadores: una peseta, dos reales y hasta un duro en aquellos tiempos hubo quien le tiró al suelo, como si tirase un sombrero de ala ancha a los pies de un matador de toros en el ruedo de la Maestranza de Sevilla.

«A LOS NUEVE AÑOS YO CREÍA QUE ERA FRASCUELO»

Todos los años los regalos de los Reyes Magos son lo mismo para los hermanos. Porque la familia tiene tres hermanos varones: Rafael, Baldomero y Antonio. Y todos—¡cómo no!—juegan a ser toreros. Toreros grandes, toreros de postín.

Pero de todos los hermanos es el rubio Rafaelito, callado y formal, el que, paso a paso, avanza y se perfecciona con el relativo

Apoteosis de una tarde triunfal. A hombros de sus compañeros, Rafael Ortega pasea el ruedo de la plaza de toros de Madrid, la primera del mundo

avance y perfección que caben en un niño de nueve años.

Y es precisamente a esa edad a la que Rafael Ortega torea por primera vez un becerro.

Traía su padre del Matadero un becerro negro y lustroso que no había sido sacrificado. En un corral, amarrado a una sogá con el fin de sostener la embestida, caso de que el novaj torero no salvase la prueba, se suelta al animalito. Allá va Rafael, con su blusa blanca y su pantalón corto, armado de muleta y de espadilla de madera a dar su primer pase.

—¡Eh, toro! ¡Eh, toro!

Rafael ve, en la plena acepción de la palabra, a un auténtico toro de cinco años y treinta arrobas enfrente de él. Y repite:

—¡Eh, toro! ¡Eh, toro!

Se arranca el becerro y Rafael

extiende su muleta, estira el brazo, juega la muñeca y sale un impecable pase por alto. Se revuelve el animal, atado como estaba a la cuerda que sostenía el padre del torero, y se dirige, nervioso, hacia el infantil diestro, que aun no sabía cómo ni por qué había pasado el animal por debajo de la muleta.

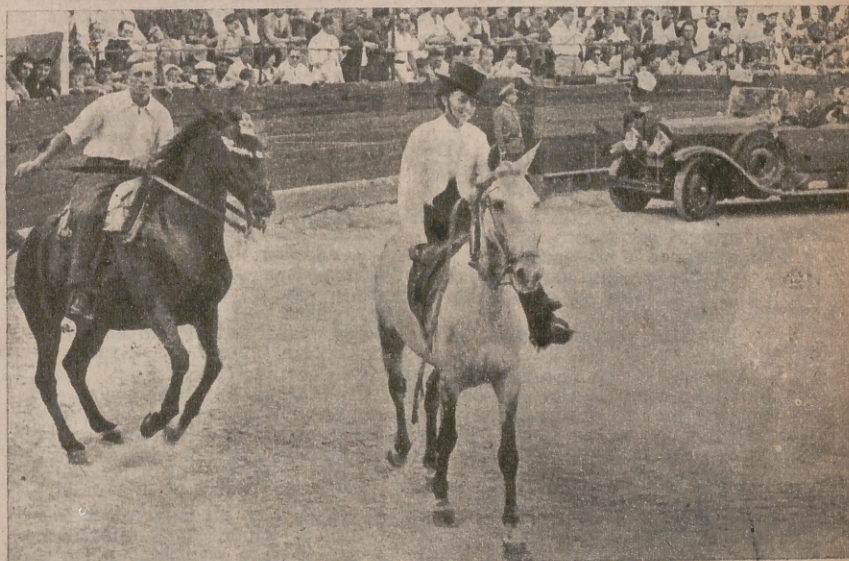
—¡Ahí te va, Rafaelito. Dóblale por bajo!

Y Rafaelito adelanta la plena contraria, separa la muleta del cuerpo y dobla por bajo.

—Ya está bien, hijo. Vamos a casa.

Por la carretera un hombre y un muchacho caminan en silencio. A ambos les brillan los ojos de alegría. Pero los pensamientos, aunque diferentes, quieren ser los mismos: «¿Será mi hijo lo que no pude ser yo?» «No hay duda, yo ya soy como Frascuelo.»

Cuando llegaron a casa y la madre les puso la comida había, sin querer, un presentimiento de ova-



Rafael Ortega (izquierda) tomando parte en un festival taurino en la plaza de San Fernando cuando tenía catorce años



El primero de la izquierda es Rafael Ortega, que quiso conservar así el recuerdo de su estancia en Ceuta el año 1944



Rafael, soldado (el de arriba), con un amigo, en Ceuta (1944)

ciones cerradas, de triunfos esplendorosos y de contratos ininterrumpidos, rodeados por la inaprensible presencia de ramos de rojos claveles caídos en la arena al paso de los triunfadores.

LAS AVENTURAS NOCTURNAS DEL MATADERO DE CÁDIZ

Rafael quiere antes que nada en el mundo ser torero. Y todos los días replica a su padre:

—Padre, déjeme usted torear alguna vaca. Que yo quiero ser torero, padre.

—Mañana torearás en el Matadero de Cádiz.

Aquella noche Rafael Ortega durmió tranquilo. Porque sus sueños fueron tan seguros y tan firmes que ya se vió vestido de luces en el empedrado corral del Matadero gaditano.

A la mañana siguiente, muy temprano, marchó Rafael, con su padre y sus hermanos, a lidiar lo que estuviese encerrado entre aquellas tapias, que más adelante saltarían tantas veces.

Una vez dispuestos los toreros a prueba, cada uno en su burladero, gritó el padre:

—¡A ver! Soltad el que ya está separado.

Un perfecto toro de cuatro años, de ancha y afilada cuerna, se presentó, pausado, en aquel singular ruedo. Nadie se movió de los burladeros. A lo más uno gritó casi sin darse cuenta:

—¡Eh, toro!

Y soplando fuerte el toro remató en las tablas deslucidas del corral donde se resguardaba la familiar cuadrilla de los Ortega. Aquella vez nadie dió ni un mal capotazo. Y la cuadrilla volvió a casa con la sensación de que la presidencia les había devuelto el toro al corral.

Pero el Matadero de Cádiz será durante mucho tiempo el escenario y el campo de entrenamiento de la joven familia Ortega. Tres o cuatro veces por semana, ya entrada la noche, Rafael, Antonio y Baldomero —son dos hermanos y Paco, primo hermano suyo—, saltan la tapia, entran en los corrales y sueltan la corrida de turno. Antes, durante el día, han pasado por San Fernando las reses con destino al Matadero. Y ya se sabe.

—Chicos, hoy va buen ganado. Esta noche podemos ir.

En el último tranvía marcha la cuadrilla, envueltos los capotes y las muletas, con el trazado, destino de la vuelta a pie, alumbrados por el resplandor tenue de la amanecida.

Llegan, pues, los toreros al particular ruedo. El guarda está dormido, y si no lo está se le cierra la puerta. Como sucedió aquella vez que dormía sobre un serón el mayoral que trajo una partida de vacas. Ocho brazos ágiles cogen en volandas el improvisado lecho y transportan al durmiente dentro de un cuarto. La llave es echada por fuera y el mayoral, sin enterarse, sigue durmiendo en su cama recién inaugurada. Afuera toorean los muchachos.

Cuando no hay luna los toreros no se apuran. Llevan unas lámparas con grandes bombillas, las cuales son enganchadas a un cable que pasa por allí. El empedrado corral, de esta manera, toma el aspecto de un surrealista escenario de cualquier imaginable ballet taurino. Sentada en las tapias, como espectadores que tampoco pagaron su billete, se encuentra lo mejor de la afición de Cádiz. Y si el torero que quiere serlo no se arrima o no tiene va-

lor siempre hay una mano que tapa la luz para que el que allá abajo suda de noche pueda recibir, porque no ve, el revolcón cariñoso de un morucho carriacado.

Otras veces es la Guardia Civil la que pone fin al festejo. Como le ocurrió una noche a Antonio, el menor de los Ortega. Por la esquinera de una corraliza asomaba la cabeza, sin tricornio, de un guardia. Antonio, que no conocía la pertenencia, le gritó en seguida:

—Quítese usted, hombre, que vamos a soltar unas vaquillas y le van a coger.

A quien cogió otra mano férrea y segura fué al avisador, que no se avisó a sí mismo. Mientras advertía el peligro no se enteró de que el que paligraba era él. Allá fué hacia el cuartelillo, entre la comprensión de los guardias, que, al fin y al cabo, también eran aficionados.

EL SOLDADO DE GUARDIA Y LOS BANDERILLOS CON BIGOTE

Llega el 18 de julio de 1936. La Cruzada de Liberación paraliza las actividades taurinas de los Ortega. Pasado este periodo, le llega la hora a Rafael de cumplir el servicio militar. Y es destinado a Ceuta, en Intendencia, al Departamento de Ganado. Va a haber suerte, porque Rafael se irá todas las noches a torear las vacas y los novillos que estaban señalados para el avituallamiento de la guarnición.

Pero un día, mejor dicho una noche, el soldado que estaba de guardia sintió temor de que aquella sombra escurridiza que se introducía entre los toros y las vacas fuese quizá algún espía. Y por eso lo comunica a su capitán.

—Mi capitán, ahí viene uno que todas las noches torea a los toros de los corrales.

—No digas nada, que ya le verá en faena.

El capitán era don Emilio Entrala, de Granada, primer apoderado honorario que tendría Rafael.

Lucía una luna magnífica. Hacía tiempo que el capitán Entrala esperaba, oculto entre los rincones, la aparición del torero. Allá llegó Rafael, capote al brazo, con el mono caquí y por montera el gorriño cuarteero. Una verónica, otra, otra sin enmendarse y, por fin, media apretada y ceñida. Rafael se aleja para volver a empezar, despacio y marchoso, cuando una voz poderosa resuena en la soledad de la noche.

—Ven para acá, muchacho. Vamos a ver si tú eres torero de verdad.

Era la palabra del capitán Entrala.

—Mire usted, mi capitán, que yo no he hecho nada malo; yo sólo quiero torear y ser torero...

—Muy bien; dentro de unos días llegará ganado nuevo y ya lo veremos. Ahora vete.

Se apartó un toro «colorao», grande y con mucha «leña», y Rafael, bajo la mirada examinadora de su capitán, se portó pero que muy bien, casi como un veterano auténtico.

Rafael quedó contratado, sin honorarios como es lógico, para intervenir como base del cartel

en la novillada que el 18 de agosto de 1947 se iba a celebrar en Ceuta a beneficio de las viudas y los huérfanos del Ejército. Los otros dos diestros eran—también soldados—Pepe Guerra, hoy banderillero de Pedrés, y Vicente Gómez, un muchacho de Cataluña del que no se volvió a oír nada de él, taurinamente hablando.

Pero ahora, a pesar de estar designada la terna de espadas, empezaban las preocupaciones para la novillada. Había que buscar cuadrillas Rafael fué designado examinador oficial de los aspirantes a banderilleros.

—¿Quién sabe torear? Que dé un paso al frente.

Allá iban diez o doce aspirantes, que, como era de esperar, quedaban suspendidos—a veces de las mismas astas del becerro—al primer intento de capotazo.

—Mi capitán, no sé qué es lo que va a pasar.

De todos los aspirantes sólo salió favorecido un quinto alto y fuerte, que había intervenido anteriormente en alguna que otra capea.

Llegó el día de la novillada y faltaban peones.

—Hay que vestir a alguno para hacer el paseillo, mi capitán.

—Bueno. Que forme la compañía y cogéis a los que les vengán bien los trajes de luces que tenemos.

Banderillero hubo que hizo el paseillo con bigote.

—¿Y yo por qué me lo voy a quitar si lo he tenido toda la vida?

Los novillos, de Domecq, salieron buenos, y Rafael, superior. Corte de orejas y rabo y paseo en triunfo por el anillo, solo, sin cuadrilla, porque los banderilleros de bigote estaban sentados en los tendidos.

Las mujeres de Ceuta, en las barreras, clavel al pelo y mantilla de blanco encaje, comentaban:

—¡Qué majo es ese torerillo rubio de la isla de San Fernando!

LA MAYOR PALIZA DE SU VIDA

El sino torero, el buen sino torero de Rafael Ortega ya está definido. El mismo capitán le dará más tarde—todavía soldado—una novillada con picadores en Granada. Luego, Rafael actúa en Motril siete u ocho novilladas seguidas, con tan buen éxito que en la feria del siguiente año le contratan dos novilladas con picadores. En una, como compañeros Manolo González y Rafael Vázquez; en la otra, Juanito Ordóñez y Pablo Lalanda. Fué también en Motril, a principios de 1948, donde un toro cogería por primera vez al novillero gaditano.

—No es que uno se asuste más la primera vez que le coge el toro—comenta ahora Rafael—. Es

que se asusta todas las veces que le coge.

Lo llevan a Granada a operar de una cornada, que sería la inaugural de las doce que hasta ahora, y Dios quiera que se cierre el número, lleva en su cuerpo el diestro de San Fernando.

Vuelve a Ceuta el 6 de octubre de 1948. Va a torear una novillada en donde hay un toro que, sobrando de la feria de Sevilla, se quedó tuerto en los corrales.

—Mire usted, Rafael—le dijo el empresario—, si torea ese toro y lo mata tiene la primera novillada que yo dé en Sevilla el año que viene.

Así fué. Es decir, fué a medias, porque Rafael mató sin sorteo el toro tuerto y el empresario no cumplió su promesa.

A hombros va de la multitud. Cuatro kilómetros hay desde la plaza de toros de Ceuta hasta el hotel.

—Ha sido la paliza más grande que me dieron en mi vida.

CUATRO MIL PESETAS EN LA NOVILLADA DE PRESENTACION

Veinticinco años tiene Rafael el día 12 de agosto de 1948. Veinticinco años en el día de la presentación en Madrid. Aquel año—el año de la promesa de la Feria de Sevilla—todavía no se había vestido de luces el mozo gaditano. Torea donde puede: en las dehesas, en las capeas o en alguna tienda que otra. Pero Rafael sueña con Madrid. Está recomendado a varias personas, mas las gestiones parece que no dan resultado. La Empresa de Madrid no quiere saber nada de aquel torero, al que no conoce. Por fin Pedro Sánchez—«Pedrillo el Misterioso» en el mundo taurino—logra, después de ser echado varias veces de los despachos de la Empresa madrileña, contratar una novillada para su poderante. El 12 de agosto de 1948 Rafael toreará una corrida de novillos—tres de la viuda de Arribas y tres del vizconde de Garcigrande—con Trujillano, del Perú, y Manuel Santos, de Salamanca, este último nuevo en Madrid, al igual que Rafael.

Pedro Sánchez comunica a Rafael: «Si estás bien, tienes otra novillada para el domingo siguiente. Ahora son cuatro mil pesetas.»

En San Fernando dos muchachos, Rafael y Francisco, cogen el tren—billete de tercera, quinientas pesetas en el bolsillo, traje de luces azul y oro viejo, de antigüedad dos años y un par de capotes y de muletas—. Francis-

co haría de mozo de espadas y de todo. Las cuatro mil pesetas no dieron apenas para pagar a la cuadrilla y los gastos de hotel, coche, etc. hubo que cancelar más adelante con otros honorarios.

Francisco va por la mañana al apartado.

—¿Qué tal?

—El primero, grande.

—¿Y el segundo?

—El segundo, tuerto.

En aquella novillada había, exactamente, tres novillos tuertos.

Son las cinco de la tarde en una modesta habitación de un hotel madrileño. Un muchacho rubio, de ojos azules, comienza, silenciosamente, a vestirse de torero. Le ayuda su hermano, que también perteneció a la cofradía. No hay nadie en la habitación. Tan sólo en el pasillo las doncellas comentan y hablan sobre la figura y el tipo del torerillo que en aquellos momentos se ajusta la taleguilla. Falta un cuarto de hora para empezar la corrida. Abajo está el taxi, esperando, con la cuadrilla. Migueláñez, Echegoyán y Torerito de Málaga serán los subalternos que cumplan las órdenes del nuevo maestro. Llaman con los nudillos a la puerta.

—Ya está abajo el coche.

Hay un silencio impresionante. Dos lamparillas, ante la imagen de la Virgen, oscilan pausadamente. Rafael, concentrado, reza a la Virgen. Luego, un abrazo al hermano.

—Vamos, Francisco.

Ya está el primer toro de la novillada—correspondiente a Trujillano—en la arena. Le han puesto la segunda vara y allá va Rafael, bien calada la montera, prietos los machos, a hacer su quite. Una verónica, otra y otra. Pero ésta no termina. El novillo le engancha y le volteá, buscándole en el suelo:

—Pobrecillo—se oye en los tendidos—. Este debutante ya acabó. Tiene una costilla resentida, pero Rafael termina su quite y espera su toro.

Rafael está bien con el capote y superior con la muleta. Al rematar un molinete, el novillo alarga el cuello y le da un puntazo corrido en el vientre. El gaditano no se mira. El gaditano piensa en que tiene que cortar oreja y salir en hombros, porque al domingo siguiente, si queda bien, como le dijera Pedro Sánchez, tendrá otra novillada. Se perfila a matar con ese su estilo propio y pincha. Otra vez y estocada grande. Júbilo en los graderíos.

Rafael marche, después de los saludos, a la enfermería.

—Vamos para dentro, Francisco, que estoy herido.

Dos estampas toreras de Rafael Ortega





Domingo Ortega, el viejo maestro, felicita a Rafael Ortega. Dos toreros, dos épocas... y los dos llevan bastón

El doctor Jiménez Guinea le atiende.

—Don Luis, me duele aquí, en la costilla.

—Quédese un rato en la cama y luego se marcha al hotel o al sanatorio. Mañana a las doce le volveremos a curar.

—Mire usted, don Luis, que me queda otro toro que matar.

—Oye Rafael—susurra Francisco—, que el toro que queda es el tuerto.

—Es igual.

Ya en el callejón, la cuadrilla increpa al hermano.

—Pero ¿por qué lo ha dejado usted salir con la escandalera que ha armado?

—¿Pero no es usted familia suya? Que el domingo que viene seguro le ponen...

Salió el toro tuerto y allí estaba Rafael Ortega, un torero rubio de la Isla de San Fernando. Dos orejas, vuelta y salida en hombros.

«Giraldillo» le hizo una crónica preciosa que se llamaba «Ni le conozco ni sé quién es». Pero Madrid sí que sabía quién era. Un futuro matador de toros.

EL APODERADO QUE MURIO DE LA IMPRESION

Al terminar la corrida, cuando Rafael iba por la calle Alcalá arriba, a hombros de los entusiastas, alguien dijo a Pedro Sánchez.

—Vamos Pedrillo, ya tenemos matador de toros.

Pedro Sánchez en alegría, se toma una copa de jerez. Al día siguiente, y por efecto de la emoción sufrida, moría Pedro Sánchez, el primer apoderado serio de Rafael Ortega. Y en el entierro, sin esperar a que terminase la triste ceremonia, le salieron al triunfador del domingo diez o doce apoderados. En el «Digame» del martes se publicó en páginas distintas, del mismo número, dos noticias: Una: «Manfredi apoderará a Rafael Ortega.» Otra: «Rafael Ortega tiene un nuevo apoderado, Antonio González Vera.» El último se llevó, por entonces, el cargo.

Al domingo siguiente habría pues, repetición. Allá abajo, por la punta Sur de España, el pa-

dre de Rafael Ortega se ha leído todas las crónicas y todas las reseñas que hablan del hijo. Y los hermanos también. Y hay, por consiguiente, festividad en el seno de la familia torera.

Seis mil pesetas van a pagarle en la repetición. Alguien que no es la Empresa, habla al matador.

—Si te parece poco dinero, no torees; nos vamos por provincias y se terminó este asunto.

La Empresa aseguraba que ya tenía concertado con Pedro, en seis mil pesetas la repetición.

—Eso estaba concertado con Pedro.

Rafael dijo:

—Si eso estaba concertado con Pedro, yo torearé.

Y toreó y volvió a cortar orejas y firmó la alternativa en aquel mismo año y dos corridas más para San Isidro venidero. Pero antes ocurrió lo de Cieza.

UNA NOVILLADA NOCTURNA CON PICADORES Y SIN LUZ ELECTRICA

Después de la segunda novillada en Madrid, sustituye al Litri en Alcalá de Henares y el jueves marcha, contratado, a Cieza—y no por propia voluntad—torearon gratis.

Estaban ya todos los matadores y las cuadrillas vestidas de luces y dispuestos a salir para la plaza, cuando llegó la noticia.

—La Empresa se ha marchado con el dinero.

—Pues no toreamos—fué la respuesta unánime.

La gente en los tendidos comenzaba a impacientarse. Se hacen gestiones cerca de los matadores.

—Se les asegura a ustedes que cobrarán sus honorarios. Es mas, no paguen el hotel hasta que no perciban el dinero de la corrida.

Tantas promesas hubo que, por fin, después de dos horas de negociaciones, comenzó el festejo. La corrida estaba anunciada a las seis de la tarde empezó a las ocho de la noche.

Antonio Ordóñez, último espada, mató su novillo completamente a oscuras. Tan a oscuras que cuando su picador Gallego fué a picar al novillo, marró y cayó encima del cornúpeto. En la

oscuridad, Gallego se agarró al cuello del toro. Luego se dió cuenta y lo soltó rápido. Más tarde, pasado el susto, explicaba:

—Creía que era el cuello del caballo.

Si el éxito económico no fué muy lucido—todavía no han cobrado los matadores—el artístico, especialmente para Rafael fué bueno: Oreja y rabo en los dos toros. Mas para Rafael entonces, aunque importante, lo económico tenía un puesto secundario. El estaba ya puesto en el camino de los elegidos, en el camino de las figuras del toreo.

A ESTOCADA POR TORO, QUE ES LA TRADICION

Entre el 12 de agosto y el 2 de octubre de 1948, Rafael toreó catorce novilladas. Por aquellas fechas Antonio González Vera, que era su apoderado, le invita a comer en su casa.

—Te voy a dar una noticia, Rafael.

—Usted dirá.

—¿Quieres tomar la alternativa?

—Sí.

—Pero es que es dentro de ocho días.

—No importa.

Y el cartel quedó dispuesto: toros de Santa Coloma para Manolo González, Manolo Dos Santos y Rafael Ortega. Fecha: 2 de octubre. Plaza: la Monumental de Madrid. Y como era natural, éxito fuerte en todos los momentos de la lidia, de aquella lidia que, por la cogida de Dos Santos, quedó reducida, desde el primer toro, a un mano a mano.

Desde entonces, Rafael Ortega lleva toreadas, hasta la fecha, ciento setenta y cinco corridas de toros; casi, puede decirse, que trescientas cincuenta estocadas. A estocada por toro, que es su tradición.

EN GUATEMALA, ANTES DE HACER EL PASELLO, HAY QUE AYUDAR A CLAVAR CLAVOS EN LA PLAZA

Hay dos capítulos en la vida profesional de los toreros que cuentan: la temporada en España y la temporada en América. En junio de 1951 toreó su primera corrida en América. El domingo anterior actuó en España, coge el avión y al siguiente domingo en Caracas; el avión otra vez y el jueves en Alicante. En diez días, quince mil kilómetros para tres corridas de toros. Toda una marca.

En octubre del mismo año, gana, en Lima, el Escapulario del Señor de los Milagros concedido a la mejor faena de las cinco corridas de feria.

—Si alguna vez me perdiese de España—ha dicho Rafael Ortega—me encontrarían en Lima. Allí el mayor orgullo es ser español. Todo el mundo quiere ser español. Hasta un negro nos paró en la calle y nos dijo: «Yo también soy español, porque mi abuelo fué de allá, de la Madre Patria».

Al acabar la temporada del 52, América otra vez. Lima, Méjico, Caracas...

En Méjico, el día de la presentación en la Monumental, media

cuadrilla de Rafael está detenida, «porque faltaba el número del oficio de la orden de entrada en el país». Desde la habitación en que reposan la falta se divisa la calle. Cerca hay un puesto de periódicos con una radio de gran potencia que transmite la corrida. Por la ventana entra el relato mientras, en unas sillas, el hermano y el banderillero esperan la solución del problema.

—Aquella fué una corrida donde hubo lo menos ocho cogidas, gracias a Dios sin importancia —cuenta Francisco—. Arruza, Rafael Rodríguez y mi hermano estuvieron varias veces entre los cuernos del toro. Jamás pasé tanta angustia como aquella tarde.

Al terminar la temporada del año pasado, Guatemala.

Vuela el avión sobre la capital, y con los cinturones de seguridad ya puestos, Rafael mira por el ventanillo hacia la tierra.

—Oye, Francisco aquello debe de ser la plaza de toros.

Allá abajo entre dos cerros, un enorme círculo hondonado parecía el cráter de un incipiente volcán sin fumarolas. Era la plaza de Bella Aurora, a la que todavía le faltaban por hacer todos los tendidos. Dos semanas tardaría en terminarse, con capacidad para 16.000 espectadores.

—Tanto como terminarse, no; porque cuando nos íbamos a entrenar por la mañana teníamos que coger los martillos y clavar las maderas que guardaban los toriles, no se fueran a escapar los toros. Y esto, hasta momentos antes de hacer el paseíllo, ya vestidos de luces. Aunque de nada sirvió aquello, pues en el apartado de la corrida se escapó uno de los toros que me correspondieron, el más bonito.

Y allá fué el hermano por las calles de Guatemala, persiguiendo al toro como si fuese un ratoncillo inofensivo. Al doblar un recodo, el toro huído, arremetió contra un guardia y le dejó, como recuerdo, una cornada. Por fin, pudo ser acorralado y enlazado en una de las calles, que había sido taponada con dos camiones para evitar la carrera de la res.

—El toro—sigue Rafael—salió cansado y agotado. Hacía tan sólo dos horas que lo habían cogido para encerrarlo otra vez.

Pero en la Historia seguirá el recuerdo de los martillos.

A HOMBROS DE LOS MISMOS COMPANEROS

Y en esta temporada, la corrida del Montepío. A hombros va Rafael, a hombros de los toreros, por el ruedo. Es posible que en esta vuelta por el anillo de la plaza madrileña se acordase Rafael de sus capeas en el Matadero de Cádiz, de sus novilladas en Ceuta, de su alternativa y de sus campañas en América. Es posible que se acordase también de los tiempos difíciles y de los tiempos fáciles. Pero lo cierto es que ahora el rubio torero de la clara mirada de los ojos azules está definido en la cierta categoría de los que llegaron. Para eso, para llegar, Rafael dice:

—Para llegar a ser torero, lo primero que hay que tener es valor; luego, afición. Son los dos

factores más importantes. Porque aprender, lo que se dice aprender a torear, eso lo puede hacer cualquiera.

Treinta y un años tiene ahora el torero. Sólo piensa en la fiesta, en las ganaderías, en los lances de capa, de muísta y en las estocadas.

—Otra vez está dando el público a la suerte de matar la importancia que tiene. Es, sin duda, la suerte de más belleza y emoción entre todas. Y de más valcr y de más poder. No hay que olvidar que para matar bien un toro hay que tenerle dominado antes.

Rafael Ortega, el torero de la Isla, está otra vez camino de la plaza. He aquí su pequeña biografía. Una biografía rápida, tan rápida que casi se quedan fuera de ella sus aficiones: el canto, los gallos de pelea, los caballos, las cacerías de liebres y el campo, el campo sobre todo. Aunque a él se le haya olvidado la principal. Y por eso la ponemos nosotros: La estocada marcando los tiempos



Nuestro fotógrafo Aumente captó esta fotografía de Rafael Ortega al día siguiente de su actuación en la Corrida de los Toreros

Que cuando Rafael se perfila hay por las espaldas de los espectadores un doble sentimiento: de temor y de admiración. Orgullo, en definitiva, de que en España se maten de esta manera los toros de lidia.

José María DELEYTO

El número 29 de

POESIA ESPAÑOLA

que acaba de ponerse a la venta, publica originales de ADRIANO DEL VALLE, ALEJANDRO BUSUIOCEANU, RAMON DE GARCIASOL, MANUEL ALONSO ALCALDE, PEDRO CABA, ALFONSO CANALES, PABLO CABAÑAS, JUSTO PEREZ CORRAL, JOSE MARIA NAVEROS, CARLOS DE LA RICA, JUAN EMILIO ARAGONES, JESUS LOPEZ PACHECO, MANUEL MOLINA, JOSE MARIA SOUVIRON y SALVADOR PEREZ VALIENTE.

La poesía derramada y la poesía recogida

es el título del ensayo de PEDRO CABA, que se publica íntegramente en el número 29 de POESIA ESPAÑOLA, y que comprende los siguientes epígrafes:

LA POESIA DE LAS COSAS.—POESIA FUNDAMENTAL Y CUASICREADORA.—LA POESIA EN LA TECNICA Y EN LA CIENCIA. — EL QUE MIRA Y EL QUE ADMIRA.—¿LA POESIA LITERARIA ES LA POESIA POR ANTONOMASIA? POESIA DE LO REAL Y POESIA DE LO LITERARIO.— TODO POESIA.—EL POETA, UN LOCO FUNDAMENTAL.— PASA Y CAMBIA LA POESIA.

Adquiera antes de que se agote

POESIA ESPAÑOLA

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS
Administración: Pinar, 5 - MADRID

MÁS BARATO QUE AYER

UNA VENTA ESPECIAL VISTA POR DENTRO

EN esta época del año, Madrid—comercialmente hablando— se «vuelca» organizando **VENTAS ESPECIALES**, liquidándose los más diversos artículos de uso y vestido: zapatos, vajillas, trajes, vestidos, muebles, tejidos, bañadores...

Quizá la venta especial que goza de mayor prestigio —por lo que reúne en torno a ella verdaderas avalanchas de público— se la que anualmente, y como celebración de aniversarios, celebra todos los meses de julio «El Corte Inglés», a donde nos hemos dirigido, con el fin de lograr una información desde dentro afuera.

Y, en este sentido, rodeados de compradores por todas partes, logramos hablar con don Ramón Areces, director gerente de la entidad que nos ocupa.

—Dígame, señor Areces, ¿cuántos años hace que vienen ustedes organizando esta venta especial?



Antes de abrir...



Comprando zapatos baratos

Un aspecto de la grandiosa venta



—Muchos. Fuimos los primeros en elegir este mes de julio para ofrecer al público notorias rebajas en todos los artículos...

—¿Y a qué achaca usted esta asombrosa afluencia de público?

—Ya lo he dicho otra vez. El público acude a nuestras ventas especiales, porque sabe de antemano que le ofrecemos siempre oportunidades excepcionales.

—Comprendo. El público viene atraído por un clima de absoluta confianza.

—Exactamente.

—Y en el orden económico-social, ¿qué repercusión o alcance tienen estas ventas especiales?

—A mi juicio, muy importantes. La función del moderno comercio es, precisamente, la de efectuar una perfecta labor distributiva entre centros productores y público. Naturalmente, si dentro de esta misión específica logramos que los artículos sean adquiridos en estas ocasiones por muchos más clientes, puesto que los ofrecemos a precios muy rebajados, sin duda alguna colaboramos eficazmente en la economía familiar, hecho que nos llena de honda satisfacción profesional.

—Comprendido. ¿Y qué clase social es la que más se beneficia de las rebajas?

—Todas. Puedo asegurarle, sin temor a equivocación, que a estas ventas especiales acuden aristócratas, obreros, clase media...

—¿Y qué número de personas visitan el establecimiento diariamente?

—De treinta y cinco a cuarenta mil...

—¿Es una cifra! ¿Y qué número de empleados atiende esta avalancha humana?

—Unos mil dependientes de ambos sexos.



—Y dígame, ¿cuántos días suele durar esta celebración de ustedes? Porque visitando los almacenes cuarenta mil personas por día, es lógico pensar que los artículos se agoten rápidamente.

—Pues no es así. Como ya tenemos una gran experiencia y conocimiento de los artículos que más solicitan nuestros clientes, reunimos de aquéllos cantidades fabulosas antes de anunciar las ventas especiales...

Son las siete de la tarde. Las amplias puertas de acceso a estos almacenes continúan dando entrada a un público ansioso de hallar lo que le es imprescindible por un precio de ganga. y, comprendiendo que incluso mi interlocutor tendrá que atender personalmente a parte de aquel público, nos despedimos verdaderamente impresionados del espectáculo, y convencidos de que el comercio ha cambiado y evolucionado profundamente en los últimos años.

Invasión de una de las plantas



EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

EDITH STEIN

LA VIÑA DEL CARMELO

PAR UNE MONIALE FRANÇAISE

EDITH STEIN

par une moniale
française

LA VIGNE DU
CARMEL

Editions du Seuil

DOS años después de la muerte de Edith Stein el destino excepcional de esta mujer comenzó a ser conocido más allá del recinto de su monasterio y de las fronteras de su país. La superiora del Carmelo de Colonia fué la que nos proporcionó la primera biografía. Nuevos datos vinieron posteriormente a enriquecer el conocimiento de esta vida prodigiosa, sin que de todos modos esta labor se realizase con la divulgación que era necesaria. Para compensar esta laguna ha aparecido ahora en París el libro que en estas páginas resumimos y que casi constituye una especie de testimonio de posible canonización, pues, como afirma su antiguo director de Beuron, padre Walzer, «independientemente de las decisiones que la Iglesia tome sobre si se la debe llevar o no a los altares, hay algo que permanecerá siempre verdadero: su ejemplo, su oración y sus trabajos, su silencio y su sufrimiento, su marcha tranquila hacia los campos de la muerte, cosas todas ellas que despertan en nosotros una admiración profunda, que nos impulsa invenciblemente hacia los abismos de la fe, de la esperanza y de la caridad».

El libro reúne, además, otro aspecto documental de no pequeña importancia, ya que en él se estudia con cierto detenimiento y en algunos casos hasta se reproducen textos de la obra filosófica de Edith Stein, tanto más digna de consideración cuanto que recorrió una trayectoria considerablemente accidentada como es la de partiendo de Husserl terminar en Santo Tomás, a cuyo pensamiento dedicó una de sus más importantes obras finales.

«EDITH STEIN», par une moniale française; La Vigne du Carmel.—Editions du Seuil.—París, 1954.

PRIMEROS AÑOS

FUE en Breslau donde nació Edith Stein. Fundada por el duque de Bohemia, dos veces aniquilada por los tártaros y los mogoles, esta ciudad fué reconstruida por tercera vez, a finales del siglo XIII, en la llanura silesa, en la confluencia del Oder y del Ohle, por comerciantes y burgueses. Fruto de la expansión germánica a costa de Polonia, de lengua y cultura alemanas, se abría realmente sobre el mundo eslavo. «Nuestra ciudad—escribirá un silesio exilado, era una realidad alemana, pero un sueño polaco, y este sueño formaba el otro aspecto de su vida...»

Cuando los Stein vinieron a establecerse en Breslau en 1890, la ciudad contaba con cerca de medio millón de habitantes. La prosperidad repentina de la Alta Silesia industrial le había valido una afluencia de población. Sigfrido Stein tenía un negocio de madera. Su mujer, Augusta Courant, era originaria de Lublinitz. Ambos eran israelitas profundamente religiosos. Edith, la séptima de sus hijos, nació en la tarde del 12 de octubre de 1891, fiesta de la Expiación, día de penitencia para los

judíos. La señora Stein vió en la fecha del nacimiento de su hija un signo de la predilección del Señor.

Edith no tenía más que dos años cuando murió su padre, de una insolación, durante un viaje de negocios. La señora Stein, de apariencia delicada, pero de una energía poco común, logró mantener el comercio y educar al mismo tiempo a sus siete hijos.

La señora Stein era una judía convencida; orgullosa de sus orígenes, que dió a sus hijos una educación llena de ejemplos del Antiguo Testamento, con austeridad moderada por su ternura maternal. Les enseñó a observar el ceremonial rabínico. Por ello todas las comidas iban acompañadas de la recitación de la acción de gracias en hebreo y la vajilla era cuidadosamente lavada en diversas aguas, según el ritual.

La hermana menor de Edith, Erna, da algunos detalles en un escrito suyo sobre la vida cotidiana: «Nuestro interior era el de los judíos ortodoxos. Observábamos cuidadosamente los días de ayuno y las fiestas; mi madre creía en Dios con todo su corazón, pero era lo suficientemente amplia de espíritu como para no ejercer presión religiosa sobre nosotros. Todos aprendieron hebreo en una escuela judía, salvo Edith y yo, ya que habíamos en un arrabal y mamá no quiso dejarnos recorrer solas la larga distancia que nos separaba de esta institución».

Como el comercio le proporcionó algunos beneficios, la señora Stein alentó a sus hijos a que continuaran sus estudios y los orientaron hacia las carreras liberales. La mayor, Elsa, se hizo maestra; Pablo entró en un banco, y Arno secundó a su madre en la dirección de los negocios. Después de un matrimonio desgraciado, Frieda volvió al domicilio familiar con su hija Erica. Rosa permaneció en casa hasta la muerte de la señora Stein, uniéndose después en el convento con Edith, con la cual debía compartir la fe del martirio.

LA SED DE CONOCER

Erna y Edith hicieron sus estudios conjuntamente en la Universidad de Breslau. La primera estudió Medicina y la segunda se consagró a la investigación filosófica. El tren de vida permanecía en la casa siendo muy simple, hasta el punto de que en la misma vivienda se cocía el pan como lo hacían los habitantes de Lublinitz. Las hijas ayudaban a los cuidados de la casa, y Edith se desenvolvió en una atmósfera de alegría y trabajo.

Edith comenzó sus estudios en octubre de 1897, al cumplir los seis años. En esta primera época sus materias preferidas eran el alemán, la historia y las lenguas. Aprendió a hablar correctamente el francés, el inglés y el español, y a leer el latín, el griego y el hebreo. Al fin de su vida aprendió el holandés con facilidad, siendo únicamente las matemáticas su punto débil.

Terminados sus estudios secundarios Edith ingresó en la Universidad de Breslau. Inscrita en los cursos de historia y filología, abordó en seguida la psicología experimental. Pero muy pronto iba a descubrir la filosofía. En 1911 Edith sigue los cursos de alemán, de historia y de filosofía, acabando por especializarse en esta última.

Durante el verano de 1912, y en el invierno del mismo año también Edith redacta una memoria sobre la evolución del pensamiento. En ella hace numerosas alusiones a la obra de Edmundo Husserl «Investigaciones lógicas». Un joven profesor, viendo su interés por esta obra, le incitó a que leyese el segundo tomo de la misma y su lectura fué una auténtica revelación para Edith. Husserl le pareció «el filósofo, el maestro indiscutible de nuestro tiempo». Y esta convicción le incitó a dejar Breslau por Gottinga.

La pequeña ciudad de Gottinga, que tenía entonces unos 30.000 habitantes, estaba considerada como el paraíso de los estudiantes. Según afirmaba uno de ellos, noche y día, en las comidas como en el paseo, allí no se hacía más que filosofar. Naturalmente, todo giraba alrededor de la fenomenología. La Universidad de Gottinga era célebre sobre todo por sus matemáticos y sus lingüistas. Los filósofos componían una pequeña minoría y se dividían en dos grupos: los fenomenólogos y los frisios, discípulos estos últimos de Nelson, fundador de la escuela neofrisia.

EL MAESTRO: HUSSERL

A mediados de abril de 1913 llegó Edith a Gottinga. Durante su permanencia en la ciudad residió en casa de un primo suyo profesor de matemáticas. Su vivienda la compartió con otra estudiante. Gran parte de las comidas se las hacía ella misma, lo que le permitía tener mucha independencia.

A Edith le gustaban las marchas a través de los bosques y los valles. Todos los domingos y días feriados los consagraba a explorar los alrededores con sus amistades: Kassel y el valle del Wesser, Gosslar en el Harz. Estas excursiones las hacían alegremente con morral al hombro. Pedían hospitalidad al azar de las etapas. No tenía nada extraño que pasasen la noche en el heno recientemente segado en las granjas.

La primera visita de Edith fué, según el protocolo vigente, para el profesor Reinach, adjunto de Husserl y encargado de iniciar a los recién llegados. Adolfo Reinach había sido alumno de Teodoro Lipps en Munich. Nacido en 1883 de una familia de patricios judíos de Maguncia, Reinach manifestó desde muy joven una verdadera pasión por la filosofía. A ella se consagró hasta el momento de su muerte, que le sorprendió en plena juventud, en el momento de su conversión. Su mujer y él acababan de recibir el bautismo cuando él fué muerto en Flandes, en noviembre de 1917, a la edad de treinta y cinco años. Era un hombre intuitivo, de una gran delicadeza de sentimientos, muy abierto a los otros y que trataba todas las cosas creadas con respeto y dulzura.

Reinach recibió a Edith en su despacho. Inmediatamente se informó de sus deseos y le prometió presentarla a Husserl. Jamás—escribió Edith—, jamás en otra ocasión fui acogida por un ser humano con bondad semejante... Fué como si un mundo nuevo se abriese ante mí.

La entrevista con Husserl tuvo lugar algunos días más tarde. Este había invitado a los recién llegados a asistir a los debates preliminares. Al fin de la reunión llamó a cada uno para conocerlo personalmente. De aspecto benévolo y distinguido, su lenguaje traicionaba la educación vienesa. Su gentileza y cortésia estaban también impregnadas del encanto sonriente de Viena. Husserl tenía entonces cincuenta y cuatro años y había sufrido fuertemente la influencia de Franz Brentano.

El primer contacto entre el maestro y Edith fué excelente. Ella misma nos lo ha contado en pocas palabras:

—El profesor Reinach me ha hablado de usted. ¿Ha leído ya usted algunas de mis obras?

—Las «Investigaciones lógicas»—respondió Edith.

—¿Cómo? ¿Las «Investigaciones lógicas»? ¿Pero no completas, me supongo?

—He leído el tomo segundo completo—dijo la muchacha.

—Pero eso ¡es extraordinario! —exclamó el profesor sonriendo—. ¡Todo el tomo segundo! ¡Es heroico!

Y tras estas palabras la estudiante fué adoptada.

EVOLUCION ESPIRITUAL

Una estudiante, un poco más joven que Edith, más tarde su amiga y de Husserl, nos ha trazado el retrato de la joven filósofa en aquella época.

«Edith pasaba completamente desapercibida entre nosotros. A pesar de una reputación de extremada inteligencia, nos parecía incluso anticuada.



Edith Stein, estudiante de Filosofía en Breslau

Siempre sentada en las primeras filas del auditorio se veía su pequeña silueta, delgada, insignificante, y como absorta por la intensidad de su reflexión. Llevaba sus cabellos caídos y lisos, se peinaba en bandós hacia los lados y los recogía en



Edith Stein vistiendo el hábito de carmelita

la nuca en abundante moño. Era de una palidez casi enfermiza y sus grandes ojos negros, de mirada intensa, se hacían severos, casi distantes, para apartar las curiosidades inoportunas. Pero desde el momento que se la abordaba una indescriptible dulzura iluminaba sus ojos, y una sonrisa arrebatadora animaba su rostro, cuyos rasgos conservaban un poco el candor y la timidez de la infancia. No se podía decir que fuese bella, ni bonita, ni que poseyese ese encanto femenino que seduce a los corazones vulgares, pero había alguna cosa de incomparable en este rostro de frente alta, pleno de sabiduría, de rasgos infantiles maravillosamente expresivos que se contemplaba constantemente.»

En aquella época era participante activa en las reuniones de la Sociedad Filosófica, cuyos miembros más ilustres se dispersaron luego poco a poco: Hedwige Conrad Martius, que se estableció después de su matrimonio en una explotación agrícola en el Bergzabern, actualmente prosigue sus investigaciones en Munich; Dietrich von Hildebrand, que volvió a Munich, y actualmente como sacerdote católico enseña en la Fordham University de Estados Unidos; Jean Hering, de la Universidad de Strasbourg, y Alexandre Koyré, que marchó a París, donde actualmente desempeña una cátedra en la Escuela de Altos Estudios de París.

Finalmente, los cursos de Max Scheler, cuyo género paradójico servía un pensamiento hecho cristiano hacía poco, la hicieron penetrar en unión de los anteriores en un universo impregnado de catolicismo. Scheler tenía entonces una fuerte influencia sobre los jóvenes fenomenólogos. A diferencia de Husserl, concentrado en sus investigaciones sobre el problema del conocimiento, Max Scheler tenía un extraordinario destello humano, «producía filosofía cuando hablaba, y deslumbraba por la riqueza de sus dones».

La situación personal de Scheler era entonces muy crítica. Acababa de divorciarse y se encontraba comprometido en un proceso escandaloso con su primera mujer, mientras que vivía pobremente con la segunda, Märli Furtwangler. Su sueldo le había sido retirado y no podía enseñar oficialmente. Pero daba sus conferencias en un pequeño

café, en donde las prolongaba durante una parte de la noche en interminables discusiones. «Era extraordinariamente seductor, señala Edith Stein, y daba una impresión de genio. En sus ojos parecía reflejarse el brillo de un mundo superior. Para mí como para muchos otros su influencia se extendía mucho más allá del dominio de la filosofía. Para mí fué la revelación de un universo totalmente desconocido. No me condujo todavía a la fe, pero me descubrió un terreno de fenómenos que no podría ignorar ya más. De tal modo que los límites del racionalismo en que había sido educada, sin saberlo, se derrumbaron y me encontré repentinamente frente al mundo de la fe. Todo esto merecía reflexión. No era todavía el examen sistemático de la cuestión religiosa, pues mi espíritu estaba demasiado absorto por otros pensamientos, pero acogía sin resistencia las ideas de mi contorno y sufría la influencia de las mismas casi sin darme cuenta de ello.»

En aquella misma época otro incidente, ocurrido durante una marcha por la montaña, vino a sorprenderla y a conmoverla. Habiendo tenido que pasar toda la noche en una granja aislada, cuando se preparaba a continuar su ruta apenas iniciada el alba, asistió casualmente a la oración común que hacían dueños y servidores antes de ir al trabajo. A este testimonio de fe no fué insensible.

Bajo el impulso de todas estas ideas el formalismo de la educación judía de Edith iba muy pronto a ceder. Su espíritu claro entró sin trabajo en los laberintos de la fenomenología, hasta el punto de convertirse en el mejor alumno de Husserl, y en la confidente preferida de su pensamiento. Su consagración le atrajo incluso el cariño de la señora Husserl, siendo auténticamente adoptada por el matrimonio: se convirtió en una amiga habitual de la casa. Pero su búsqueda de saber no se encontraba nunca apaciguada. Resumiendo con una frase este período de ardiente insatisfacción, Edith escribió: «La sed de verdad era mi única oración.»

EL ENCUENTRO CON TERESA

Desde sus primeros años en la Universidad de Breslau, Edith era en materia religiosa indiferente. En aquella época se apasionaba por las cuestiones sociales; su sed de conocimiento y su deseo de justicia iban a la par. Se la vió sucesivamente sostener los derechos de la mujer, los de los huelguistas y, después de la guerra de 1914, ponerse francamente a favor de la república de Weimar. Por no contrariar a su madre la acompañaba a la sinagoga y practicaba sin convicción la religión judía. La señora Stein no se engañaba en esto y temía la influencia de las teorías escépticas y liberales de su hija. La propia Edith confiesa haber sido atea hasta los veintiún años, no pudiendo decidirse a creer en la existencia de Dios. La guerra de 1914 interrumpió los estudios de Edith. Durante dos años se consagró al cuidado de los heridos en un hospital austriaco, recibiendo la medalla de la Cruz Roja. Después se doctoró «summa cum laude» y fué invitada por Husserl, catedrático ahora de la Universidad de Friburgo, de Brisgovia, a que se convirtiese en su ayudante. Tenía entonces veinticinco años.

En el mes de noviembre de 1917 el profesor Reinach murió en Flandes. Su viuda pidió a Edith que la acompañase durante algún tiempo con el fin de clasificar los escritos del filósofo fallecido, con vistas a una publicación póstuma. Sin vacilar, Edith dejó la Universidad para cumplir este deber de amistad. Habiendo sido testigo en Gottinga de la intimidad de los esposos y de su felicidad tenía encontrar a su amiga aplastada por el dolor. Sin embargo, Ana le pareció transformada por la prueba. Sus rasgos delicados tenían la huella del sufrimiento profundo que la desgarraba. Pero la fuerza de Cristo habitaba en su alma. Poco antes, en el verano de 1916, ella y su marido habían sido bautizados. Ante la actitud de su amiga, Edith, que se decía atea, no dejó traslucir los sentimientos que la agitaban, pero la impresión que recibió fué imborrable. Poco tiempo antes de su muerte, ya carmelita, confiaba a un sacerdote: «Este fué mi primer encuentro con la cruz, con la fuerza divina que ella confiere a los que la llevan. Por primera vez la Iglesia, nacida de la pasión de Cristo y victoriosa de la muerte, me apareció visiblemente».

Desde antes de su conversión Edith tenía un profundo respeto por la Eucaristía, presintiendo que había allí un misterio inefable. Finalmente, como hacían algunos fenomenólogos, leyó las obras



DIGAN LO QUE DIGAN...

no hay ningún producto que haga salir el pelo. Puede conservarse, evitar la caspa, el picor y todas esas pequeñas afecciones al cuero cabelludo sin molestias y en muchas ocasiones culpables de la calvicie. Pero nada más.

Y todo eso (es decir lo que es posible) puede conseguirse friccionando las raíces todas las mañanas con

LOCION AZUFRE VERI

Quando se acude a tiempo, queda el cabello **LLENO DE VIDA**, pero cuando ya es tarde...

¡NO HAY QUE DESCUIDARSE!

Loción Azufre Veri es un producto fabricado con garantía farmacéutica y que debido a su enorme venta y exportación a Hispano-América, puede Vd. adquirirlo a un precio moderadísimo. El frasco pequeño solo cuesta 11 pes., y el tamaño corriente 17,10. Imp. Incl.

Si desea un folleto escriba a INTEA, Apartado 22 - Santander

DESCONFIE DE IMITACIONES

PUBLICIDAD

de Santa Teresa de Avila, sin duda porque la Santa posee mejor que nadie el don de trazar de manera viva sus «experiencias». Parece indudable que fué la lectura de la vida de Santa Teresa lo que dió a Edith el espaldarazo definitivo de la gracia y el que le hizo pedir el bautismo. «Pedí un libro al azar en la biblioteca —nos dirá más tarde—. Tenía como título «La vida de Santa Teresa contada por ella misma». Comencé a leerlo e inmediatamente me sentí cautivada. No pude dejarlo hasta que hube terminado. Cuando cerré el libro me dije: «Esto es la verdad». Es indudable que Edith leyó a Santa Teresa, pues más tarde Husserl, para intentar comprender su conversión, se inclinó a su vez sobre las obras de la Santa. Su amor por ella vivirá siempre y una de sus alumnas relatará más tarde: «Un día, hablando a las religiosas sobre la santidad, citó a Santa Teresa, que se había convertido en su maestra y modelo. Estaba sentada delante de nosotros en una mesa, con aire pensativo y tímido, casi embarazoso. Pero desde aquel momento se dejó llevar por su amor a la Santa y habló de ella de tal manera que nos quedamos suspendidas de sus lábios».

LA LUZ DE LA VERDAD

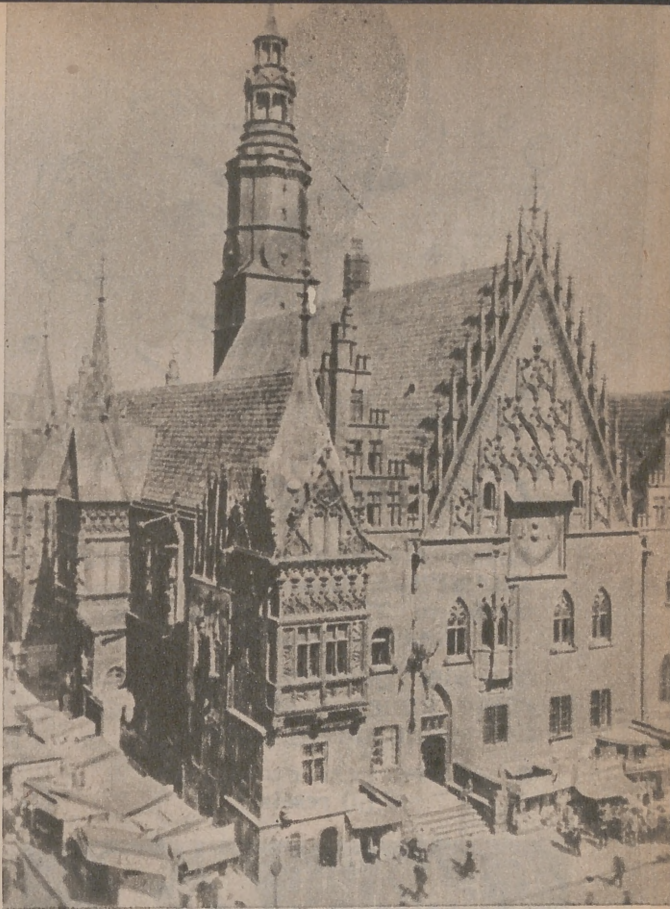
Prosiguió en silencio su preparación. Cuando creyó haber penetrado suficientemente las enseñanzas del pequeño catecismo y del misal que utilizaba, se dirigió a la iglesia de Bergzabern, para asistir a la misa: «Nada me era extraño —escribe ella misma— y seguí hasta sus más mínimos de alies las ceremonias. Un sacerdote venerable subió al altar y celebró la misa con gran recogimiento. Al final me dirigió a él. Le pedí el bautismo. Me miró muy sorprendido, respondiéndome que era necesaria una cierta preparación para la admisión en la Iglesia: «¿Desde cuándo os instruís en la fe católica? —me dijo—. ¿Por quién?» Por toda respuesta no supe más que balbucear: «Os ruego, padre, que me interroguéis». Luego siguió una prolongada conversación, durante la cual Edith fué examinada extensamente, llenando de admiración al sacerdote, que satisfizo su deseo.

Inmediatamente Edith hizo su primera comunión. Desde aquel día la Eucaristía se convirtió en su pan cotidiano. El obispo de Espira la confirmó en su capilla particular y ya sólo le quedó dar un último paso, ante el cual desfallecía el corazón de Edith: anunciar la conversión a su madre. Durante seis meses permaneció con su familia. Finalmente volvió de nuevo a Friburgo, donde en repetidas ocasiones mostró su deseo de entrar en religión. Sin embargo, sus directores espirituales no querían ni oír hablar del convento, pues sabiendo la abundancia de gracias recibidas por Edith querían que dedicara su vida al estudio y la enseñanza. De acuerdo con estos designios fué enviada a un convento de dominicas de Espira que la recibieron como profesora.

AL SERVICIO DE LA VERDAD

Fué un período de vida laboriosa el que transcurrió a la sombra del monasterio dominicano, todo él iluminado por la pura alegría de descubrir un poco del contenido de la verdad revelada. Su bondad se puso de manifiesto a todas las hermanas y Dios sólo sabe de cuántas miserias físicas y morales les alivió. Su correspondencia, muy extensa, lo testimonia. No se le escapaba ni un solo detalle cuando se trataba de hacer bien. Los días festivos, cuando las religiosas recibían visitas, Edith se encargaba del cuidado de la vajilla. Pasaba horas y horas distribuyendo comida a los pobres, a los que visitaba y agasajaba en repetidas ocasiones. Su labor docente fué extraordinaria, lo que no le impedía pasar largas horas en la iglesia, absorbiendo en la oración.

Los años tranquilos y ocultos de Espira tocaron a su fin. La cosecha de la gracia surgía ya en el alma de Edith, dando un doble curso. Así, en la Semana Santa de 1928. Edith marchó a Beuron, donde se encuentra una de las abadías más famosas, convertida entonces en uno de los centros de renovación del catolicismo alemán. En ella había de desarrollar una intensa labor intelectual que haría su nombre famoso. Pero ni aquí ni posteriormente, en su puesto de Munster, Edith se encontraba a gusto, y como con el bautismo parecía haber recibido también la llamada a la vida contemplativa, libre y alegremente, decidió dejar un mundo lleno de amigos y admiradores para entrar en el silencio de una vida escondida.



Un aspecto de la ciudad alemana de Breslau en cuya Universidad Edith Stein fue alumna de los célebres filósofos Husserl y Stern

EL FUEGO DEL AMOR

El domingo 15 de abril de 1934, Edith Stein recibía el hábito del Carmelo con el nombre de sor Teresa Benedicta de la Cruz. Jamás la pequeña capilla en que se realizaba había conocido una fiesta semejante. Pocos días después de esta toma de hábito la nueva monja se enteraba de la muerte de su maestro, el gran filósofo. Husserl.

Durante la visita canónica que siguió a la toma de hábito, el padre provincial se informó del estado de las investigaciones filosóficas de la nueva monja, descargándola de todo empleo en el monasterio con el fin de que pudiese dedicarse a su trabajo intelectual. Su estado de espíritu puede conocerse por una carta que en aquella época escribió: «Me habéis hecho sonreír al preguntarme cómo me habitó a la soledad. Yo, que he es-

Con poco gasto...

será una mujer elegante
siguiendo el

CURSO

Fémmina

DE GORTE Y CONFECCION

PIDA FOLLETO GRATIS A

Centro
de
Cultura
por

Correspondencia





Un Consejo...

Limpie sus cabellos con **CHAMPÚ 43**. Elaborado a base de huevo. Evita la caspa y **abrilanta el cabello.**

Su piel quedará limpia como nunca y sus cabellos serán suaves y dóciles

Sobre, para dos veces, **2.50 pesetas.**

CHAMPÚ 43

AL HUEVO

Pub. Ruescas-Av. José Antonio, 55-MADRID

tado sola la mayor parte de mis años en el mundo, no lo estoy ahora. No me falta nada de lo que he dejado fuera y poseo todo lo que allí me faltaba. Solamente puedo agradecer la inmensa y gratuita gracia de mi vocación».

En 1937 la coyuntura política se hace cada vez más amenazadora. Entonces sor Benedicta vuelve a escribir: «Aquí vivimos en la paz, al abrigo de nuestros muros de clausura. Pero el destino trágico de nuestras hermanas de España constituye una advertencia saludable y como un signo anticipador.»

EL TESTIMONIO

Desde el advenimiento del nacionalsocialismo Edith se había dado cuenta del peligro que para ella se avecinaba. Nunca se creyó al abrigo de esta

TOLEDO

Toledo digo, y al decir Toledo, la palabra me cae como una roca salpicando cien lumbres a la boca: la nostalgia futura que no puedo

renunciar si primero no renuncio a mí y a mis raíces y a mi entraña. Toledo digo por decir España, y cuando digo España al hombre anuncio.

Cuando digo Toledo, se encasbra mi sangre, tal un potro con la espuela, de entre mortaja en fósil alabanza,

y algo vivo —¡qué tajo!— me gravita hacia arriba —¡más alto!—, donde vuela entre los alcotanes mi esperanza.

Este es uno de los «Sonetos de Castilla», de Ramón de Garciasol, que se publican en el número 29 de

"POESIA ESPAÑOLA"

Precio del ejemplar: DIEZ pesetas
Administración: Pinar, 5, Madrid

amenaza por encontrarse en el Carmelo. En enero de 1942 las dificultades se hicieron tan grandes que Edith intentó trasladarse a un convento suizo. A pesar de la tormenta que se avecinaba sobre ella, trabajaba serenamente en un estudio sobre San Juan de la Cruz. Ante las circunstancias difíciles, la superiora de Colonia decidió que Edith se trasladase al convento de Echt, en Holanda, cosa que hizo cruzando clandestinamente la frontera. Pero la invasión de los Países Bajos por los alemanes volvió nuevamente a poner en peligro la existencia de Edith. Cuando en el año 1942 la persecución antijudía se intensificó en todos los territorios ocupados, el Episcopado católico holandés en pleno dirigió una protesta al Alto Comisario alemán y redactó un documento, que fué leído en todas las iglesias, condenando aquella actitud. La carta pastoral causó sensación en el país. Como represalia se dió la orden de detener a todos los religiosos católicos de origen judío. El 2 de agosto, hacia las cinco de la tarde, Edith y su hermana Rosa, conversa también y monja en el mismo convento, eran detenidas por la Gestapo. La campana había sonado como de costumbre para la oración. En ella estaba sor Benedicta cuando el timbre exterior advirtió a la madre priora que se la llamaba al locutorio. Dos oficiales alemanes exigieron ver a las hermanas Stein. En un principio creyó que se les traía el permiso de salida para Suiza. Muy pronto se dió cuenta de que eran otras las intenciones. Edith se resistió al principio a la orden de salida, pero ante la amenaza de una represalia general contra toda la casa conventual, accedió, invocando a Dios como testigo de la violencia que se le hacía.

La calle del convento estaba llena de gente cuando las hermanas salieron, y hasta se levantaron protestas, pues ambas eran muy conocidas por su bondad y devoción.

Las hermanas del pequeño convento de Echt pasaron largos días sin saber el más mínimo detalle de las detenidas. Sor Benedicta logró enviar sólo dos breves cartas requiriendo ropa. Después no se recibieron más noticias. Cuando terminaron las hostilidades hubo numerosos datos contradictorios sobre el destino de las dos hermanas. Una antigua alumna suya de Espira afirmó haberla visto en un vagón de prisioneros que marchaba hacia el Este. Un importante resistente holandés la vió también en un campo de concentración. Todo estaba incierto hasta que su nombre apareció en el «Diario Oficial de Holanda» entre las víctimas muertas en el exilio.

Nuevos testimonios la localizaron en Auschwitz, donde las religiosas detenidas, que eran de varias Ordenes, habían constituido una pequeña comunidad, cuya dirección fué encomendada a sor Benedicta. Una mujer que estaba en este campo y que escapó de la muerte, afirma: «Lo que distinguía a sor Benedicta de todas las religiosas era su silencio. Tenía la impresión de que estaba triste hasta el fondo de su alma, pero no angustiada. Apenas si hablaba y frecuentemente miraba a su hermana con una indecible expresión de tristeza. Toda su actitud cuando la veí a ver sentada en aquel barracón despierta en mí un solo pensamiento: el de una Virgen dolorosa, pero sin el Cristo.»

En la época de su profesión Edith había encontrado estas palabras para agradecer a un artista que le había enviado una pié: «El día de Viernes Santo, al pie de la Cruz, el dolor de la Madre de Dios es grande como el mar, y en él está sumida, pero es un dolor contenido, dominado, que retiene firmemente su corazón con el fin de que no pueda romperse. La muerte verdadera aparece de manera casi espantosa en la boca entreabierta del Salvador. Pero su cabeza está vuelta hacia su madre como para consolarla, y la cruz es toda luz: «Lignum crucis... lumen Christi.»

Nada se puede agregar a estas líneas. Los hechos desnudos son los portadores aquí de un drama desgarrador que sólo Dios conoce. Muerta en la cámara de gas, Edith, que se ofreció en holocausto por la salvación de su pueblo, puede tener como comentario a su martirio aquel que la Iglesia pone en los labios del diácono Laurencio en el día precisamente en que murió la carmelita: «Adora a mí Dios y es a El solo a quien yo sirvo. Por eso no temo vuestras torturas: Mi noche no tiene oscuridad. Todo en ella resplandece de luz.»

GRANADA, CENTRO DE PEREGRINACION ARTISTICA

**LOS FESTIVALES DE
MUSICA Y DANZA
ATRAEN CADA AÑO
MAS ESPECTADORES**



La Alhambra y el Generalife, escenarios incomparables

LOS jardines del Generalife están iluminados y dispuestos para empezar el primer espectáculo del III Festival Internacional de Música y Danza. Imaginen ustedes cientos de reflectores proyectando luces rojas, verdes y azules sobre la arboleda. Los cipreses, a un lado y a otro del paseo de entrada, parecen soldados árabes que hacen la guardia. Desde aquí se ve cómo Granada entera se ha vestido de gala para realizar más aún su III Festival. De cualquier parte surgen inesperadamente de la semioscuridad de la noche torres y cúpulas rojizo-brillantes en medio de infinitos puntos luminosos.

El teatro del Generalife, al aire libre, está casi lleno. Momentos antes de empezar la función. Su cabida es de unas tres mil personas, incluyendo las últimas ampliaciones. El público es un público de noventa pesetas la entrada. Han costado mucho los montajes y los artistas. Las mujeres, esas mujeres tan guapas que tiene Granada, lucen con la mayor gracia del mundo mantones de Manila y flores en el pelo, sobre el pecho o en la cintura. Hay muchos extranjeros, muchos. A mí me ha tocado al lado una alemana, que está tiesa y clavada en su silla, como si le hubieran dado una orden. Aunque no hace mucho calor, hay mujeres que se airean con abanicos de nácar, tan en moda en los tiempos de Goya. Son las once y veinte, se apagan las luces del patio, la butaca del director de la orquesta silencia al público y comienza la partitura de «El sombrero de tres picos», de Falla. Inmediatamente, Pilar López y Roberto Ximénez en escena.

Hay momentos en que el escenario, de proporciones monumentales, se mete en el paisaje del fondo y nos da la sensación de estar trasladados en otros lugares y en otras épocas.

FLORES EN EL PATIO DEL AYUNTAMIENTO

Hace un día de verdadera canícula. Mientras leo en la fachada principal del Ayuntamiento un cartel que hay pegado al muro voy pensando que una cerveza no me vendría mal. Por el cartel me entero de que por la tar-



de, a las siete, Juan Padrosa da un recital de piano en el patio de los Arrayanes. Pero..., ¿por qué entra tanta gente en el Ayuntamiento? ¿Iran a pagar la contribución? No. Lo que pasa es que en el patio del Ayuntamiento es donde se celebra el II Concurso Provincial de Floricultura.

El patio del Ayuntamiento es grande, algo menos que la sala corriente de un cine. Tiene forma cuadrada. Alrededor de él están colocadas las macetas que se han presentado al concurso. El premio ha sido para un jarrón de azucenas. Pero lo que más llama la atención son las macetas de geranios y, sobre todo, las variedades que aquí llaman «de rastro» y «de gitanos». En esto debe de haber «gato encerrado». Es muy extraño que susciten tanta curiosidad los geranios, cuando hay por aquí otras flores y plantas de más mérito y de más delicadeza. Pero, claro, se entiende perfectamente. Me lo acaba de decir el ayudante del jardinero principal.

—Mire usted, lo que pasa es que esta temporada ha sido muy difícil cultivar los geranios, por las últimas heladas que han caído sobre Granada.

Las macetas han venido a venderse, unas con otras, a unas treinta y cinco pesetas, incluyendo el fiesto y todo.

MOZART EN EL PATIO DE LOS ARRAYANES

Hay aquí poca gente esta tarde. Estamos en el patio de los Arrayanes. La concurrencia es mínima, pero no sobra ni falta nadie. Están los justos, los im-

dos intervenciones del «balet» de Pilar López

prescindibles. Padrosa, vestido de frac, espera la hora de sentarse ante el piano. Aunque trata de disimularlo, se ve que está algo nervioso. ¡Pesan mucho estos festivales de Granada! El pianista tiene veinticuatro años y cara de niño. Pon fin sale, saluda con empaque y se sienta. Se frota las manos, yo no sé si para restablecer la circulación o para calmar los nervios, y ataca la «Sonata en la mayor», de Mozart. Los dedos de Padrosa resbalan por el teclado, como acariciándolo más



Concierto de Padrosa en el patio de los Arrayanes



La Orquesta Nacional en el palacio de Carlos V

bien. El patio tiene unas condiciones acústicas muy buenas. Nadie lo diría, ya que está al aire libre. Padrosa toca como los ángeles y suda como un diablo. Al final de cada intervención se limpia la frente y el cuello con un pañuelo blanco. Realmente no hace mucho calor, pero esto de la música debe de ser muy difícil y sobre todo cuando hay que vérselas con Liszt, con Chopin con Fauré, con Chabriel y con Strawins-

ky, como se las está «viendo» nuestro joven pianista, que ya tiene una larga historia de triunfos.

En estos momentos estoy viendo cómo Padrosa cierra los ojos, mueve la cabeza y el busto siguiendo las notas del «largo» de la «Sonata en si menor», de Chopin. El piar de los gorrones, que anidan en el calado de los pórticos, nos está molestando bastante. Hay momentos en que se oye más el piar de los pájaros que las notas del piano. Tal está siendo de delicado el pianista.

Padrosa, al final de su actuación, está verdaderamente emocionado y... agotado. En seguida, unas muchachas así de guapas le rodean y le felicitan. Todas quieren quedarse con un recuerdo autógrafa del joven pianista. Buen «sabor» deja en su única intervención en el III Festival de Granada.

EL INMUTABLE KARL

El tercer espectáculo del Festival ha despertado curiosidad e interés. La fama y la popularidad de Karl Munchinger y su orquesta de cámara de Stuttgart le preceden por todas partes. El patio del palacio de Carlos V, que es donde van a actuar, está tan repleto como el autobús en que he venido. Se palpa en el ambiente el deseo de conocer a Munchinger. Mientras tanto, se fuma con gestos más o menos nerviosos. Hay olor a claveles y a «Camel».

Ha llegado la hora. Se hace el silencio más absoluto. Munchinger sale a escena. La orquesta le estaba esperando. Hay en ella tres mujeres con cara de auténticas alemanas. Se llaman Hel'n Kuhn, Magdelene Haas y Rita Ruff. A una señal del director empiezan a oírse los primeros compases de la «Suite en si, para flauta y orquesta», de Bach. Munchinger dirige con gestos rápidos y precisos. Tiene la costumbre de afirmar la entrada de los instru-

AYUDA FAMILIAR A LOS FUNCIONARIOS PUBLICOS

POR acuerdo del Consejo de Ministros, del pasado día 16 de junio, ha llegado a las Cortes el proyecto de ley que establece prestaciones en concepto de «ayuda familiar» a favor de los funcionarios públicos. Según el proyecto, estas prestaciones, que se abonarán con periodicidad mensual, comprenden una asignación por matrimonio y una bonificación por cada hijo. Las cantidades fijadas alcanzan las sumas siguientes: por matrimonio, 300 pesetas a los funcionarios facultativos, técnicos, administrativos o auxiliares y 240 pesetas a los subalternos; por cada hijo mayor de diez años y menor de veintitrés (edad tope, salvo incapacidad total) que carezcan de empleo o no cobren sueldo o retribución, 300 pesetas y 240 pesetas, respectivamente, según los dos grupos de funcionarios establecidos; y, por último, por cada hijo menor de diez años, 200 y 160 pesetas, también según el grupo de funcionarios de que se trate.

Si no fuera porque los funcionarios públicos constituyen el nervio y el músculo de un concepto, la burocracia, sobre el cual las opiniones tópicas han extendido una etiqueta peyorativa, depreciadora, ni la estricta justicia, ni la oportunidad indudable, ni la amplitud generosa que inspiran este proyecto de ley necesitarían apenas más comentario que la simple divulgación de la noticia o la publicación escueta del texto legal. Pero la burocracia ha tenido siempre, en todas las épocas y en todos los países, eso que se llama «mala prensa». En su sentido más amplio, entendida la expresión como «mala letra impresa» en todos los géneros literarios. En el artículo, en la novela y en el teatro. En el «Vuelva usted mañana», de nuestro Larra; en «El castillo de Kafka» y en «El inspector», de Gogol. No es, por lo tanto, esta ocasión, al comentar una medida de gobierno favorable a los funcionarios públicos españoles, mal momento para romper alguna lanza en favor de la burocracia, para intentar de algún modo destruir los prejuicios y los tópicos.

La burocracia nunca ha sido una clase social superflua. Nació con los Estados modernos y se desarrolló, al compás de éstos, como necesario instrumento de su creciente complejidad administrativa. No ha sido tampoco una clase privilegiada, que desde el principio sus miembros debieron reunir un caudal más o menos extenso de conocimientos técnicos, y pronto todas sus plantillas se formaron por la dura selección de concursos y oposiciones, que si bien aseguran un sueldo fijo, no significan, en general, la conquista de una posición económica brillante.

La burocracia, contemplada con visión ecuanime, con mirada limpia, ofrece una cara muy diferente de aquella con que suele pintarla el tópico fácil... Es un cuerpo de funcionarios con un nivel medio de cultura y preparación técnica que quizá sea el más alto comparado con el de cualquier otro grupo social, con una tendencia indudable al mantenimiento del orden y el equilibrio político, con un acentuado respeto a la ley y una capacidad considerable de desenvolvimiento vital dentro del marco de una economía personal parca en recursos.

El establecimiento de las prestaciones de ayuda familiar a los funcionarios públicos supone, desde luego, una importante elevación en el presupuesto. Pero no provocará ningún desequilibrio, porque el Gobierno, atento a la buena administración, ha esperado una coyuntura de mejoría de nuestra Hacienda pública para enviar el proyecto de ley a las Cortes. En él se conjugan la oportunidad económica y el acierto político. Que sólo como acierto puede calificarse una medida que beneficia justamente a los funcionarios públicos españoles. Los hombres que al inmediato servicio del Estado han contribuido con la mayor eficacia a la realización práctica de una política de justicia social que cada día avanza un paso más en beneficio de todos.

EL ESPAÑOL

mentos dando una patadita en el suelo con el pie izquierdo. Su batuta marca un ritmo cronométrico y exacto. La orquesta es disciplinada, como buenos alemanes que son. Los arcos de los violines se mueven todos con igual exactitud. Cuando lo hacen hacia arriba parecen chorritos de un surtidor, cuyos trayectos estuvieran marcados de antemano con una precisión algebraica. La mirada de los músicos va desde los ojos del maestro al pentagrama y desde aquí otra vez a los ojos del director.

Cuando termina la primera parte del concierto, Munchinger abandona el estrado con la misma tranquilidad que si acabara de arreglarse el lazo de su camisa.

Pues, sí, es necesario que hable con Karl Munchinger. Como ni él sabe español, ni yo alemán, hago que me presenten a la señorita Keller Felicitas, sueca de nacimiento y muy simpática. La señorita Felicitas sabe alemán, español, inglés, sueco y francés. Como se las arregla no lo sé, pero el caso es que es así. Ella me explica que los comienzos de Munchinger fueron muy difíciles, que dejó el bachillerato a los dieciséis años para dedicarse por entero a la música, que no le gusta viajar en avión y que cuando le propusieron actuar en el Festival de Granada aceptó en seguida, interrumpiendo el período de sus vacaciones.

—¿Qué le ha parecido el público?

La pregunta se la hago a la señorita Felicitas y ésta la traduce inmediatamente al alemán. Entonces Munchinger contesta en su lengua, pero dirigiéndose a la intérprete, que a su vez se dirige a mí en español. Parece que estamos jugando a las prendas. La respuesta que se me traduce es ésta:

—Muy amoroso, amable, entendido y correcto.

No sé ni cómo me atrevo a hacerle otra pregunta. Pero no hay más remedio:

—¿Qué es de Granada lo que más le ha llamado la atención estos días del Festival?

La pregunta va como un balón de fútbol: «Saca Ferrer, recoge Felicitas, que pasa a Munchinger. Munchinger se lo piensa un poco antes de devolver a Felicitas, que inmediatamente centra fuerte y rápido, recogiendo otra vez Ferrer.» Su respuesta es:

—La alegría que tienen las personas y las cosas.

Al decir esto se pone la gabardina. No, no es broma; es cierto. Yo no lo comprendo, porque la verdad, la noche es tibia y tranquila.

—Digale, Felicitas, ¿qué le ha parecido la Alhambra?

—Dice que fantástica.

—¿Y el Generalife?

—Dice que fantástico.

A Munchinger todo le parece fantástico.

Es la hora de empezar la segunda parte del concierto. Munchinger se quita la gabardina, se despidió y se va hacia el escenario con paso elástico, decidido, matemático. Va inmutable como si fuera a arreglar en el tocador el lazo blanco de su camisa. Las



Representación de «La dama duende» por el T. E. U.

dos muchachas que hay detrás de mí no las olgo. Ahora hablan de oreja a oreja. ¿De qué estarán cambiando impresiones?

UN MERCADO CURIOSO: EL DE SAN AGUSTÍN

Hace una mañana espléndida y he decidido darme una vueltecita por el mercado de San Agustín. Inmediatamente de meterse uno entre la muchedumbre resalta algo muy curioso. Y es que en la parte izquierda del mercado las vendedoras son silenciosas; es decir, no vocean o vocean poco. En cambio, en la parte derecha, la que da a la misma calle de San Agustín, los gritos, el murmullo—un murmullo como de oleaje furioso—, el vocerío de las vendedoras y las conversaciones—conversaciones que se pueden oír desde varios metros—, resulta todo demasiado chillón, demasiado vocinglero, demasiado molesto. Aquí una pelea entre mujeres, que se arañan, se estiran del pelo y se patean que es un primor no tiene importancia. Es de casi todos los días y de cualquier hora. Un rudo contraste en la parte izquierda, la que da a la calle de la Pescadería, las pisadas hasta parecen sordas. Las fruterías y las verduleras abren la boca lo imprescindible para decir «a tanto el kilo» o «a peseta el manoj». Parece mentira, ¿verdad?

No es frecuente, aunque tampoco raro, encontrar a un árabe entre la gente del mercado. Pero he tenido suerte. En efecto, al entrar en la calle de la Pescadería veo a uno que está preguntando el precio de unos tomates. A su lado hay una mujer que tiene

el rostro cubierto hasta media nariz por un velillo de encaje.

Nuestro árabe es alto; lleva chilaba blanca que parece de seda; turbante del mismo color y género; sandalias de cuero marrón, que lo mismo pueden ser de Mallorca, que de Novelda, que de Albacete, y barba picuda y cana, que nos recuerda esos dibujitos que hay en todas las Historias Sagradas.

Me entero que se llama Ben-Se-Amah, es de Melilla y ama mucho a España y a esta Granada, bendita tierra de Dios.

Ben-Se-Amah ha venido a Granada a presenciar los espectáculos del Festival.

—El Festival de este año es superior al del pasado. Los efectos de las luces en el Generalife es algo que no se puede imaginar quien no los ve—me dice.

Ben-Se-Amah, al fin se lleva en un cartucho de papel medio kilo de tomates, bastante medianos, pero maduros. Se marcha con la mujer que le acompaña, que ni me ha mirado siquiera. Él, en cambio, sí me sonríe. Se ve que está contento. Se siente a gusto en Granada, como en su propia casa. Y no piensa perderse ni uno solo de los actos del Festival. Como aquella rubia alemana y aquel estirado inglés, como tantos otros que han venido a Granada de aquí y de allá, de fuera y de dentro de España.

Luis FERRER CASSAINS
(Enviado especial)

Exposición de obras del genial Alonso Cano



"COC" EL REVESTIMIENTO SINTETICO



Es un procedimiento de embalaje y conservación que desde hace más de diez años se emplea en los Estados Unidos de América, con el nombre de «COCOON», patentado por R. M. HOLLINGSHEAD CORPORATION CAMDEM (Nueva Jersey).

El «COC» es una vallosa materia plástica elaborada a base de resina y solventes volátiles.

Se aplica—por proyección—con pistola como una pintura. Suministra, en algunas horas, tras la evaporación de los solventes, un envoltorio continuo, resistente, hermético, suave, ligero y duradero, que protege el objeto envuelto contra todo ataque del ambiente exterior: humedad, áci-

dos, grasas, bacterias, etc... Según el espesor que tenga esta protección puede durar varios años.

La proyección de «COC» es fácilmente realizable en todo objeto, cualesquiera fueran sus dimensiones y las complicaciones de sus formas.

Una de las propiedades más

interesantes de este producto es que se puede construir una película de protección entre los puntos más exteriores de los materiales que se tratan de proteger.

El desembalaje de un objeto revestido de «COC» se hace en pocos minutos: se practica una apertura en la película de «COC» y se despoja el material protegido tan fácilmente como se pela un plátano.

El «COC» es indispensable en todos los casos de almacenaje de materias y de materiales diversos. Gracias al «COC», ese almacenaje se puede hacer al aire libre; el «COC» es también utilizado para todo transporte de mercancías: terrestre, fluvial, marítima y por avión. Este procedimiento evita los embalajes costosos y disminuye el peso y precio del transporte.

Todos los objetos envueltos con «COC» están perfectamente protegidos por un largo tiempo contra las intemperies, quedan expuestos durante tiempo, meses o años al viento, lluvia, nieve, brumazones y al sol.

La lista de artículos que puede ser envuelta por el «COC» es interminable. He aquí algunos ejemplos. El «COC» protege:

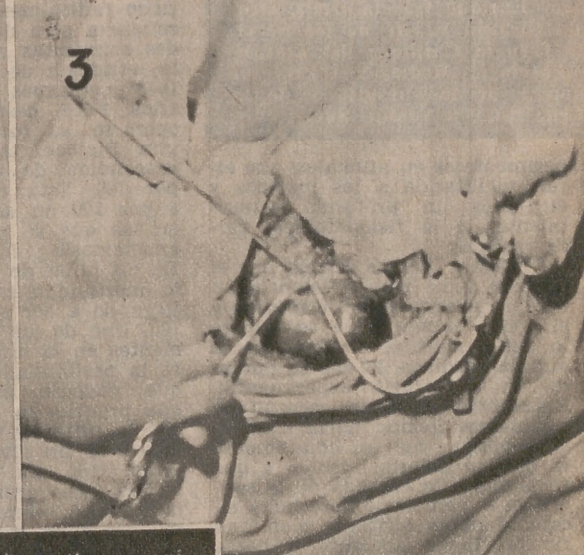
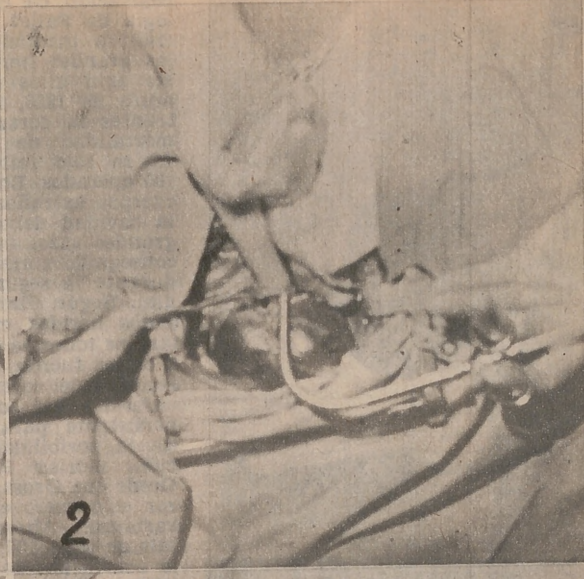
- Materiales de guerra: Armas y municiones, tanques, aviones.
- Motores: De coche, de avión y agrícolas.
- Torrecillas de navío y aparatos de puente.
- RADAR.
- Material civil: Motores eléctricos, a gasolina, de aceite pesado, turbo-reactores, etc.
- Máquinas, herramientas.
- Aparatos para tomar medidas.
- Instrumentos de precisión, de óptica.
- Aparatos de emisión y de recepción T. S. H.
- Para la construcción, aislante eléctrico y acústico.



En la pasada XXII Feria Oficial e Internacional de Muestras de Barcelona se mostró al público el rendimiento de tal procedimiento, lo mismo que se mostraban fotografías del uso del «COC» por la Marina de guerra, Aviación militar, fábricas, minas, etc.

También el día 15 se dió una conferencia por el ingeniero Mr. Pierre Letu, Delegado General para Europa del «COCOON», de la R. M. HOLLINGSHEAD CORPORATION CAMDEM (Nueva Jersey).

Esta nueva Sociedad española para la explotación está presidida por el conde de Santa Marta.



COMO SE LLEGA AL CORAZON

La cirugía cardiovascular en España

Foto 1: Primer tiempo quirúrgico: el clampeamiento de la orejuela, donde el cirujano introduce el dedo o el valvulotomio.—Foto 2: Segundo tiempo: el dedo se dispone a introducirse en el interior del corazón.—Foto 3: Ya se hizo la operación felizmente, y con el torniquete de Rumel el doctor se dispone a cerrar la herida

EN el hospital de la Cruz Roja de Estocolmo ha sido operado por el profesor sueco Clarence Crafoord al niño madrileño Antonio Couto de una enfermedad cardíaca congénita llamada coartación de la aorta.

La enfermedad, conocida desde hace doscientos años, consiste en un estrechamiento por debajo de la subclavia izquierda de la aorta. Es una enfermedad grave que no tiene tratamiento médico, y cuyo pronóstico «quo ad vitam» o de supervivencia dependía hasta hace muy poco tiempo del grado de estrechamiento de la arteria, de la sintomatología y de la edad del enfermo. De todas formas, antes, cuando los cirujanos no se atrevían a intervenir en el corazón y en los grandes vasos, casi la mitad de los pacientes fallecían entre los quince y los treinta años, siendo contados los que sobrepasaban los cuarenta, pues sucumbían víctimas de la hipertensión, de un aneurisma o de endarteritis bacteriana.

En 1883, Billroth lanzó un anatema contra los médicos audaces, cuando dijo que «el cirujano que intenta suturar una herida del corazón merece perder el respeto de sus colegas». Esta terminante prohibición se exten-

día en 1937 a todo el amplio campo de la cirugía cardiovascular, cuando el cardiólogo White afirmaba que «no hay tratamiento curativo, quirúrgico o médico, para los defectos cardíacos congénitos». Pero un año más tarde le contradecía rotundamente el cirujano Gross, al realizar con éxito, por primera vez en la historia de la cirugía, el cierre de un conducto arterioso persistente.

Con este acto quirúrgico se enciende la esperanza en miles y miles de enfermos del corazón, entre los que se contaban aquellos pacientes de coartación de la aorta, pues, en octubre de 1944, el ya citado Crafoord la trató por primera vez con el bisturí, cortando la parte estrechada de la aorta y procediendo luego a la anastomosis o unión de los dos cabos resultantes. Meses después

en junio de 1945, hizo otro tanto el americano Gross, que inaugurara, en 1938, la era de la cirugía de las cardiopatías congénitas.

ANTES MORIAN TODOS; AHORA FALLECEN DOS DE CADA CIENTO

Después, la anastomosis de la aorta se ha convertido en una técnica corriente entre los cirujanos especializados. En el Congreso de Cirugía Torácica de Québec, Crafoord presentó 32 casos de coartación de la aorta, entre los que tuvo dos muertos, trece éxitos y ocho complicaciones; Gross, entre 41 operados, tuvo seis muertos y treinta y dos éxitos; Blalock, 24 operados con tres muertos, y Jones, 13 operados con dos muertos. En la actualidad, de cada cien operados mueren de dos a cinco personas, cifra que sorprende y maravilla por lo exigua, y que coincide con el porcentaje global de mortalidad acaecida en todas las intervenciones quirúrgicas juntas.

En la actualidad, el corazón ha entrado en el dominio de la cirugía, a pesar de las opiniones y profecías adversas de Billroth y de White. Eso se debe a los importantísimos avances obtenidos en los últimos años en la anestesia, asepsia y hemostasia y a las decisivas investigaciones ex-



El doctor Enrique García Ortiz, cirujano de corazón y jefe de los Servicios de Cirugía Cardíaca del Instituto de Patología Médica del Profesor Marañón y de los hospitales de la Cruz Roja y Auxilio Social

perimentales en animales, que están facilitando a los médicos y cirujanos un profundo conocimiento de la fisiopatología cardiovascular.

El doctor Ydice afirma que el corazón tiene más resistencia en las operaciones que el estómago y el colon, siempre que se respete lo que constituye el abecé de la cirugía cardíaca, lo que se aprende en la cirugía experimental. Entre otras cosas, el corazón no tolera una flexión hacia la derecha, porque cae inmediatamente la presión arterial, debido a que se dificulta la entrada de la sangre en el ventrículo derecho, y en cambio tolera bastante bien una flexión hacia adelante o hacia atrás. Además necesita de un periódico descanso durante las intervenciones, lo que obliga, cuando se opera sobre el corazón, a dejarlo tranquilo cada diez minutos para que se reponga en su ritmo y en su circulación.

LOS CIRUJANOS ESPAÑOLES, A LA MISMA ALTURA QUE LOS DEL MUNDO ENTERO

Se ha dicho que el único que puede operar a Antonio Couto es el sueco Crafoord. Pero parece que son muchos los cirujanos de todo el mundo que están en perfectas condiciones de practicar la misma intervención con idénticas posibilidades de éxito a su favor y con igual peligro de muerte por parte del enfermo. El niño Antonio Couto pudo ser operado dentro de nuestras propias fronteras, pues hay cirujanos españoles que realizarían la operación con las máximas garantías.

Los cirujanos, auxiliados por las grandes adquisiciones de nuestra época, como la anestesia, la transfusión y los antibióticos han conseguido violentar las trágicas barreras que vedaban el corazón al bisturí, logrando el gran milagro de su conquista. Hoy día se operan con éxito enfermedades de pronóstico tan sombrío como la pericarditis comprensiva, el conducto arterioso persistente, la

coartación de la aorta, la tetralogía de Fallot, la estrechez mitral, la insuficiencia cardíaca y las grandes heridas del corazón. He aquí unos datos elocuentes: antes de 1933, las heridas penetrantes del corazón causaban una mortalidad de un 90 por 100. Ahora sólo fallecen 22 de cada 100 operados. En la extracción de cuerpos extraños introducidos en la cavidad del corazón y de los grandes vasos sanguíneos se han conseguido formidables progresos durante la segunda guerra mundial. Según Harken, de 134 soldados heridos en estas circunstancias todos se salvaron. A 13 de ellos les fueron extraídos cuerpos extraños del corazón. Antes de los enfermos del conducto arterioso persistente, para los que no existía la posibilidad de una operación, morían 90 de cada 100. Desde que Gross se atrevió a operar el primero en 1938, las cosas variaron. Ahora sólo mueren seis de cada 100. El panorama de la coartación de la aorta ha variado radicalmente. En lo que se refiere a otra de las enfermedades congénitas más importantes, la tetralogía de Fallot, antes de 1943 poquísimo paraban los diez años. Pero, desde que pudieron operarse, su futuro cambió. Según Blalock, la mortalidad ha descendido de un 50 a un 17 por 100. Esta cifra baja a un 8 por 100 en aquellos enfermos en los que se puede hacer una anastomosis subclaviopulmonar. En los niños de dos a doce años, la mortalidad es aún más baja, llegando a ser sólo de un 5 por 100. Uno de los triunfos más recientes en la cirugía del corazón es la posibilidad de operar a los que padecen estrechez mitral, que produce la invalidez de los que la sufren y mata inexorablemente en un plazo más o menos largo. Hoy día la operación se realiza con gran éxito con la mortalidad mínima de un 5 por 100. De cada 100 que se operan, 78 pueden hacer una vida de trabajo absolutamente normal.

EL DOCTOR GARCIA ORTIZ Y LA CIRUGIA CARDIACA ESPAÑOLA

En España, como en todos los países, los cirujanos, en casos desesperados, de vida o muerte, han intentado y realizado, a veces con éxito, operaciones en el corazón. Pero la cirugía cardiovascular, como especialidad exclusiva, se ha desarrollado en España a partir de 1948 y 1949. Aunque nuestras mayores figuras de la cirugía las realizan quienes dedican a ella todo su entusiasmo y todo su vigor científico son preferentemente los jóvenes cirujanos. El profesor De la Fuente Chaos se dedica sobre todo a las enfermedades quirúrgicas del pericardio, como la pericarditis comprensiva, que si antes era mortal para los que la padecían, ahora la cirugía salva a todos. Uno de los últimos éxitos del doctor De la Fuente fué la extirpación a José Tenorra Delgado de una tumación intrapericardíaca, que antes se consideraba de exclusiva competencia de los cirujanos extranjeros. Por su parte, el profesor Martín Lagos, aunque hace cirugía cardiovascular, se ha destacado en los últimos tiempos sobre todo por sus estudios sobre injertos vasculares,

en los que le ha ayudado el doctor Zarapico.

Fundamentalmente, los que se han especializado en España en cirugía vascular han sido Paravisini, en Barcelona; García Bengochea, en Santiago de Compostela, y, sobre todo, el doctor Enrique García Ortiz, que es el jefe de cirugía cardíaca del Hospital Central de la Cruz Roja de Madrid y del Instituto de Patología Médica del profesor Marañón.

El doctor García Ortiz ha operado en seis años cerca de 200 enfermos del corazón, cifra muy importante en comparación con el exiguo porcentaje de estas enfermedades en la clínica corriente, lo que le sitúa al lado de los principales cirujanos cardiovasculares extranjeros. Pacientes de conducto arterioso persistente lleva ya intervenidos un centenar, con un 2 por 100 de mortalidad; enfermos azules (tetralogía de Fallot) ha intervenido 12, con un 6 por 100 de fallecidos; coartaciones de aorta ha operado seis casos, con un éxito absoluto en todos ellos. Esta es la enfermedad que padece el niño Antonio Couto. Precisamente el doctor García Ortiz lo vió en la policlínica del doctor Marañón, a la que había sido enviado por el doctor Márquez Blasco, diagnosticando su lesión hace tres años por angiocardiógrafa. Recientemente presentó su caso en el Curso de Cirugía Cardíaca, que dirigió en el Instituto de Patología Médica

Los doctores García Ortiz y Paravisini, dedicados exclusivamente a la cirugía cardíaca, han constituido en torno suyo sendos equipos que trabajan perfectamente coordinados. En España el único que realiza la angiocardiógrafa es el doctor García Ortiz desde hace siete años. En cuanto al sondaje del corazón o cateterismo cardíaco, el primero en realizarlo en nuestra Patria fué el doctor Jiménez Díaz. Actualmente lo realizan el doctor Jaca, del equipo de García Ortiz, y el doctor Torner, del de Paravisini.

El doctor García Ortiz, que en modo alguno va a la zaga de los cirujanos extranjeros, está impuesta en los últimos avances de la cirugía cardiovascular. Ahora está trabajando en el corazón artificial en la hibernización y en el tratamiento quirúrgico de la insuficiencia mitral. En lo que se refiere al tratamiento de la estrechez mitral, que es una de las más recientes etapas de esta superespecialidad, ya se ha dicho que lleva operados unos cuarenta enfermos, con una mortalidad de un 7 por 100. Hasta ahora la mortalidad más baja en esta operación es la obtenida por Glovez, que es de un 5,4 por 100. Denk ha investigado los mil y pico casos intervenidos obteniendo una mortalidad media de un 15 a un 20 por 100. Esto quiere decir que García Ortiz está por encima de la media de los cirujanos de todos los países.

LA ESTRECHEZ MITRAL DEBE SER OPERADA

Un escritor francés escribió que el reumatismo lame las articulaciones y muere el corazón. Es una bonita y afortunada frase, que es desgraciadamente cierta. La mitad de los reumáticos padecen del corazón, y la mitad

de esa mitad mueren al cabo de diez años, después de un segundo ataque de reuma. La cardiopatía reumática mata a los que la padecen entre los quince y los treinta años, llegando muy pocos a los cuarenta. La estrechez mitral, en un 90 por 100 de los casos, es una consecuencia de un reumatismo anterior. Antes se la trataba, y todavía se la sigue tratando, con drogas. Pero desde 1946 viene siendo operada sistemáticamente con gran éxito.

En la enfermedad producida por la estrechez mitral se distinguen cuatro fases: la primera es asintomática, la segunda se caracteriza por la fatiga, la tercera por la hipertensión pulmonar y la cuarta por la insuficiencia que produce. La operación está justificada en la tercera fase. Entonces es el momento más propicio para obtener un éxito seguro. Si no se opera, al cabo de más o menos tiempo ocasiona la muerte, que en el 10 por 100 de los casos es producida por una embolia. Por el momento, la intervención de la estrechez mitral es la única posibilidad de lograr una verdadera curación. Por lo demás, ya hemos dicho que la mortalidad es muy baja. Según la estadística presentada al último Congreso de Londres, con nueve equipos europeos, sólo es de un 7 por 100.

LAS MUJERES SON LAS MAS DECIDIDAS A OPERARSE

La cirugía de la estrechez mitral es muy difícil y requiere un perfecto dominio de la especialidad y un equipo muy bien entrenado y estrechamente coordinado. No basta para aconsejar una intervención quirúrgica decir que un enfermo tiene uno u otro tipo de lesión. Es imprescindible un diagnóstico exacto, que el doctor García Ortiz realiza mediante el estudio clínico, la electrocardiografía, la radiografía, el sondaje del corazón y la angiocardiógrafa. El caso ideal es una persona que no tenga menos de veinte ni más de cuarenta años, que padezca una estrechez mitral pura no menor de dos centímetros de diámetro y que tenga un ventrículo izquierdo poco agrandado. Todos los enfermos con fiebres reumáticas en actividad, endocarditis bacteriana aguda o con una lesión ligada a una insuficiencia no deben ser operados.

Pero para realizar una operación de esta importancia, que por tratarse del corazón siempre produce gran efecto y emoción entre los enfermos, no basta con el diagnóstico exacto. Hace falta que el enfermo consienta. En esto las mujeres son las más decididas y las que entregan su corazón en manos del cirujano con más facilidad. No se trata de hacer un chiste diciendo que el corazón de las mujeres es siempre más fácil de conquistar. Si las enfermas se operan es porque se reconocen inválidas y saben que no pueden ser madres sin peligro de muertes mientras que padezcan esta dolencia cardíaca.

CON EL CORAZON EN LA MANO

El doctor García Ortiz me ha invitado a presenciar una operación de estrechez mitral en el hospital de Auxilio Social. Se tra-

ta de un enfermo llamado Manuel Sánchez. Es un hombre robusto, de treinta y tres años. Durante mucho tiempo ha sufrido una intensa fatiga, que últimamente le había convertido en un inválido, incapaz de abandonar el lecho. Si no se le opera quizá no le quede ni un año de vida. Pero ya está aquí tendido del lado derecho sobre la blanca mesa. En los días anteriores se le ha estado tonificando el corazón y oxigenándolo. Actualmente se encuentra muy sedado psíquicamente.

Ya está todo dispuesto para la intervención quirúrgica. El cirujano jefe, doctor García Ortiz, se acaba de poner los guantes. Le rodea todo el equipo: dos cirujanos ayudantes, un instrumentista, un anestesta y su ayudante, un reanimador, un cardiólogo electrocardiografista y un transfusor.

Ha sonado la hora. El doctor García Ortiz hace una gran incisión en el tórax, y con un separador metálico aparta la cuarta y quinta costillas, dejando abierta la cavidad torácica. El pulmón, que aparece como un globo medio desinflado, es alejado y se ve latir el corazón violentamente, pero con ritmo lento cubierto por la funda del pericardio.

—Observen ustedes—va explicando el cirujano—cómo está hipertrofiado el corazón. Aquí está la aurícula izquierda. Es enorme. El apéndice auricular, por donde vamos a penetrar para realizar la operación se encuentra también en muy mal estado. Está retraído por la fibrosis.

El doctor García Ortiz abre entonces el pericardio y podemos ver muy bien cómo es ese apéndice auricular. Parece una cresta de pollo.

—En el corazón enfermo—pursigue el operador—este apéndice contiene a menudo coágulos de sangre. Si penetran en la circulación pueden llegar al cerebro y causar la muerte o una hemiplejía.

Para evitar este contratiempo y prepararse el camino coloca un clamp, que es una especie de pinza, en la base del apéndice auricular. Practicó después en esta base una sutura en bolsa en torno suyo para evitar la hemorragia. En esta operación del corazón es indispensable cerrar la herida en el acto para evitar que el enfermo se desangre.

SE ABRE EL CORAZON

Estamos en el momento más importante de la operación. Ha llegado el emocionante segundo de abrir el corazón con el bisturí. Para llegar a la válvula mitral, que produce la estrechez, el acceso resulta más fácil a través de la aurícula que por el ventrículo. La válvula mitral, llamada así porque tiene forma de mitra, está compuesta por dos valvas cuyos músculos y cuerdas tendinosas se parecen a dos pa-

racaidas. La operación consiste técnicamente en dilatar el estrechado orificio mitral para que la sangre pueda pasar sin demasiada resistencia desde al aurícula izquierda al ventrículo del mismo lado. Las técnicas empleadas son la valvulotomía, la valvulectomía y la dilatación de la estrechez con el dedo que es el proceder actualmente utilizado por el doctor García Ortiz. Fué empleado por primera vez con éxito por Soutter.

El doctor García Ortiz toma de la enfermera instrumentista una especie de bisturí, que adapta al dedo índice de su mano derecha. El cirujano hace un corte en el extremo del apéndice auricular, que aparece lleno de coágulos. Lo extrae con una jeringa, y para lavar el apéndice por dentro suelta un segundo el clamp, dando salida a un chorro de sangre que arrastra con todo. Ya está el corazón abierto. Ahora tiene que introducir el dedo en medio del corazón. Para eso afloja de nuevo el clamp, y con suma agilidad y rapidez introduce su dedo y el bisturí en pleno corazón. Aunque la viscera palpitante está abierta no sale ni una gota de sangre porque el propio dedo del cirujano tapona la herida, evitando la hemorragia.

El doctor García Ortiz golpea dos veces su dedo contra la válvula estrechada, que queda abierta al instante. Saca entonces rápidamente su dedo, y el pequeño chorro de sangre que inicia un gorgoteo es rápidamente estrangulado, tirando de los extremos de la sutura en bolsa que se había hecho previamente. Manuel Sánchez había sido curado de su estrechez mitral en menos de cinco minutos. Toda la operación no dura más de hora y media, después de dejarse todo en su sitio y coserse la piel. Mientras ha durado el equipo, constituido por el cirujano, el anestesta y el cardiólogo, ha actuado con un perfecto sincronismo. El enfermo ha recibido 600 centímetros cúbicos de sangre para recuperarle sus pérdidas e impedir que caiga en hipotensión.

Manuel Sánchez, actualmente reintegrado a su trabajo, puede atestiguar que la cirugía cardíaca en España no es una vaga promesa, sino una magnífica realidad que la elaboran a diario con sus manos un grupo de competentes cirujanos, entre los que destaca el doctor Enrique García Ortiz.

Doctor OCTAVIO APARICIO

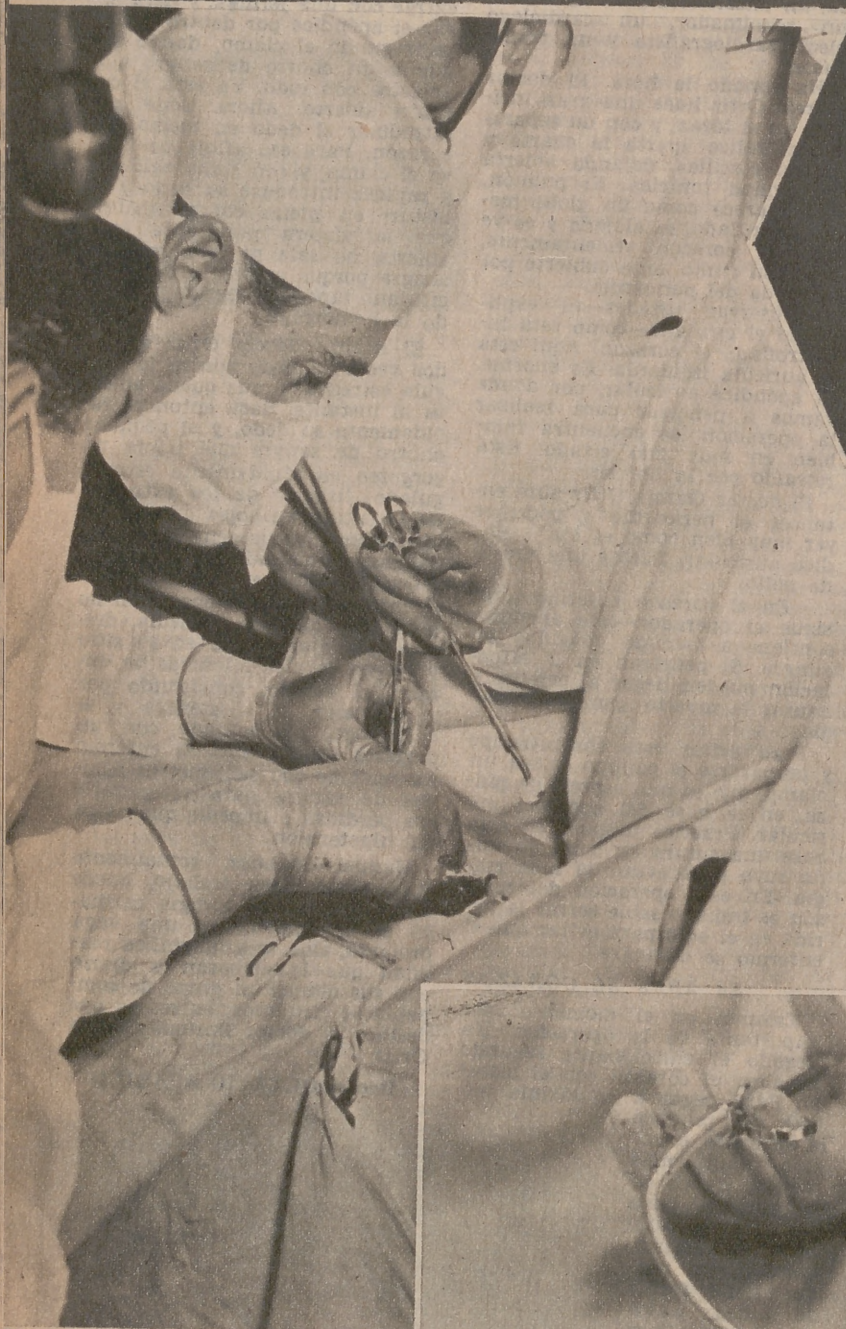
Un enfermo recién operado



EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



COMO SE LLEGA AL CORAZON

*Los cirujanos españoles,
a la misma altura que
los del mundo entero*

De cada 100 enfermos
operados, 78 pueden hacer
una vida de trabajo
absolutamente normal

Lea esta información en la pág. 61

En la fotografía de arriba podemos ver al doctor Enrique García Ortiz en pleno trabajo. Este cirujano ha operado en seis años cerca de 200 enfermos de corazón. En la fotografía de la derecha, el doctor García Ortiz muestra en un corazón de perro cómo se introduce el dedo índice para operar la estrechez mitral. Las pinzas que se ven es el «clamp» que se describe en el reportaje que encontrarán nuestros lectores en la pág. 61

